

MARIAH STONE

LA NOVIA DEL
VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

Una novela romántica de
viajes en el tiempo



LA NOVIA DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

LIBRO TRES

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Viking's Bride* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

[Consigue un libro de Mariah Stone gratis](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Consigue un libro de Mariah Stone gratis](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!](#)

[Acerca del Autor](#)

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

[Vendida al duque \(precuela\)](#)

[La bella y el duque](#)

[La falsa prometida de lord Libertino](#)

[Duque por conveniencia](#)

[La apuesta de lord Canalla](#)

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sineag (precuela)

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

[El amor del highlander](#)

[La navidad del highlander](#)

[El deseo del highlander](#)

[La promesa de la highlander](#)

[La novia del highlander](#)

[El protector de la highlander](#)

[El reclamo del highlander](#)

[El destino del highlander](#)

[Reunión de Navidad](#)

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

[El deseo del vikingo](#)

[El reclamo del vikingo](#)

[La novia del vikingo](#)

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

¡Más libros nos esperan en 2024!

A todos los profesionales de la salud

PRÓLOGO

En algún sitio de Rogaland, Noruega, 15 de octubre de 874 d. C.

EL AROMA de la sangre era tan fuerte que Hakon podía saborear el hierro en la lengua. Las espadas y las hachas chocaban contra los escudos de madera. Varios gritos resonaban en el aire mientras las armas atravesaban la carne y los huesos. Sus hombres estaban cayendo: estaba perdiendo la batalla.

Hakon acuchilló a un guerrero tatuado bajo las costillas con el *seax*, pateó a otro en el estómago y se giró para clavarle el hacha en el pecho a un tercero. El rey Nyr estaba sentado a lomos de su caballo al otro lado del claro donde se liberaba la batalla, alrededor del bosque y las montañas. Observaba a Hakon con una sonrisa triunfal. Hakon se llenó de una furia que le infundió poder. Se convirtió en el rayo que derribaba un árbol, la lanza que atravesaba un ciervo, el martillo de Thor, la venganza personificada. Y el rey Nyr era su objetivo.

Uno tras otro, los hombres fueron cayendo bajo su hacha, pero él solo tenía en la mira al rey Nyr. Los hombres que luchaban alrededor eran simples destellos de cabello, músculos y hierro.

Finalmente, Nyr se encontraba delante de él. Estaba determinado a bajarlo del caballo y a insertar el hacha directo en el corazón del bastardo. Pero al tensar los músculos para lanzarse al ataque, su cuerpo se ralentizó y se detuvo. Sintió como si le sujetaran las extremidades con algo pesado y se hundiera en un pantano. Miró alrededor y vio a los hombres. Lo sujetaban con ojos abiertos de par en par y las cejas fruncidas. Nyr seguía sentado erguido y orgulloso sobre el caballo y lo miraba desde arriba. Con la cabeza calva y los ojos oscuros y sombríos, parecía una calavera.

Hakon rugió y se estremeció con toda su fuerza. Al igual que Fenrir, el lobo gigante sujeto con cadenas inquebrantables, luchó y mordió apretando los dientes y mostrando las garras. Pero no logró liberarse.

—Dicen que eres imparable, Bestia —dijo Nyr—. Pero no es cierto.

Hakon apretó los dientes.

—Thor, cédeme tu martillo para aplastar a esta serpiente.

—¿Por qué tan hostil, Hakon? Tu padre y yo éramos amigos.

—Ya lo recuerdo. «Amigos». Recuerdo tu visita hace dieciséis inviernos, durante una noche congelante en la que mi madre me llevó al bosque luego de una tormenta. Recuerdo las huellas de la manada de lobos sobre la nieve cuando siguieron a su caballo, que se alejaba de mí. Y

recuerdo los restos de su cuerpo después de que la despedazaran. Nunca he dejado de preguntarme por qué decidió llevarme con su familia esa noche, por qué no dejaba de decir que no estaba a salvo en casa. Pero ahora lo sé. Fue por ti.

El rostro de Nyr se enderezó y perdió el color mientras lo oía.

—¿Lo sabes?

Hakon asintió con la cabeza.

—Mi padre me lo dijo en su lecho de muerte hace dos años. Le pediste que dejara que los dioses pusieran a prueba mi maldición.

El ojo izquierdo de Hakon, el que tenía la marca de nacimiento, se retorció.

—Ella murió por culpa de tu plan macabro. Me has arrebatado a la persona que más quería en el mundo. Y ahora es hora de pagar. La Bestia ha venido por ti.

Nyr, atento, lo escuchó con atención y tragó con dificultad, haciendo que la corta barba plateada se le moviera.

—Me estoy cansando de tu furia, Hakon. Nunca tuve la intención de que falleciera tu madre, ni de que nos convirtiéramos en enemigos. Sé mi aliado. Te quiero de mi lado.

Un gruñido animalesco bajo se le escapó de la garganta. La furia le ardía en el vientre como vinagre caliente. ¿Que fuera su aliado? ¿Que se diera por vencido? Jamás. Había perdido una batalla, pero no la guerra.

Nyr alzó el mentón.

—La primera opción es que te mate a ti, a tus hombres y hasta el último alma que reside en tu aldea y me apodere de tus tierras, como he querido hacer hace mucho tiempo. Pero no deseo tu muerte. Quiero tener a la Bestia de mi lado. Quiero que luches por mí como has luchado en mi contra. La segunda opción es que te unas a mi familia.

El deseo de venganza hizo que le picaran y le ardieran las manos, como si acabara de rozar una ortiga con las palmas. Volvió a gruñir con una mezcla de risas y amenaza. Jamás se convertiría en familiar de ese monstruo.

—Te han quitado a tu madre. —Nyr alzó un hombro—. Déjame darte otra mujer que te ame. Cástate con mi hija.

Hakon se quedó petrificado.

—¿Qué has dicho?

—Tengo nueve hijas y ningún hijo. El trabajo de ellas es darme los hijos y las alianzas que necesito.

Hakon no podía creer lo que estaba sugiriendo ese gusano.

—Sé mi yerno. —Nyr ladeó la cabeza—. De ese modo, mantendrás tus tierras y me pagarás tributo como tu rey. Me protegerás si necesito a tus guerreros y me darás apoyo en la asamblea, en la *thing*. ¿Qué dices?

—¿Quieres que me case con una de tus hijas? —escupió—. ¿Qué plan descabellado es ese?

No podía casarse. Y mucho menos con la hija de su enemigo.

—No bromeo.

—¿Acaso odias a tu hija tanto como para casarla con la Bestia? —Hakon oyó la ira en su propia voz.

Nyr ni siquiera se estremeció.

—¿Acaso no quieres tener una familia?

Hakon había abandonado la esperanza de tener una vida normal hacía mucho tiempo.

—Dijiste que estaba maldito. ¿No temes que tu hija también lo esté?

Nyr se rio.

—Tengo tantas hijas que no cambiará nada si una se contagia una maldición.

Hakon observó a Nyr por debajo de los párpados pesados. Sintió como si estuviera atrapado en una trampa y buscara la manera de escapar. Acababa de encontrar una. Nyr le había dado la forma de destruirlo. Loki debía de haberse sentado en su hombro para susurrarle un plan. Un plan de lo más astuto.

Lo único que necesitaba Hakon era tener aliados con más hombres. Casarse con la hija de Nyr sería el mejor modo de hacer conexiones mientras se ganaba la confianza de su enemigo. Se enderezó y se le relajaron los hombros. La furia le seguía rugiendo en el estómago, pero había tomado forma. La forma de una lanza.

—¿Quieres que me case con tu hija?

—Sí, con mi hija Arinborg. Es la siguiente en edad casadera.

A Hakon no le importaba si se trataba de una anciana. De cualquier modo, no sería un verdadero casamiento.

—¿Cómo sé que nos dejarás en paz?

Nyr alzó la cabeza.

—Te doy mi palabra.

Hakon se rio.

—Tu palabra... Tu palabra es como un escupitajo en el fiordo. No significa nada.

A Nyr se le oscurecieron los ojos.

—¿Qué quieres como garantía?

Hakon entrecerró los ojos. Nyr podría usar a su hija como espía. El único modo de evitarlo era aislarla de su familia. Tendría que estar bajo el control absoluto de Hakon.

—Que venga sola. No la acompañará nadie. Nadie acudirá a la boda. Si viene sola, lo tomaré como una señal de paz. Si oigo, aunque solo sea una rama quebrándose cerca de ella, morirá antes de que pueda tomar el siguiente aliento.

Nyr movió el mentón de un lado a otro.

—Es un camino largo y se acerca el invierno. Que sea para el siguiente solsticio de verano. Vendrá sola.

Una ola de triunfo le embargó el estómago como la calidez de una piedra caliente.

—El día del solsticio de verano. Hay una arboleda sagrada con una piedra que tiene unas runas en la cima de la montaña que se encuentra al lado de mi aldea. La estaré esperando allí.

—Que así sea, Bestia. Envíame un mensaje cuando te hayas casado con ella.

Hakon asintió con la cabeza. Nyr hizo un gesto, y sus hombres lo soltaron. Se le tensó el mentón. Ahora que se encontraba libre, anhelaba tomar el hacha y utilizar la oportunidad para matarlo. Los hombres de Nyr comenzaron a retirarse hacia el bosque, y el rey dio vuelta el caballo y se alejó galopando.

Hakon apretó los puños a ambos lados del cuerpo, aferrándose al aire vacío. Había accedido a casarse con la hija de Nyr, a convertirse en el *mágr*, el yerno, del hombre que había provocado la muerte de su madre. ¿Estaba loco?

La mancha de nacimiento le ardió como para recordarle su maldición.

Mantendría la distancia de su futura esposa; no tenía dudas de que iría a espiarlo, por más que lograra mantenerla alejada de su familia. Pero al menos no tenía que preocuparse de sentir algo por la hija de su enemigo. La capacidad de amar se le había muerto con su madre.

CAPÍTULO ÚNO

Boston, 21 de junio de 2019

—¿CREES que es un niño o una niña? —preguntó Carla, la amiga de Mia, antes de beber un sorbo de la taza de café para llevar.

Mia sintió los dedos cálidos al tocar la superficie suave de la fotografía en blanco y negro del ultrasonido del pequeño ser humano. Al ver la forma redondeada de la cabeza, la curva perfecta de la columna vertebral y los cinco dedos que la saludaban, el corazón se le llenó de tanto amor que estuvo a punto de explotarle.

Los olores que la embargaban en la cafetería del Massachusetts General Hospital la hicieron sentir náuseas. Inhaló el aroma a café, por el que hubiera matado, rosquillas y unas notas de lejía. Los doctores y enfermeros en uniformes estaban sentados almorzando mientras que los visitantes se instalaban en otras mesas: algunos charlaban con amigos y familiares, mientras que otros clavaban la mirada cansada en la distancia. En unas esquinas, había un par de yucas frente a las ventanas que cubrían desde el suelo hasta el cielorraso. En la cafetería se oían conversaciones apagadas.

—No lo sé. —Mia tocó la pequeña mano sobre el ultrasonido con el pulgar y sonrió. Era un niño. De algún modo lo sabía. No quería compartirlo con nadie, como si fuera un secreto íntimo entre ella y el bebé.

Carla y Mia estaban sentadas cerca de la ventana. En la mesa detrás de Carla, había una anciana con un traje de color verde pistacho. Tenía el cabello blanco como la nieve y una taza de té sobre la mesa y tejía moviendo las agujas en el aire, de modo que parecían las líneas de un monitor de signos vitales. La anciana le arrojó una mirada llena de curiosidad a ella y a la fotografía del ultrasonido que sostenía en la mano, lo que hizo que Mia se quedara sin aliento. Era de lo más curioso. Como respuesta, le ofreció una sonrisa llena de amabilidad a la anciana.

—El bebé de un jefe mafioso... Todavía me cuesta creerlo. —Carla negó con la cabeza y se acercó más a Mia para bajar la voz hasta un susurro—. Creí que querías romper con él.

Una capa de sudor frío le recorrió la columna vertebral a Mia al oír de su exnovio.

—Lo dejé.

—¿De verdad? ¿Cuándo? ¿Por qué no me dijiste?

—Hace tres días. Han sido los tres días más felices de mi vida.

Carla apoyó la mirada en el ultrasonido.

—Pero no sabe nada del bebé, ¿no?

—No, claro que no.

—¿Y qué pasaría si se enterara?

A Mia le dio un vuelco el estómago.

—Nunca me dejaría ir. No le has dicho a tu hermano que me viste aquí, ¿no? —Mia miró alrededor—. Debo estar paranoica, pero no dejo de mirar por encima del hombro. No puedo creer que Dan haya acordado a terminar la relación.

Carla se rio nerviosa.

—¡Y yo no puedo creer que los haya presentado en primer lugar! Y pensar que, si no fuera por él, a estas alturas sería una pediatra. Estaríamos trabajando juntas.

Mia se estremeció, y la manga del vestido largo de verano se movió para revelar un moretón amarillo en el antebrazo. Se ruborizó y se movió para cubrírsele, pero Carla lo vio y apartó los ojos de inmediato, como si acabara de ver algo muy privado.

—Es cierto. —Mia apretó los labios—. Nunca dejaré que un hombre me vuelva a tratar de ese modo. Mañana comienzo una nueva vida. Sin hombres. Solo el bebé y yo. Y lejos de Boston.

Carla frunció el ceño.

—¿Te marchas?

—Conseguí un empleo lejos de aquí, en el medio de la nada. Aún no puedo acabar el programa de la residencia, pero un día lo haré. Mañana por la mañana, cuando me suba al avión, empieza mi nueva vida.

Carla arqueó las cejas.

—¿Y me lo dices ahora?

—No me podía arriesgar.

Mientras emitía las palabras, la sombra de una silueta alta se ciñó sobre la mesa. Mia inhaló su aroma: una elegante colonia masculina y una nota suave de lubricante de silicona. Unos estremecimientos dolorosos la recorrieron de pies a cabeza, y movió la mano para ocultar la foto del ultrasonido que se encontraba sobre la mesa, pero la palma pesada la detuvo. La piel seca y cálida le quemó la mano gélida.

—¿Qué es lo que no podías arriesgar? —La voz le ronroneó al oído rozándole la mejilla con el aliento.

Le soltó la mano y tomó la fotografía del ultrasonido, pero Mia la aferró con tanta fuerza que las uñas se le pusieron blancas. Él se la arrebató de las manos y le cortó un dedo. La sangre manchó el borde del papel.

Mia se incorporó de un salto y pateó la silla, de modo que todos se volvieron a mirarla. El pulso le latía acelerado contra la sien, el pecho le dolía y las piernas se le redujeron a gelatina. Afuera esperaban de pie los guardaespaldas de Dan, Romeo y Carl. El estómago le dio un vuelco.

Los ojos de Dan brillaron con intensidad al asimilar todos los detalles del ultrasonido. Era un hombre atractivo, de oscuro cabello corto y grandes ojos oscuros con pestañas alargadas y espesas. Tenía pómulos altos y un mentón cuadrado afeitado al ras. Llevaba puesto uno de sus trajes italianos de color carbón hechos a medida y una camisa blanca sin corbata. Parecía el director de una empresa o el socio de una firma de abogados, la ilusión por la que ella misma había caído hacía tres años, cuando se conocieron. Debería haber sospechado algo desde el comienzo, pero había sido muy ingenua. Ni los directores de empresas ni los abogados eran la montaña de músculo puro que era Dan gracias al entrenamiento en combate diario. Ese error le había costado todo.

Dan la miró a los ojos y le produjo un estremecimiento en todo el cuerpo.

—No lo puedo creer. Me ocultaste esto. —La voz era como el rugido distante de un camión.

Mia comenzó a temblar.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Un pajarito me contó que fuiste al ginecólogo y quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Miró a Carla.

Mia la miró perpleja.

—¿Cómo has podido, Carla? —le preguntó.

Carla apartó la mirada.

—¡Lo siento mucho, Mia! ¡No tenía idea de que se habían separado! Además, no se lo dije a él.

—¿Pero se lo contaste a Gabe?

Carla asintió. Gabe era su hermano, que trabajaba para Dan.

Mia volvió a sentir náuseas en el estómago. No debería pensar en eso. No en ese momento. Tenía que lidiar con Dan. Tomó una profunda bocanada de aire, como cada vez que había tenido que lidiar con su temperamento demente. Una vez más tranquila, lo miró.

—Hemos terminado, ¿recuerdas?

Dan se rio y su rostro se convirtió en una máscara carente de emociones.

—Después de esto, no. Estás esperando un hijo mío. ¿Crees que lo dejaré crecer en un hogar roto?

—No hay hogar alguno para él contigo...

—¿Él? —Una emoción pareció asomarle a los ojos—. ¿Es un niño?

Mia soltó una maldición por lo bajo. Dan siempre había soñado con tener un hijo.

—No lo sé.

—Pero crees que es un niño.

—¡No lo sé, Dan! ¿Qué importa?

—Tienes razón. No importa. Niño o niña, no dejaré que crezca con padres separados. Esto lo cambia todo. Regresarás conmigo, nos casaremos y trabajaremos en nuestra relación. Iremos al psicólogo.

A Mia le temblaron los labios.

—Pero no me amas, Dan.

Los ojos se le tornaron negros.

—Te equivocas, nunca dejé de amarte, *bella*.

Las palabras que cualquier mujer anhelaba oír hicieron que a Mia se le congelara la sangre. Negó con la cabeza.

—Hemos terminado. No hay terapia alguna que nos pueda ayudar. Han pasado demasiadas cosas. Las mujeres, tu temperamento...

Solo necesitaba que la dejara ir a casa. Diablos, necesitaba que la dejara ir y punto. Así podría desaparecer.

—Tienes razón, pero me estás convirtiendo en un hombre mejor. Estoy más controlado que nunca desde que eres parte de mi vida. Trabajaré en mi temperamento y no habrá ninguna otra mujer más. Te haré ver al hombre que una vez amaste.

Eso era imposible. Lo había amado hasta que descubrió la verdad acerca de su ocupación: algo que solo le reveló cuando se mudaron juntos. Determinada, alzó el mentón.

—¿Cómo me harás sentir algo por ti? ¿Me volverás a golpear?

La pregunta hizo que se le dilataran las fosas nasales y se le estremeciera una vena en la sien.

—No. Si quieres que trabaje en mi temperamento, lo haré. No te tocaré ni un solo pelo. No de ese modo. —Bajó la voz y añadió—: Detesté haberte hecho eso.

¿Cuántas veces había oído lo mismo en los últimos dos años y medio?

—No regresaré contigo.

Le tomó la mano y la jaló contra su pecho.

—Sí que regresarás.

Mia luchó para liberarse, pero fue en vano. Hacer una escena era la única oportunidad que le quedaba.

—Si no me sueltas, gritaré —escupió.

—No lo harás, *bella*. —Dan movió el brazo para que sintiera el cañón del arma a través de la fina tela de seda del vestido.

Unas agujas la perforaron de pies a cabeza.

—¡No le dispararás a la madre de tu hijo!

—Si me trae problemas con la policía, lo haré.

A Mia se le retorció el estómago y se llevó la mano libre al vientre en un gesto protector. Miró alrededor de la cafetería en busca de ayuda. La gente los miraba con curiosidad y de seguro asumían que eran una pareja teniendo una discusión. Carla tenía la mirada clavada en su café como un cachorro que sabía que se había portado mal. Y la anciana con el traje verde había dejado de tejer y miraba a Mia con preocupación. Pero ¿qué podría hacer una abuela contra Dan y sus dos guardaespaldas?

—Ayuda. —Mia gesticuló con la boca, pero la mujer ni se inmutó.

Dan tomó la bolsa de Mia y se la arrojó para jalar de ella hacia las puertas del personal. Pasaron por las puertas del baño exclusivo para empleados y siguieron avanzando hacia la salida de emergencia. La desesperación la comenzó a quemar como una fiebre. Había estado muy cerca de escapar de él, de darle a su bebé un futuro mejor y una vida normal, alejado de la mafia.

Pero no lo había logrado. Dan ahora tenía un motivo para buscarla a donde sea que fuera. Tenía contactos, maneras de ubicarla y de amarrarla a su lado. Había tenido una oportunidad cuando por fin había accedido a terminar esa relación tóxica que la había consumido física y emocionalmente, pero la había echado a perder. No debería haberse encontrado con Carla. Si hubiera esperado hasta el día siguiente...

Dieron vuelta la esquina del pasillo vacío y, de pronto, oyeron el eco de una voz a sus espaldas.

—¡Aguarden!

Cuando se detuvieron y se dieron vuelta, la esperanza la hizo sentir mareada. Pero solo se trataba de la anciana.

—¿Qué pasa? —ladró Dan.

La mujer se detuvo delante de ellos, pequeña y frágil y sin ningún indicio de temor en los ojos.

—Oye, querida. —Le habló a Mia con un acento que parecía alemán—. Conozco una forma de escapar, pero no es un camino fácil. Hay un hombre que te necesita tanto como tú lo necesitas a él. Es un vikingo.

Dan se rio.

—¿Qué? ¿Un vikingo de Minnesota? ¿De qué diantres hablas?

—Debes esperar cosas extrañas. —No dejó de mirarla mientras hablaba—. No creerás que son posibles, pero serán ciertas.

Mia tragó con dificultad. No sabía de qué hablaba la anciana, pero Dan le apretó el brazo con

tanta fuerza que le empezó a doler, y comenzó a preocuparse por la seguridad de la mujer.

—Será mejor que se vaya. De inmediato —le dijo Mia.

—Querida, te has olvidado algo en la mesa. —La mujer introdujo la mano en la bolsa, y Dan le apuntó con el arma. Sin embargo, la anciana extrajo un objeto durado. Mia frunció el ceño. Parecía una especie de huso de cuento de hadas.

Qué situación más descabellada. La anciana se lo ofreció.

—Tómalo, te lo has olvidado.

Pero ¡qué locura! ¿Una manera de escapar? ¿Un huso dorado? ¿Un vikingo que la necesitaba?

Dan comenzó a estirar la mano hacia el huso, pero la mujer tenía una expresión feroz en el rostro y tanta fortaleza que fue como si el destino mismo la estuviera mirando a los ojos. Mia hizo a un lado el brazo de Dan y estiró la mano hacia el huso. La anciana le sonrió.

¿Qué había esperado que ocurriera lógicamente? Nada. Quizás la anciana utilizaría una pistola de descarga eléctrica contra Dan o le arrojaría gas pimienta. Quizás era una campeona mundial de karate retirada. O, quizás, todo era una broma de mal gusto.

Sea como fuere, Mia le siguió la corriente. Cuando el huso le tocó la mano, sintió una vibración que la recorrió entera y la cabeza le comenzó a dar vueltas. Le regresaron las náuseas al estómago. El mundo a su alrededor comenzó a evaporarse, y lo último que vio fue el rostro perplejo de Dan, que estiraba las manos para sujetar el espacio de aire vacío donde había estado hacía tan solo unos segundos. Una ola de alegría le invadió el cuerpo inexistente. Y luego, todo desapareció.

CAPÍTULO DOS

Lomdalen, Noruega, 21 de junio de 875 d. C.

HAKON ABRIÓ de golpe la puerta de su recámara e inhaló el aroma del festín que estaban cocinando en el gran salón. Los dos hogares que había en el centro de la sala tenían varias filas de calderos. Las mujeres cortaban carne, picaban verduras y amasaban sobre las mesas alrededor de los hogares.

Era el día del solsticio. Por fin, había acabado la larga espera para que las piezas de su plan encajaran, y Hakon brillaba por dentro.

—¡Les dije que prepararan una cena, no un banquete! —les rugió a las cocineras.

Las mujeres alzaron la mirada para verlo con los ojos grandes como platos. Un niño soltó un chillido.

—Continúen. —Solveig se separó de la fila de mujeres.

Como tenía una pierna mala, avanzó tambaleándose hasta él mientras se limpiaba las manos en el delantal. Era la curandera de la aldea y había sido la partera de su madre cuando él había nacido. La mujer le escudriñó el rostro y se detuvo sobre la mancha de nacimiento con forma de lobo gruñendo que le rodeaba el ojo izquierdo y se le extendía por la sien y la mejilla hasta el nacimiento del cabello.

—¡Solveig! —exclamó—. ¿No tienes que atender a los hombres heridos?

Los primeros ataques de la temporada no habían salido bien sin él, que se había quedado en casa porque no quería perderse el solsticio de verano.

—Ven, Hakon. —Se detuvo delante de él—. Hoy todos conocerán a su nueva señora. Quieren una boda.

—¿Quieren una boda? —repitió.

A pesar de que la mujer era pequeña, era la única persona en toda la aldea que no se estremecía de temor cuando le hablaba.

—Es evidente que tú no —repuso.

—Has acertado. Yo no. No es posible una boda feliz con «su» hija. No hay nada que celebrar.

Solveig se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Quizás sí la haya. Quizás ella sea buena para ti.

—No hay nadie en los nueve mundos de Yggdrasil que sea bueno para mí —masculló.

La mujer ladeó la cabeza. Hakon detestaba que lo mirara de ese modo. Lo hacía sentir como un niño pequeño que se había portado mal e intentaba ocultarlo.

—Entonces, hazlo por la gente, *jarl*. Dales esperanza. La esperanza de una vida normal.

Hakon soltó un suspiro profundo y le sostuvo la mirada.

—No hay esperanza para ellos, Solveig. No mientras sea su *jarl*. Ya lo sabes.

Negó con la cabeza.

—Ojalá dejaras de decir esas tonterías. ¿No hay esperanza? —Soltó un bufido—. Espera y lo verás. Quizás esta mujer sea la esperanza que necesitas.

—La única esperanza que necesito es que su padre siga vivo para poder matarlo.

Pasó caminando por delante de ella y se dirigió a la salida.

—¡Dejen de cocinar! —ordenó sin mirar a nadie—. Guarden la comida. No habrá ningún banquete de bodas.

En el gran salón se oyeron varios suspiros de desilusión. Mientras se acercaba a la salida, varias personas le pasaron por delante con pilas de leña y baldes de agua. Los niños llevaban verduras y, como siempre, apartaban la mirada al verlo. Hakon reconoció a Ledis, una niña que pasaba con una cesta llena de nabos y, como no pudo quitarle la mirada de encima, se tropezó en el umbral. Los nabos salieron volando en todas direcciones y estuvo a punto de golpearse el rostro contra el suelo, pero Hakon salió disparado hacia ella y la sujetó de las axilas antes de que se golpeará. Los nabos rodaban por el suelo a su alrededor. La niña lo miró con los ojos bien agrandados, se liberó de sus brazos y echó a correr soltando un grito.

—¿Acaso se piensa que me la voy a comer? —gruñó Hakon.

Solveig se acercó tambaleándose y comenzó a recoger los nabos.

—Quizás sí. Las madres les cuentan historias de terror acerca de ti a los niños para que no salgan en la oscuridad. La boda los ayudará a ver un lado diferente de ti.

—Me han conocido desde que nacieron.

—Y te han temido desde entonces.

Con el mentón apretado, Hakon salió lleno de ira y frustración que le hervían en el interior como las aguas profundas del Helheim. Estaba a punto de invitar a otra persona a su vida que estaría igual de aterrada que el resto.

Hakon se acercó a su caballo nuevo, que estaba de pie cerca de la entrada. El animal soltó un relincho y ladeó la cabeza cuando se le acercó y abrió los ojos de par en par al captar el olor del tapado de piel de lobo.

—Calma, Viento, calma —lo apaciguó acariciándole el cuello—. El tapado ya tiene dieciséis inviernos. El lobo ha muerto hace rato.

Hakon se montó sobre Viento y lo guio a través de la aldea para adentrarse en el bosque. La gente reanudó las conversaciones a sus espaldas, como si acabara de pasar una amenaza.

Su *hersir*, el comandante militar Torfi, se había ofrecido a ir con él en caso de que planearan tenderle una emboscada, pero Hakon estaba seguro de que no sería necesario. Si Nyr hubiera querido matarlo, lo habría hecho el otoño anterior, cuando lo tenía a su merced.

Pasó por delante de las casas comunales oscuras y algo erosionadas que había conocido durante toda su vida, luego pasó por el establo, las rejillas para secar pescado y la cantera de ahumado. Los habitantes de la aldea estaban ocupados con sus tareas mientras todos se preparaban para conocer a la nueva señora, que le pondría fin al peligro que venía del rey Nyr.

Los tejados tenían agujeros, los gabletes estaban desgastados por el paso del tiempo y los cobertizos, los establos y las cercas estaban torcidas. En las calles habían puesto tablones para cuando la tierra se convirtiera en barro con la lluvia. La aldea estaba viva y se oían los sonidos de

las actividades diarias: los martilleos del herrero, los mullidos y graznidos de los animales, las conversaciones y los chillidos de los niños que jugaban por doquier. En el aire flotaban nubes de humo con aroma a carne asada y pan recién horneado para recibir a la princesa Arinborg.

Había algo más, apenas perceptible. Un cambio en el aire, como si el destino estuviera cocinando algo. Hakon esperaba que las nornas estuvieran tejiéndole el mismo destino que había respirado desde la muerte de su padre hacía dos años. El destino de asesinar a su enemigo.

Tras pasar varios instantes subiendo la pendiente baja de la montaña a través de la arboleda, llegó al bosquecillo sagrado. No pudo evitar sentir curiosidad en la boca del estómago. Esperaba que Arinborg también sufriera la maldición de alguna marca o que fuera una mujer fea. Entonces sería más fácil mantenerse alejado de ella. Si descubría su plan de asesinar a su padre, podría advertírselo.

Las piedras del bosquecillo sagrado se encontraban entre árboles ennegrecidos. Se formaba un gran claro, con pinos, álamos temblones y abedules que lo rodeaban como paredes. Unas piedras emergían como los hombros de un gigante entre los árboles y parecían a punto de moverse si uno parpadeaba. En el medio del claro, había una piedra con unas runas, al lado de un altar de piedras donde se realizaban rituales de sangre y sacrificios. Y, al lado del altar, vio a una mujer.

A Hakon le dio un vuelco el corazón y se congeló durante un instante mientras la observaba. Tenía las dos manos apoyadas contra la piedra con runas y respiraba entre jadeos. El largo cabello de color rubio cobrizo le caía en ondas y le ocultaba el rostro. Llevaba puesto un hermoso vestido con una tela exquisita que no se parecía a nada que hubiera visto antes. La tela parecía delgada y le fluía por el cuerpo como el agua. Unas flores gigantes lo decoraban y le daban el aspecto de un espíritu de la naturaleza al despertarse. Parecía una criatura de otro mundo. Por encima del hombro, tenía una bolsa de cuero violeta.

Hakon soltó una maldición por lo bajo. ¿Por qué tenía que ser tan hermosa?

Antes de que pudiera saludarla, un oso apareció de entre los árboles a sus espaldas. El animal gruñó y se paró sobre dos patas. Al otro lado del claro, a la izquierda de Hakon, había varias abejas zumbando. El año anterior, Solveig había encontrado el panal en el árbol, y nadie lo había tocado porque consideraban que estaba bendecido por los dioses.

A Hakon se le congeló la sangre. El oso quería la miel, pero de seguro pensaba que Arinborg estaba allí por lo mismo. La bestia soltó un rugido, y la princesa alzó la cabeza para mirarlo. Era hermosa: tenía ojos grandes, una boca suave y unos pómulos erguidos. Se le dio un vuelco el estómago de temor por ella. Cuando el oso se lanzó al ataque, espoleó al caballo.

Arinborg lo miró con los ojos abiertos de par en par, y Hakon se inclinó a un lado para sujetarla mientras Viento le pasaba por al lado. Sin mayor esfuerzo, la colocó sobre el caballo delante de él.

El oso los persiguió y los atacó, parándose sobre las patas traseras y desgarrando el aire vacío por el que acababa de galopar Viento. Hakon hizo girar al caballo, y cabalgaron por la piedra de las runas para alejarse del bosquecillo sagrado. Viento siguió avanzando por el sendero a un ritmo demasiado rápido, y Arinborg comenzó a rebatirse antes de gritar:

—Pero ¿qué te pasa, salvaje? ¡Suéltame!

La mujer sonaba determinada, al igual que su padre. Y si se parecía en algo a su progenitor, no sentiría más nada que odio hacia ella.

Echó un vistazo hacia atrás y no vio al oso por ningún lado entre los árboles. El sendero a sus espaldas se encontraba vacío. Hakon tiró de las riendas para disminuir el ritmo del caballo.

—Este salvaje te acaba de salvar de un oso, princesa. —La mantuvo quieta delante de él y

sintió como el cuerpo le calentaba la piel a través de la tela suave del vestido. La mujer no dejó de debatirse.

—¡Detén el caballo!

—Lo puedo detener si quieres que nos alcance el oso. Pero permíteme sugerir que quizás sea mejor que nos alejemos lo más posible del animal. Si sigues moviéndote, te vas a caer y te vas a romper el cuello. ¿Eso es lo que quieres?

La mujer guardó silencio. Al poco rato, llegaron a la aldea, y la gente dejó todo para observarlos con los ojos bien abiertos. Nadie se sorprendía de que la Bestia llevara a su futura esposa arrojada sobre el caballo como si fuera un saco de avena.

Hakon detuvo a Viento frente al gran salón y se desmontó antes de ponerle las manos sobre las caderas y ayudarla a desmontar. Era probable que fuera un gesto poco apropiado, pero no le importó. Las curvas de las caderas se sentían redondeadas bajo la tela fina del vestido. Tenía un cuerpo suave, firme y demasiado cálido. La piel se deslizaba bajo el material como si también fuera de seda.

Arinborg apoyó los pies en el suelo y se volvió para mirarlo. Estaba de pie entre él y el caballo y pudo inhalar su aroma dulce y limpio. Olía a flores primaverales y algo más... una suerte de especia que parecía pertenecerle solo a ella.

Tenía los grandes ojos verdes algo sesgados. ¿Cómo era posible que tuviera pestañas tan gruesas? Se estaba ahogando en su mirada. Un rubor del color de una rosa silvestre le cubría las mejillas. Como tenía los labios carnosos, suaves y entreabiertos, sintió el impulso de besarla, de saborear su lengua y su boca y de morderle un labio sensual. El corazón le comenzó a latir desbocado en los oídos.

No, no podía. Había decidido que no se involucraría con ella. No le daría su corazón. Pero la deseaba. Quería explorarle las piernas con los dedos, inhalar su aroma y admirar su belleza. No se podía resistir a ella, pero tenía que hacerlo. Era su novia. Podría tenerla si así lo deseaba... Por Loki, cómo la deseaba.

—¡Malditos sean todos los dioses! —Se inclinó hacia ella para besarla.

Pero al verlo, se le agrandaron los ojos de la sorpresa, se agachó y vomitó. Un líquido cálido le empapó la túnica en el pecho. Hakon cerró los ojos y apretó el mentón. A su alrededor, la gente se reía entre dientes, y su novia se limpiaba la boca con el dorso de la mano mientras lo observaba por detrás de las pestañas.

No era de sorprender que se hubiera sentido asqueada por su marca de nacimiento y no hubiera podido ocultar sus sentimientos. La ira le comenzó a hervir en el interior.

Arinborg miró a todos los presentes y se llevó la mano a la garganta.

—¿Dónde estoy?

—En Lomdalen, obviamente —le respondió Hakon y dio un paso hacia atrás. Tenía que limpiarse la túnica.

—¿Dónde queda eso? —la voz se le redujo a un susurro.

Hakon la miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué hablas, princesa? Ya sabes dónde es, si has venido hasta aquí.

Arinborg tragó con dificultad, y con las manos buscó algo a sus espaldas. De pronto, se dio la vuelta y echó a correr. Las faldas se le volaban al viento, y se le veían las piernas largas y esculpidas. Hakon estaba tan anonadado que no se pudo mover. ¿Sería tan feo? ¿Tan feo que la hizo huir y romper la promesa de su padre?

Hakon miró a su gente para ver si alguien entendía lo que acababa de pasar, pero todos tenían la misma expresión de estupor. Luego recobró los sentidos y corrió tras ella. Tenía que casarse

con él. No había otra opción. Lo habían acordado, y todo dependía de eso.

La alcanzó tras pasar por delante de dos casas comunales; no era la corredora más veloz. La sujetó del antebrazo y la hizo girar hacia él. Respiraba entre jadeos e intentaba patearlo.

—¡Suéltame!

Se la apretó contra el pecho para que dejara de debatirse.

—Princesa, debes honrar el acuerdo de tu padre y casarte conmigo. Si querías cambiar de parecer, lo deberías haber hecho antes. Ahora es demasiado tarde.

—No sé de qué hablas. ¿Estamos en el plató de una película? ¿O en un programa de telerrealidad? ¿Dónde están las cámaras? Suéltame.

Le dio una patada en el tobillo que le produjo un dolor lacerante, pero la apretó con más fuerza.

—¿De dónde sacas todas esas palabras raras?

Las dudas lo arrasaron como una ola fría del mar del Norte y la sacudió ligeramente.

—Eres Arinborg, ¿no?

El rostro de ella adoptó una expresión sobria. Se congeló y lo observó con detenimiento.

—¿Qué pasaría si no lo fuera?

—Si no eres Arinborg, eres una impostora que finge ser una princesa e intenta casarse con un *jarl*. Te juzgaríamos y te mataríamos.

La respuesta la puso pálida, y el pecho le subió y le bajó hasta que, sumamente exasperado, Hakon tomó consciencia de los pechos suaves rozándole la piel y desatándole una ola de deseo líquido y dolor.

—¿Eres Arinborg o no?

Ella se obligó a sonreír y se cubrió el estómago con una mano. Esperaba que no fuera a vomitar por segunda vez.

—Claro que sí. Te estaba poniendo a prueba.

Hakon notó que la mujer se estaba obligando a relajarse y vio lo mucho que le estaba costando. Detrás de la máscara, asomaba esa expresión de temor, el ceño fruncido de alguien que estaba aterrorizado. Era la expresión que había visto a su alrededor toda la vida.

—Qué bueno —le dijo y la liberó, pero no le soltó el codo—. Mira, yo tampoco deseo este matrimonio. Pero lo hemos arreglado entre tu padre y yo. No seré Baldr, el dios de la belleza, pero igual te casarás conmigo. Y si no te agrado... pues mala suerte.

Arinborg arqueó las cejas, sorprendida, pero Hakon la ignoró y continuó.

—Ahora estamos unidos, sin importar que te parezca atractivo o no. Serás mi esposa. Está decidido.

A pesar de que no dijo nada, una resolución fría le tornó los hermosos ojos verdes primaverales de un tono malaquita al oír sus palabras. Se le tensó el mentón y pareció retirarse a algún sitio profundo en su interior.

—Está bien —escupió apretando los dientes.

—Vamos. —Hakon se retorció y la arrastró sin dejar de detestar el hecho de tener que obligar a una mujer a casarse con él en contra de su voluntad. Y sin dejar de detestar que esa mujer despertara una pequeña parte de él que deseaba que no le temiera a la Bestia como lo hacían todos y que quisiera casarse con él de buena gana. Pero acalló a esa parte.

CAPÍTULO TRES

El aroma del estofado, que echaba vapor en un cuenco de arcilla delante de Mia, hizo que se le hiciera agua la boca. Estaba sentada sola en una mesa larga con el cuerpo tenso y los hombros doloridos.

Miró alrededor de la habitación. Varias mujeres cocinaban sobre fogatas y le lanzaban miradas de reojo. Hakon hablaba con una mujer regordeta de estatura tan baja que apenas le llegaba al centro del pecho y lo observaba como si fuera un poste de electricidad alto.

El pensamiento la hizo percatarse de que allí no había electricidad. La casa oscura no tenía ventanas, de modo que la única luz provenía de las lámparas de gas que colgaban de las vigas. La edificación era de madera rústica, al igual que los muebles. La mayoría de las personas eran rubias. Las mujeres llevaban puestos unos largos vestidos de lana, y los hombres, unas túnicas y unos pantalones que metían en unas medias que les llegaban a la altura de la rodilla.

¿Dónde estaba y cómo había llegado allí? Recordaba estar en el hospital y que Dan la arrastraba. Luego la anciana había ido al rescate, y, cuando Mia tocó el huso dorado, su cuerpo comenzó a disolverse al lado de Dan. De repente, abrió los ojos en un claro en el bosque, y un oso rugió al tiempo que un hombre gigante a lomos de caballo y armado con un hacha y una espada la levantaba en el aire. Se llamaba Hakon.

La peculiaridad del lugar la aterrorizaba, así como también el hecho de que hablaba un idioma extranjero que jamás había aprendido. Hakon la aterrorizaba: no solo su aspecto físico, que lo hacía parecer gigante, poderoso e intimidante, sino también la marca de nacimiento, que hacía parecer como si un lado de él fuera oscuro y el otro, claro. Como si dos criaturas habitaran en su interior: un hombre y una bestia. Y esa segunda era la que le hacía recordar a Dan.

Tenía que marcharse de allí, pero primero debía descubrir cómo hacerlo. Disfrutó la oportunidad de que la dejaran a solas para intentar comprender lo que estaba ocurriendo. Se apoyó una mano en el vientre plano.

—Estamos bien —susurró—. Vamos a sobrevivir.

El estómago le gruñó. ¿Cómo era posible que tuviera hambre luego de vomitar? Pero estaba famélica y tomó una cuchara de madera para llevarse una porción de estofado a la boca. Cerró los ojos de dicha y disfrutó el sabor exquisito.

La mujer con el huso dorado le había dicho algo acerca de... un vikingo. Mia se atragantó y escupió el estofado por toda la mesa antes de incorporarse de un salto. Todos la miraron anonadados.

—¿No te gusta la comida, princesa? —le preguntó Hakon.

—¿Eres vikingo? —le preguntó casi jadeando.

Hakon frunció el ceño.

—Este año aún no he ido a hacer las de vikingo, no me quería perder el encuentro contigo.

—¿Hacer las de vikingo?

La miró con el ceño más fruncido y una intensa expresión de peligro en el rostro. Cruzó la habitación para llegar a su encuentro con unas rápidas zancadas y se detuvo delante de ella, que de repente se quedó sin aire en los pulmones. Habló con la voz baja y ronca y le produjo unos estremecimientos cálidos en la piel.

—Hacer las de vikingo: atacar, robar. ¿Me estás poniendo a prueba otra vez? Haces preguntas sin sentido como si fuera la primera vez que oyes de esto. —La sujetó del brazo y la jaló contra su pecho. Sintió como si se hubiera dado de bruces contra una muralla de ladrillos—. ¿O estás poniendo a prueba mi paciencia? Porque no tengo mucha. Si sigues con estas preguntas, lo vas a ver pronto.

Tenía el rostro tan cerca del de ella que pudo ver las notas verdes en sus pálidos ojos casi dorados. Eran unos ojos magnéticos, los de un conquistador, los de alguien que no se detenía hasta obtener lo que quería.

Dan solía mirarla de ese modo. Los recuerdos la embargaron. Sintió dolor, impotencia y temor y se le cerraron los pulmones y la garganta. «¡No!». Acababa de escapar de Dan y no permitiría que otro hombre hiciera lo mismo que le había hecho él: abusar de su cuerpo, quitarle la libertad, romperle el espíritu... y amenazar a su bebé.

Jaló del brazo para liberarse y lo empujó. Anonadado, Hakon se tambaleó hacia atrás y se le transformó el rostro.

—¡Ya te dije que me soltaras! —le gritó y se dirigió hacia la salida a grandes zancadas. Que la condenaran si se quedaba tan solo un minuto más con un hombre como Dan. ¿Qué le pasaba a ese tal Hakon? No quería saberlo. Lo único que quería era poner a su bebé a salvo.

Salió al exterior e inhaló una profunda bocanada de dulce aire fresco. Alrededor de la aldea, las montañas se alzaban como murallas hacia el cielo, y en un extremo del poblado, un gigantesco brazo de agua quieta se curvaba entre las formaciones. Había varios barcos anclados en la orilla: eran embarcaciones de madera largas con unas proas altas y encorvadas y varios escudos a lo largo de los laterales. Varias vacas y ovejas pastaban, y unas gallinas cacareaban. A una casa de distancia, un herrero martilleaba contra un yunque enorme.

Mia se estremeció y bajó la mirada al vientre.

—¿Dónde estamos, corazón? —le susurró sin poder creer lo que captaba con los sentidos.

—No te escaparás —le dijo Hakon a su lado, y una mezcla de terror y entusiasmo le recorrió la piel como una lluvia de chispas—. Y si quieres que deje de tocarte, debes dejar de comportarte como si Loki te hubiera quitado la razón.

Era como una montaña de carne humana. No la sujetó ni la empujó ni tampoco movió un dedo hacia ella en esta ocasión, pero su calor corporal la acarició con suavidad. Alto y musculoso, se movía con una gracia predatoria y cada acción era eficaz y práctica. A pesar de que Dan también era alto, era de estatura mucho más baja que Hakon y tenía menos masa muscular. Mientras que Dan era sofisticado y tenía estilo con sus trajes italianos hechos a medida y el corte de cabello perfecto, Hakon representaba la simplicidad y la dureza. Era como comparar a un aristócrata con un bárbaro.

La mirada de Hakon la dejó anclada en el suelo. El hombre emanaba poder y fuerza de voluntad. Y su aroma... por todos los cielos, olía a heno, cuero y mar. Y tenía una voz profunda, melódica y sensual... perfecta para leer audiolibros eróticos.

La mancha de nacimiento rosada y amarronada que tenía alrededor del ojo lo hacía inolvidable y misterioso... como un superhéroe oscuro que no había decidido si luchaba por el

bien o por el mal. ¿Se sentiría cohibido por esa marca? Era probable que la mayoría de las personas lo hicieran, pero Hakon radiaba ira, como si tuviera un campo de fuerza invisible a su alrededor.

—¿No te quieres casar conmigo? —le preguntó con una voz de acero. ¿Acaso le oyó una nota de vulnerabilidad en la voz? Tenía la vista clavada en un punto delante y un perfil serio.

¿Qué respondería la princesa Arinborg?

—No es mi decisión —le dijo. Ella y Arinborg debían de tener eso en común.

—Te sugiero que sigas tu propia sabiduría. La decisión se tomó por ti. Lo único que debes hacer es obedecer.

Quizás Arinborg hubiera hecho eso, pero Mia no. Miró alrededor. ¿Cómo podría escapar? Hakon la observaba como un halcón. Quizás cuando estuviera dormido u ocupado con otra cosa... Echó un vistazo al bosque que se veía entre los tejados. En algún punto, estaba el sendero por el que habían llegado.

Si volvía a viajar en el tiempo y... oh, pero qué ridícula que sonaba esa idea. Pero a lo mejor, si regresaba al claro donde la había encontrado Hakon, podría hallar el modo de regresar a Boston. Había estado tocando la piedra cuando llegó; recordaba haber sentido una vibración extraña que provenía de la superficie fría y le recorría todo el cuerpo. Los dedos casi se le habían hundido en la piedra. Si la volvía a tocar, ¿regresaría a su propia época?

Había dos problemas con regresar al bosquecillo. Uno era que el oso aún podría estar allí. El segundo era que Dan podría estar esperándola al otro lado. No podía negar que la anciana la había ayudado a huir, pero ¿esa solución sería mejor que estar bajo su control? Si regresaba, Dan se enteraría. Si vivía en el mismo planeta que él, la encontraría. Tenía una vasta red de conexiones en la mafia y, a veces, sentía como si viviera en una película de ciencia ficción y le hubiera implantado un microchip en el cuerpo. Siempre sabía dónde estaba.

Técnicamente, estar allí con esos vikingos era el mejor sitio para esconderse de Dan. Pero, no. Estaba embarazada. Se llevó la mano al vientre. «¿Estás bien, corazón? ¿Te ha lastimado el viaje en el tiempo?». Mia se concentró e intentó sentir la vida en su interior, aunque como médica sabía que no había modo de saberlo con exactitud. Pero sintió el mismo aguijón débil en el vientre que había experimentado en varias ocasiones durante el primer trimestre. Sí, se encontraba bien. No tenía dudas.

Ahora que estaba entrando al segundo trimestre, las posibilidades de que algo saliera mal eran mucho menores. También se sentía mejor: no tenía muchas náuseas ni estaba demasiado cansada. Pero había otra cosa a considerar. No podría dar a luz allí. Dar a luz sin medicina moderna era peligroso, y las amenazas a la salud eran enormes. Por no mencionar las condiciones insalubres.

Primero, debía regresar a Boston y luego debía encontrar el modo de escapar de Dan. Por eso, decidió continuar con el papel de la princesa Arinborg hasta esa noche. Haría lo que fuera necesario para salvar al bebé. Cuando Hakon se quedara dormido, se escabulliría y regresaría al claro.

—Tienes razón —le dijo—. Seguiré mi sabiduría. —La voz se le sobresaltó y casi la traicionó.

Hakon la miró.

—Qué bueno. Por fin. —Pero mientras le respondía eso, no dejó de fruncir el ceño.

Seguiría su sabiduría: la de no permitir que ningún otro hombre le dirigiera la vida, sin importar lo poderoso... o atractivo que fuera.

CAPÍTULO CUATRO

Mia aguzó el oído en la noche. En la casa reinaba el silencio al otro lado de la recámara de Hakon, y el hombre en cuestión dormía pacífico en el suelo al lado de su cama. Mia se incorporó sobre un codo en el colchón, y la manta de piel se le deslizó por los brazos. A pesar de que una criada le había llevado un camisón, se había negado a ponérselo antes de ir a la cama y, por eso, estaba vestida.

Hakon le había informado que dormiría en su recámara, la única habitación en la casa, además del gran salón. Según tenía entendido Mia, por lo general, los invitados dormían en la especie de camas que había en el gran salón. Pero Hakon le había asegurado de que no tenía intenciones de tocarla antes de la boda. Y, por más que le hubiera dicho que escucharía a su sabiduría, sabía que no se fiaba de ella.

Por eso debía aprovechar la oportunidad de escapar. Con el corazón latiéndole desbocado, soltó el aliento despacio y sin hacer ruido hizo la manta a un lado para pararse sobre el suelo de madera. Encontró las sandalias y se las puso con cuidado de no emitir sonido alguno. A pesar de que dio pasos suaves, uno de los tablones del suelo crujió. Mia se quedó congelada en su sitio y tragó con dificultad al tiempo que Hakon se removía y se giraba sobre un costado. Luego tomó la bolsa y se la pasó por el hombro como si fuera una bandolera. El pulso le latía desbocado en las orejas. Apretó los puños y los sacudió para aliviar la tensión.

—Vamos a estar bien, corazón —dijo en un susurro apenas audible y se acarició el vientre.

Luego siguió avanzando por la habitación mientras se le formaba una capa de sudor fría que le recorría la espalda al pasar por al lado de la cabeza de Hakon. Estaba durmiendo sobre un tapete de piel de carnero y se veía de lo más atractivo con el rostro tranquilo y relajado. En el poco tiempo que lo conoció, jamás lo había visto así estando despierto. Se preguntaba cómo sería ser su esposa y sentir esos brazos fuertes alrededor del cuerpo mientras dormían. Qué ingenua.

Por alguna suerte de milagro, llegó a la puerta sin despertarlo. La entreabrió y echó un vistazo para asegurarse de que no hubiera nadie despierto o alrededor. Con el pulso desbocado, como si acabara de correr una maratón, la terminó de abrir. El sudor le empapaba todo el cuerpo y comenzaron a temblarle las manos. Tras poner los dos pies en el gran salón, cerró la puerta a sus espaldas. Como la gente roncaba en las esquinas de la habitación, esperaba que esos sonidos la ayudaran a cubrir cualquier ruido que pudiera hacer de camino a la entrada.

Cuando llegó a la puerta doble, la abrió un poco para echar un vistazo al exterior. Cerca, vio a un hombre sentado sobre una silla que se apoyaba contra una pared y tenía el mentón contra el pecho. Parecía dormido. Mia comprendió que Hakon había dejado a un centinela y que debía tener cuidado. Abrió la puerta poco a poco y oyó el ruido chirriante que hizo. El corazón se le detuvo y se quedó congelada mirando fijo al centinela. El hombre se removió, se enderezó, se

rascó el rostro y miró alrededor. Mia se ocultó detrás de la puerta y aguardó. Al cabo de varios minutos, volvió a echar un vistazo para comprobar que se había vuelto a quedar dormido.

Sintiendo las piernas pesadas, se escabulló entre la apertura. Afuera la noche estaba fría, y pronto se le puso la piel de gallina. El suelo seco le amortiguaba los pasos. El centinela continuaba respirando profundo, y Mia miró alrededor para asegurarse de que nadie la hubiera visto.

Pero el único movimiento fue el del viento que mecía los árboles de la aldea. El pecho se le llenó de esperanza y se apresuró hacia el bosque y el sendero que conducía colina arriba y al claro en el que yacía la extraña piedra de las runas.



HAKON MIRÓ la cama vacía en la oscuridad.

Algo lo había despertado hacía un momento: el instinto de verificar que su novia se encontrara bien. Pero ella no estaba allí. Se sentó en el suelo. ¿Habría ido a aliviarse? No. Su instinto le decía que había vuelto a huir. Soltó un gruñido bajo por la garganta.

—¡Despierten! —rugió mientras salía disparado hacia el gran salón y golpeaba la puerta a sus espaldas.

Varios hombres y mujeres lo observaban cansados desde los rincones.

—¡Busquen a la princesa! —les ordenó.

Echó a correr hacia la entrada buscándola. ¿Cómo podría haber confiado en su palabra? Había sentido que algo iba mal, que se mostraba reticente y tenía un comportamiento extraño. Lo había engañado. No, en realidad, se había engañado a sí mismo al permitirse bajar la guardia. Ella le había dicho que aceptaría su destino, y le había creído. Qué tonto. Quería creerle porque una pequeña parte de su ser quería que fuera su esposa, por más obvio que fuera que su maldición la había aterrado.

No debería haberle quitado los ojos de encima ni un solo instante. No debería haberse quedado dormido. Debería haber colocado más centinelas en la entrada.

Había escogido huir... huir de la maldición. «Pues, qué pena», pensó apretando los dientes. La maldición la encontraría.

Al salir, Loker, el centinela que había puesto a hacer guardia, miró alrededor con una expresión de perplejidad típica de alguien que acababa de despertarse.

—¡Que Thor te golpee con su martillo! ¡Te quedaste dormido! —rugió Hakon.

—*Jarl...*

—Ve a despertar a los hombres. Y será mejor que la encontremos antes de que vaya demasiado lejos.

Loker se puso pálido y se apresuró hacia la casa de al lado. Al poco tiempo, varios hombres avanzaban hacia él por las calles de la aldea con los rostros llenos de preocupación y las hojas de las hachas destellando bajo la luz de la luna.

—Busquen a los caballos y los perros. La princesa Arinborg ha huido. Encuéntrénla. Búsquenla en el bosque, en el agua, debajo de los troncos y en las cuevas. Si desaparece o sufre algún daño, estaremos invitando a un enemigo enfadado a atacarnos.

Sus hombres asintieron con la cabeza. Se separaron en varios grupos y partieron en todas las direcciones.

Hakon se montó sobre Viento y miró alrededor. La princesa podría estar en cualquier sitio, pero algo le decía que siguiera el sendero que conducía hacia el bosque. No sabía si era el

instinto o el destino. Podría haber regresado a casa, y el modo más fácil de hacerlo sería por agua si no quería dejar ningún rastro. Podría haberse llevado uno de los pequeños botes de pesca; no era difícil para una mujer remarlos.

Sin embargo, Hakon quiso seguir el mismo sendero que lo había conducido a ella desde el comienzo. Por eso, condujo al caballo en esa dirección. Dos hombres más lo acompañaron. Avanzaron a paso lento entre los árboles oscuros, y a Hakon se le formó un nudo en el estómago. No podía permitir que se le escabullera por entre los dedos. ¿Y si el oso seguía allí? ¿Y si había una manada de lobos? El corazón se le paralizó al pensar que Arinborg pudiera sufrir el mismo destino que su madre.

¿Por qué había escapado? No lo soportaba. El dolor de no ser querido, de ser rechazado le apretó el centro de su ser como un puño de acero. Se sentía como un perro sucio al que nadie quería. La idea de convertirse en su esposa, de tener que pasar el resto de la vida con él y compartir su cama, le debió de parecer tan repulsiva que había decidido romper la promesa de su padre y escabullirse sola en el bosque. O quizás alguien la había ayudado. Quizás tenía a otro hombre.

A pesar de que acababa de conocerla, la idea de que tuviera a otro hombre hizo que le hirviera la sangre como aceite. No toleraría la traición.

De repente la vio. El vestido blanco destellaba entre los árboles negros, y el patrón con flores primaverales se veía oscuro en la noche. No era posible correr colina arriba, pero caminaba lo más rápido que podía. Y, más adelante a la izquierda, vio el claro con el bosquecillo sagrado. Su destino era obvio, pero... ¿por qué? ¿Habría alguien aguardándola? ¿Tendría que entregarle algún mensaje a un espía de Nyr? ¿Habría descubierto algo del plan?

Apretó los dientes. Por todos los dioses, no permitiría que ocurriera eso.

—¡Arre! —espolé a Viento, y Arinborg echó un vistazo hacia atrás anonadada.

La princesa apretó el paso y siguió avanzando hacia el centro del bosquecillo con los brazos estirados hacia el frente como si quisiera aferrarse a algo.

Hakon llegó al claro, pero no vio a nadie más que a su novia allí. Al reparar en la piedra, se preguntó si habría alguien oculto detrás de ella. Detuvo al caballo, se desmontó de un salto y corrió tras ella con el hacha en la mano por si aparecía alguien.

—¡Arinborg! —la llamó.

Estaba cerca de ella, pero ya casi había alcanzado la piedra. Apretó el paso y, antes de que pudiera tocar la piedra, la sujetó de la cintura con un brazo y cayeron rodando sobre el suelo. Quedó recostado encima de ella, apretándola contra el suelo y mirándole el rostro perplejo que pronto dio paso a una expresión de enfado. Le golpeó el pecho con las dos manos.

—¡Suéltame! —le gritó con las mejillas sonrosadas y la frente destellando de sudor. Tomó consciencia del cuerpo suave y cálido debajo del suyo y de los senos aplastados contra su torso y las piernas que emanaban calor. Se la imaginó deseándolo. Se imaginó que sudaba, pero no de huir de él, sino de no poder saciarse de él. Se imaginó esas piernas largas abiertas para él, envolviéndole la cintura y alentándolo a que la penetrara. Pero eran sueños. El rostro de la princesa estaba tenso y reflejaba desesperación y asco.

—No, no te escaparás —le gruñó. Su expresión lo apuñaló, pero se tragó el dolor. Le echó un vistazo a sus hombres—. Recorran los alrededores. De seguro se quería encontrar con alguien.

Sus hombres salieron galopando alrededor del claro y se adentraron en el bosque.

Cuando volvió a mirarle el rostro, no pudo respirar. Era hermosa. Tenía las mejillas sonrosadas, los labios como rubíes y el cabello de color miel. Y los ojos... le dolía mirarlos porque eran preciosos. Y estaban llenos de temor y furia.

—¿Con quién te ibas a encontrar? ¿Qué querías decirles?

Unas lágrimas le recorrieron el rostro.

—Con nadie. Quería huir de ti. —Le escupió las palabras en el rostro como si estuvieran cargadas de veneno.

Jamás se había sentido menos querido o más feo. Jamás se había sentido más como una bestia que como lo hacía en ese momento.

—No me dejas otra opción. A partir de ahora, eres una prisionera. Te casarás conmigo en cuanto regresemos a la aldea. Y estarás bajo vigilancia hasta que aceptes tu vida aquí. Y si temes que te vaya a tocar como un hombre toca a su esposa, si es mi fealdad lo que te molesta, te doy mi palabra que de no te pondré una mano encima hasta que no me lo pidas tú misma.

Se puso de pie y la ayudó a incorporarse.

—Puede que me llamen Bestia, pero no soy ese tipo de bestia.

No se atrevió a mirarla mientras le decía eso, sino que la arrastró hasta el caballo. Pero por el rabillo del ojo, le pareció ver que se le suavizaba el rostro.

CAPÍTULO CINCO

El se mamut vikingo la había atrapado. ¿Estaría destinada a acabar atrapada por los hombres? Primero en Boston, y ahora aquí, en lo que creía que debía de ser la Escandinavia vikinga.

Mia tenía la espalda apretada contra el torso de Hakon mientras cabalgaban, su cuerpo la calentaba y sentía los brazos fuertes alrededor de ella sosteniendo las riendas. Respiró con dificultad, sintiendo como si no hubiera aire suficiente en su presencia y con las mejillas ardiendo como dos carbones.

Todavía le tenía miedo. Hubiera sido una tonta de no temerle considerando que podría partirla en dos con las manos si así lo deseaba. Sin embargo, no podía negar que la afectaba de modos que Dan jamás lo había hecho; hacía que se le debilitaran las rodillas y se le humedeciera la piel. Y cuando le dijo que no la tocaría, se le había aliviado una tensión en algún punto profundo del vientre. Una parte de ella le creía, aunque había oído promesas similares de Dan en más ocasiones de las que podía contar. Otra parte le gritaba que estaba demente si confiaba en la palabra de Hakon con tanta facilidad. Podría estar equivocada. Al fin y al cabo, no se podría haber equivocado más con Dan. Pero creía que había aprendido la lección.

Mientras entraban cabalgando en Lomdalen, el cielo detrás de las montañas se tiñó de rosado. El aire estaba frío y fresco y acarreaba el aroma del rocío y el césped.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó Mia.

Hakon no respondió durante unos instantes. Cuando lo hizo, el pecho le resonó contra la espalda, y Mia tuvo que suprimir el impulso de apoyarse contra él y cerrar los ojos.

—Estaba demasiado tranquilo todo. Me desperté, y no estabas.

—Pero ¿cómo sabías dónde iba a estar?

—No lo sabía, Arinborg. Tengo un instinto, como un animal. Algo me dijo que te siguiera a través del bosque. Pero por más que me hubiera equivocado, te habría encontrado. Tengo hombres buscándote por todos lados a estas alturas.

Mia se mordió el labio. No podía escapar de él, como no había podido escapar de Dan.

Detuvo el caballo al lado de la casa de Solveig, que se encontraba a tres edificaciones de la casa principal. Saltó al suelo y se quedó de pie a la espera sin quitarle los ojos de encima. Era tan alto, que los ojos le quedaban a la altura de la cintura. Le ofreció la mano y arqueó las cejas.

Hakon era hermoso con su atractivo brusco. El cabello rubio oscuro le caía hasta los hombros y le enmarcaba el rostro. Sus preciosos ojos eran de un color casi café a la luz del amanecer. Eran algo más profundos de lo que se consideraba propio de una belleza clásica. Pero lo volvían inolvidable y viril. La barba incipiente que le cubría el mentón podía verse desde rubia oscura hasta rojiza y ámbar. Algunas cicatrices le cubrían la piel, tres largas y anchas en la mejilla derecha podrían haber sido causadas por un animal.

—Desmonta —le pidió.

—¿A dónde vamos?

—A casarnos.

Oh, no de nuevo. Ser su esposa... Mia se estremeció ante la idea de ir a algún sitio a solas con él. Pero no estaba segura si se estremecía de temor o de excitación.

—¿Hablabas en serio? ¿Ahora? —La boca se le secó más que una hoja en otoño. ¿Por qué era tan importante para él casarse con una mujer a la que jamás había visto?

Hakon asintió.

—No volverás a huir de mí.

«Ya lo veremos», pensó Mia antes de colocar la mano sobre la de él. Aguardaría a que se le presentara una oportunidad mejor para escapar.

Su roce le hizo sentir una luz de estrellas en el brazo. Mientras Mia comenzó a desmontar, Hakon la abrazó por las caderas y el rostro le quedó delante de los senos. Al sentir el aliento cálido a través de la tela del vestido, el mundo se le dio vuelta. Cuando por fin apoyó los pies en el suelo, no la soltó. Se miraron a los ojos como si algo los conectara. Los ojos entre verdes y dorados de Hakon se veían casi ámbar en ese momento, con la luz neblinosa del amanecer. Una cortina invisible se levantó entre ellos, y el rostro le cambió. Se tornó más joven, como cuando lo había visto dormido, vulnerable y abierto. Un dolor crudo se ocultaba en su interior. Y ella no era ajena al dolor.

Hakon parpadeó y se apartó. La soltó, y la cortina volvió a caer. La máscara de la Bestia volvía a estar en su sitio. Mia sintió frío donde antes habían estado sus brazos y dio un paso hacia atrás. No debía quedarse allí. No debería buscar indicios de humanidad en él. Y no debería permitir que hubiera ningún tipo de empatía entre ellos. Esa no era ni su época, ese era su sitio y él no era su hombre. Era una impostora llenando los zapatos de la novia de Hakon. Y su vida y la de su hijo correrían riesgo si él lo descubría antes de que pudiera huir.

Hakon apretó los labios en una línea delgada. Amarró las riendas del caballo a un cerco al lado de la casa al tiempo que alguien salía. Era una mujer de estatura baja que se tambaleaba al andar.

—¡Solveig! —la saludó Hakon, y la mujer se dio vuelta.

—Hakon. —De repente, reparó en Mia—. Oh, la has encontrado.

—Sí, y nos casaremos de inmediato.

—¿Ahora? —Solveig siguió andando por la calle, y Hakon tomó la mano de Mia y le produjo un cosquilleo en el brazo que no se sintió para nada desagradable antes de acercársela.

—Sí, ahora.

—Primero tengo que atender a los heridos —le arrojó una mirada por encima del hombro—. Dos bebés más se enfermaron.

Mia frunció el ceño, el instinto de médica le imploraba que preguntara los síntomas, pero se mordió la lengua. Dudaba que una princesa vikinga supiera demasiado acerca de medicina. El deseo de ayudar, de sanar, de aliviar le pulsaba como un órgano que la mantenía viva. Lo había reprimido e ignorado desde que Dan la había obligado a dejar el programa de residencia pediátrica.

El recuerdo de esa noche la acecharía para siempre. Dan y ella habían estado cenando en el balcón de la mansión en Marblehead para celebrar que se había mudado con él. Con la vista del atardecer sobre el océano y la comida increíble que había preparado el cocinero con experiencia en restaurantes con estrella Michelin, Mia había creído que no había nada más romántico. El hombre que amaba quería ponerle el mundo a sus pies.

Dan estiró la mano bronceada por encima de la mesa para tomarle la suya.

—Creo que es hora de que renuncies a la residencia, *bella* —le dijo.

Mia jadeó.

—¿Quieres que renuncie?

—Ahora vivimos juntos. Yo te cuidaré. Ya sabes que te doy lo que sea que desee tu corazón. No quiero que recibas una llamada en el medio de una cena con mis socios. Además, no te quedaría tiempo para consentirte. Quiero que te sientas como una reina. Como mi reina.

—Pero no quiero renunciar. Solo me quedan dos años en el programa y me apasiona...

Los ojos se le oscurecieron y, por primera vez en los seis meses que habían estado juntos, vio que no se debía a la lujuria.

—¿Te... apasiona? —La mano de Dan se apretó hasta que los nudillos se le pusieron blancos, y Mia jadeó de dolor—. ¿Hay alguien más del que deba saber, Mia?

—Pero ¿qué dices? Claro que no. Estoy enamorada de ti. Me acabo de mudar contigo.

El rostro se le relajó, pero los ojos seguían siendo fríos. Tan fríos, que la cálida brisa del océano se tornó gélida.

—Si estás enamorada de mí, renunciarás al trabajo —le dijo—. No te quiero compartir con nadie, ni con nada.

Mia no daba crédito a lo que oía.

—Oh, vamos. No me obligues a tomar esta decisión.

Dan se arrojó sobre la mesa y la sujetó del cuello del vestido para tomarla de la nuca. Las copas de champán salieron volando y se hicieron añicos contra las baldosas del patio. La besó con tanta fuerza que fue como si la estuviera mordiendo. Era una amenaza. Luego le dio la vuelta a la mesa y la golpeó. Mia salió volando hasta el otro lado del balcón, y el dolor le explotó en la cabeza y el cuerpo cuando se golpeó la cabeza contra la superficie dura. Dan se arrodilló a su lado y la sujetó del cabello.

—Vas a renunciar al trabajo —le jadeó contra el oído. Mia se tragó las lágrimas. ¿Cómo era posible que un hombre que le había prometido el mundo fuera tan cruel con ella?

Había pasado toda la noche desvelada, oyendo la respiración pareja de Dan a su lado. Por la mañana, mientras él preparaba el desayuno abajo, había preparado la maleta. Cuando apareció en la cocina determinada a dejarlo, los ojos de Dan repararon en el equipaje y se tornaron letales. Dejó la naranja que estaba cortando al medio, pero no el cuchillo.

—*Bella*, no deberías ser pediatra. —Dan caminó lentamente hacia ella—. No eres tan inteligente. No puedes ser médica al mismo tiempo que eres la novia de un jefe de la mafia. Es una u otra. Y te amo demasiado como para dejarte libre.

¿Un jefe de la mafia? Tenía razón, no era tan inteligente. ¿Cómo había podido engañarla tanto como para que llegara a creer que era un empresario legítimo? ¿Cuántas señales de advertencia había ignorado de buena gana?

Se encontraba de pie descalzo y con el pecho al descubierto; solo llevaba los pantalones del pijama de lino blanco, y el cuerpo esculpido se veía tan peligroso como el cuchillo que sostenía en la mano.

—¿De verdad me estás amenazando? —le preguntó.

Le echó un vistazo al cuchillo, se rio y lo dejó sobre la tabla de cortar.

—No creo que lo quieras saber, *bella*. Y que ni se te ocurra huir de mí. Te encontraré en cualquier rincón del mundo.

Entonces supo que jamás la dejaría marchar, que tendría que permanecer a su lado el tiempo que fuera necesario hasta que se cansara de ella. Por eso, renunció al programa de la residencia y

se concentró en sobrevivir a lo que le ocurriera. Hasta que descubrió que estaba embarazada...

Mia se sacudió los recuerdos, pero la sensación de estar atrapada con alguien letal no la dejaba en paz. Solveig se encontraba de pie delante de una casa que parecía más nueva que las otras.

—Solveig, si los bebés necesitan tu ayuda, debes atenderlos primero —acordó Hakon—, pero cuando termines, nos casarás.

Solveig soltó un suspiro e hizo un gesto de desaprobación con la cabeza, pero era obvio que no le iba a desobedecer. Ya había entrado en la edificación, cuando Mia soltó:

—¡Aguarda! Te puedo ayudar.

Hakon y la mujer la miraron sorprendidos.

—¿Puedes ayudar? —repitió Solveig—. ¿Eres una curandera?

Mia tragó saliva con dificultad y miró a Hakon, esperando que lo viera como una amenaza, que demostrara alguna señal de desaprobación, pero él solo se limitaba a estudiarla con una expresión perpleja en el rostro.

—Sí —respondió alzando más el mentón.

La gente en esa edificación necesitaba una médica. Y, con todo el respeto que se merecía Solveig, Mia era la mejor oportunidad de sobrevivir que tenían.

—¿Una princesa y una curandera? —repuso Hakon sin darle crédito a lo que oía.

—Sí. —Mia lo miró a los ojos—. Una buena curandera.

—Si es otro truco para intentar huir, eres una tonta. Iré a observarte.

Mia se encogió de hombros. Al menos no le había prohibido hacer su trabajo. Por el contrario, parecía impresionado.

En el interior, la casa parecía una versión más pequeña del gran salón de Hakon. Había bancos para dormir a lo largo de las paredes y un gran hogar en el centro de la habitación, pero ni una sola ventana. Debía de haber una docena de personas recostadas sobre los bancos, incluidos algunos niños. Una mujer le daba una taza de beber a un niño.

—¿Qué les pasó? —preguntó Mia.

—Muchos resultaron heridos en la batalla contra tu padre el otoño pasado —le respondió Solveig—. Varios hombres recibieron heridas durante algunos ataques en la primavera. El invierno fue duro, y hace tres semanas hemos recibido a un visitante que vino con mucha tos, y los niños se han estado enfermando. Hakon cedió su casa a los enfermos.

Mia lo miró anonadada.

—Tener un solo lugar para todos los enfermos en lugar de un enfermo en cada hogar le ahorra mucho tiempo a Solveig —masculló.

—¿No dormimos en tu habitación? Creí que vivías en la casa más grande.

—¿Hablas de la casa comunal? Antes de este otoño, jamás viví allí. Era de mi padre. Ni siquiera luego de su muerte me mudé allí.

Mia miró alrededor. A pesar de que no era historiadora, la idea de un hospital sonaba extraña en la época de los vikingos.

—Pero ¿no se suele atender a los heridos en sus hogares? ¿No se encargan de hacerlo las esposas, las madres o las hermanas?

—Sí, pero si Solveig los puede ayudar, reciben mejores cuidados. Para ella es difícil andar de un lado de la aldea al otro con esa pierna.

¿Quién era ese hombre? No lo conocía en absoluto. Dan jamás se hubiera molestado en ayudar a otras personas.

—No me mires como si Loki me hubiera robado la razón —le dijo.

Algo se derritió en el pecho de Mia y le sonrió. La anticipación de ayudar a esas personas que la necesitaban le mejoró el ánimo.

—No te miro así, Hakon. —Respetaba su decisión, pero no podía decírselo. Debería mantenerse alejada de él porque cualquier indicio de afecto podría darle la idea equivocada. Miró alrededor y se frotó las manos, ansiosa de comenzar a trabajar por primera vez en dos años—. Vamos a ver cómo están nuestros pacientes.

CAPÍTULO

SEIS

Hakon entrecerró los ojos cuando lo envolvió la penumbra de la casa en la que se olían los aromas dulces e intensos de las hierbas cocidas. Sobre los bancos para descansar de la izquierda se encontraban los guerreros heridos. Y por todo el resto de la casa, había niños. El ruido de las toses desesperadas hizo que le doliera el pecho.

Hakon observó cómo Arinborg se inclinaba sobre una niña de ocho inviernos. El pequeño rostro estaba sonrojado y jadeaba intentando inspirar aire, pero solo producía unos chillidos. Era como si intentara toser una mosca.

—¿Hace mucho que te interesa esto, Arinborg? —le preguntó.

—¿Qué cosa? —Arinborg tomó la muñeca de la niña entre el pulgar y los dedos y se quedó quieta para concentrarse. Luego le apretó la oreja contra el pecho y aguzó el oído. La ayudó a sentarse y le escuchó la espalda, para concluir apoyándole el dorso de la mano contra la frente.

—Curar —le respondió.

La preocupación y la determinación que le leía en el rostro le recordaban a su madre, y el pensamiento le pareció tan dulce como doloroso. Recordó cómo su madre se había inclinado contra él del mismo modo cuando tenía fiebre de niño. Solo su madre y Solveig lo habían cuidado. El resto se mantenía alejado de su maldición, como su padre.

Hakon recordó el rostro de su madre, con los grandes ojos verdes llenos de amor y preocupación. El tono dorado del cabello le brillaba a la luz del hogar. Le tarareaba una canción para ayudarlo a dormir. Le apoyaba la mano suave contra la nuca para mantenerlo sentado y ayudarlo a beber el remedio a base de hierbas. Un dolor agudo le perforó el pecho al revivir ese recuerdo. No quería que se desvaneciera, por doloroso que fuera.

Arinborg no detuvo la examinación, pero se le tensó la boca.

—¿Estaría mal?

Al parecer, Arinborg sabía lo que estaba haciendo y era como si ya lo hubiera hecho en varias oportunidades. Tenía los ojos concentrados, las manos llenas de tranquilidad y confianza y el rostro iluminado de concentración.

—No estaría mal. —Hakon pasó el peso de un pie al otro—. Solo sería inusual.

Solveig se acercó, se detuvo a su lado y observó a Arinborg, que se movió hacia otro niño para también escucharle el pecho.

—¿Porque soy una princesa?

—Sí, pero también porque alguien como tu padre lo permitiera.

Arinborg tocó la frente del muchacho, que se dobló con un violento ataque de tos, y frunció el ceño sin saber qué decir con certeza. Y antes de que Hakon pudiera preguntarle nada, se volvió hacia él y Solveig.

—Le gotea la nariz, presenta fiebre baja, y un silbido alto entre los ataques de tos... creo que estos niños tienen tos convulsa. Como es de lo más contagiosa, pronto habrá más niños y adultos infectados.

Solveig frunció el ceño.

—¿Infect... qué?

Arinborg se pasó las manos por la cintura como para protegerse.

—Quiero decir que habrá más gente enferma. Y la tos convulsa es peligrosa, en especial para los bebés. No tenemos antibió... —Se interrumpió y tragó con dificultad al tiempo que le subía y bajaba el pecho. Era como si estuviera buscando las palabras—. Hierbas... especiales —concluyó mirando a Hakon con gran expectativa.

Hakon intentaba darle sentido a lo que había dicho. Era como si algunas palabras fueran extranjeras, por más que las había dicho en el idioma nórdico. Quizás utilizaba el discurso de los curanderos y de los *gothi*. La sanación era el dominio de los dioses, la magia y los espíritus.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó.

—Siempre quise ser médica... Es decir, curandera. Y estudié. Ayudé a varias personas. Hasta que me vi obligada a dejarlo. —La voz se le quebró y los hombros se le hundieron. De repente, tras decir esas palabras, pareció como si se le hubiera apagado la vida. Hakon apretó los puños. Si Nyr la había hecho sentir de ese modo, ¿cómo más la habría tratado?

—Los puedo ayudar. —Señaló a los niños.

Solveig le echó un vistazo a Hakon.

—La princesa parece saber lo que hace.

Hakon lo creía. Podía ver la habilidad y la pasión por lo que hacía al verla. Su novia era hermosa, amable, fuerte y tenía la habilidad de sanar. Una sensación cálida se le extendió por el pecho, como si proviniera de una piedra caliente, y el hielo alrededor del corazón comenzó a derretirse. Fue una sensación tan dulce como el agua fresca de un manantial en la cima de las montañas. Sintió admiración, que era algo que no quería sentir por la hija de su enemigo. Arinborg lo miraba como si quisiera que dijera algo.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—¿Y bien? ¿Me vas a dejar ayudarlos? —le preguntó.

¿Le debería prohibir eso? Qué tonto, claro que debería prohibírselo. Lo había impresionado tanto que se había olvidado de lo más importante: casarse con ella. No dejarla escapar de nuevo.

Por todos los dioses, debía prohibírselo. Si se movía con libertad con el pretexto de juntar hierbas y raíces, podría volver a huir. Sin embargo, si quería ser curandera, eso le daría comodidad y satisfacción en Lomdalen y quizás no querría seguir huyendo. Podría ser de utilidad para su gente. Solveig no tenía la misma fuerza de antes y podría usar cualquier ayuda que tuviera disponible.

—Sí, puedes tratar a los enfermos —le dijo y vio la sonrisa gigante que se le formó en el rostro. Era hermosa y preciosa. Al verla sonreír por primera vez, deseó poder darle algo de qué alegrarse todos los días. No debería importarle la hija de su enemigo. Solo la necesitaba de coartada—. Pero después de que nos casemos —concluyó—. Y mis hombres te supervisarán. No me fío de ti.

Ella asintió con la cabeza.

—Solveig, debes tener hierbas y medicina.

—Sí, princesa.

—Necesitamos algo que contenga ácido salicílico. Déjame pensar... deriva de una planta... la *Filipendula ulmaria*.

Hablaba como si estuviera haciendo un hechizo, y hasta Solveig la miraba confundida.

—¿Qué has dicho, princesa? —le preguntó.

—Sirve para bajar la fiebre.

—Yo utilizo la reina de los prados para bajar la fiebre.

—¡Sí! También necesitamos algo con betacaroteno, como las zanahorias, para fortalecer las membranas mucosas. Y ajo y cebolla para combatir las bacterias... digo, la enfermedad. También avena o centeno para que los cuerpos no pierdan demasiados líquidos. Creo que podemos hacer un estofado. Los enfermos deberían comer mucho y beber muchos líquidos.

Solveig la estudió.

—También tenemos que hervir agua en esta habitación. El vapor y la humedad ayudarán a aliviar la fiebre.

—Princesa —comenzó Solveig—, si tienes razón, puede que seas la bendición de los dioses que tanto necesitábamos. El año en que Hakon nació, la enfermedad de la tos acabó con nueve niños. Hakon también se enfermó, pero logró sobrevivir al igual que otros tantos.

Hakon tragó con dificultad. Las palabras de Solveig le hicieron pensar en su madre, en lo preocupada que debió de haber estado y en lo mucho que lo debió de haber cuidado mientras tosía y tenía el rostro colorado como esos niños.

—¿Sobrevivió la tos convulsa de bebé? —preguntó Arinborg sorprendida.

—Su madre no se apartó de su lado ni un instante. Lo sanó. Creo que renunció a una parte de su alma por él.

A Hakon se le tensó tanto la mandíbula al oír eso que fue como si se le fueran a quebrar los dientes. El dolor de la culpa lo apretó como un puño, y la marca de nacimiento le ardió como si la maldición estuviera activa. Él no era algo por lo que valiera la pena renunciar a nada, mucho menos una parte del alma. Ni mucho menos, la vida. Y el hombre que había sido responsable por ello, seguía vivo.

—Es suficiente —dijo—. Los puedes tratar, Arinborg, pero luego de que nos casemos. Si quieres continuar, acabemos con la boda de una vez por todas.

La princesa lo estudió durante un instante con esos hermosos ojos grandes y apretando los labios suculentos.

—Está bien —accedió—. Acabemos con esto, Hakon. Como quieras.

Solveig pasó la mirada de uno a otro con una sonrisa tímida en los labios, y Hakon soltó un bufido. Por más que Arinborg fuera una bendición, no había motivo para sonreír. De una forma u otra, la maldición tendría un destino terrible para su futura esposa, y no podría protegerla. Como tampoco había podido proteger a su madre.

—Vamos a casarnos —dijo—. Necesitamos testigos.



MIA SIGUIÓ a Hakon afuera de la casa con la mano pequeña rodeada de la grandota de él. Era como si quisiera asegurarse de que no echaría a correr. Mia respiraba entre jadeos llena de ansiedad.

Afuera, el sol apenas había salido, y la aldea ya se estaba despertando. La gente llevaba bolsas, heno y madera, limpiaba cosas y llevaba a los animales al exterior.

Hakon no tenía ni idea de lo que le había dado a Mia al concederle permiso de ayudar a la gente. Le había devuelto el sentido de un propósito. La parte de ella que había apagado e ignorado durante los últimos dos años, la parte que Dan había intimidado hasta reprimir, regresó

a la superficie y comenzó a cantar una melodía alegre.

Sin embargo, era imposible olvidar que Hakon quería controlarla; era otro hombre dominante en su vida. Era evidente que seguía el cliché de las chicas que buscan a hombres que les remiten a sus padres.

Mia recordó a su padre ladrando órdenes en casa, como si su madre y Mia fueran sus soldados. Le acudió a la mente el rostro exhausto de su madre, la bufanda en la cabeza para ocultar una cabeza calva, el olor al detergente de platos y a la cazuela de atún quemada mientras refregaba las sobras en el fregadero. La comida se había quemado porque su madre se había quedado dormida exhausta tras una sesión de quimioterapia. Pero, aun así, su padre había esperado tener comida en la mesa al regresar a casa. Como Mia había perdido a su madre a los catorce años, su padre se había concentrado en ladrarle órdenes solo a ella.

Había pasado los años de la adolescencia cuidando a su padre. Y cuando se graduó y se marchó de San Diego para estudiar medicina en Boston, él jamás la perdonó. Su padre había querido que se quedara a cuidarlo. Mudarse había sido un acto de rebeldía, su primer paso hacia la independencia... y el último. Porque al poco tiempo conoció a Dan. Y ahora se encontraba bajo el control de Hakon.

No se podía ni imaginar lo que le haría si llegara a darse cuenta de que estaba fingiendo ser otra persona. La verdadera princesa Arinborg podría llegar en cualquier momento. Tenía que encontrar la manera de escapar. Pero hasta que lo lograra, era mejor mantener esa coartada para proteger a su bebé y sobrevivir. Y eso implicaba llevar a cabo ese matrimonio.

Hakon se detuvo delante del gran salón y se volvió a mirarla antes de tomarle las manos. Se miraron fijo, y los ojos se le secaron. Los pálidos ojos lobeznos la tenían cautiva y brillaban entre amarillos y verdes con la luz del amanecer.

—¡Atención! —exclamó Hakon—. Acérquense. Su *jarl* se va a casar.

Mientras todos dejaban lo que estaban haciendo para formar un círculo alrededor de ellos, Solveig regresó de algún sitio con un manojo de flores que tejía en una corona y se acercó a Mia.

—Ten, querida —le dijo sosteniendo la corona delante de ella—. Es una corona blanca para la novia. Deberías tener una verdadera boda, con un vestido blanco, un sacrificio y un banquete. —Solveig le arrojó una mirada de reproche a Hakon—. Pero al menos puedes colocarte esta corona.

Mia tomó una profunda bocanada de aire y bajó la cabeza. Al sentir la corona en su lugar, enderezó la espalda. El gesto de Solveig la hizo sonreír.

—Gracias —le dijo Mia.

Hakon no le había soltado las manos en ningún momento, pero no podía mirarlo. Se casaría con él, pero solo porque necesitaba sobrevivir, proteger a su bebé y encontrar una escapatoria. El plan de fingir ser Arinborg no tendría un final feliz. Y cuanto antes se marchara, mejor le iría. Además, ese casamiento con un nombre falso no sería legal.

—Comienza, Solveig —le pidió Hakon.

Solveig soltó un suspiro.

—Delante de los dioses y de los hombres, rogamos que esta unión sea bendecida. Freyja y Frigg, bendigan a la novia con buena salud, fortaleza para administrar un hogar y muchos hijos para Hakon.

A Mia se le ruborizaron las mejillas. Si tan solo supieran que ese plan estaba más cerca de volverse realidad de lo que se habían imaginado... ¿Qué ocurriría si Hakon lo descubría? La duda hizo que se le tensaran los hombros. ¿La juzgaría y sentenciaría a muerte como había dicho antes?

—Y que Odín y Thor bendigan al novio con fortaleza, salud y muchas victorias para mantener la paz para la familia.

Solveig les colocó una cuerda alrededor de las manos y la amarró con suavidad. A Mia le dio un salto el pulso al sentir que Hakon la apretaba más fuerte.

—Hakon, ¿aceptas a Arinborg como esposa?

—Sí. —La voz sonó baja, seca y casi íntima... y parecía guardar una promesa.

—Y tú, Arinborg, ¿aceptas a Hakon como esposo?

Mia no se pudo resistir y lo miró a los ojos para descubrir el calor que reflejaban los de Hakon... y el deseo contenido. De repente, anheló acariciarlo.

—Sí —respondió.

A Hakon le brillaron los ojos, y Mia sintió el gran peso de la culpa sobre los hombros. Lo estaba engañando. Estaba fingiendo ser otra persona, pero las palabras le habían fluido con facilidad y se habían sentido ciertas.

¿Qué? ¿Por qué? «Porque me puedo enamorar de él, por eso». La piel se le congeló. ¡No! Enamorarse de él solo le volvería a romper el corazón. Enamorarse de él implicaría volver a tomar malas decisiones. Enamorarse de él implicaría tener la mente nublada y permitir que las emociones tomaran las riendas de su vida. Por el bienestar de su bebé, no podía permitirlo.

—Hakon y Arinborg, los declaro marido y mujer. ¡Se pueden besar!

Todos los presentes prorrumpieron en vítores. Hakon dudó unos instantes como si le estuviera pidiendo permiso. Mia entreabrió los labios. ¿Ahora era su esposa? A pesar de todo, una pequeña parte de ella deseaba que fuera su marido y que la besara. El pulso se le aceleró.

—¡Oh, Helheim! —exclamó Hakon antes de dar un paso hacia ella y envolverla en sus brazos. Su aroma terreo la embargó y le produjo una descarga eléctrica en las venas antes de que le cubriera los labios con los suyos.

CAPÍTULO SIETE

En el momento que sus labios rozaron los de ella, supo que estaba perdido. Por Odín, a decir verdad, había estado perdido desde mucho antes. Incluso desde antes que lo aceptara como esposo. Y desde antes de tocarla por primera vez. Ella lo había reclamado desde el primer momento en que la vio de pie al lado de la piedra con las runas.

Tenía unos labios suaves como los pétalos de una flor y olía a primavera: liviana, fresca y floral. Deliciosa. Y como el mar en plena tormenta, la necesidad de besarla, de acariciarla y de abrazarla lo embargó por completo y no la soltó más. Cuando Mia entreabrió los labios, le rozó la lengua con la suya, y un fuego líquido le circuló por las venas. La presionó para beber de su lengua y la oyó soltar un sonido gutural bajo que lo hizo olvidar de todo y envolverle un brazo por la cintura mientras le apoyaba la otra mano en el cuello.

Con un jadeo, se apartó y lo miró parpadeando los ojos verdes, que estaban tan oscuros como un bosque de pinos. Lo empujó para apartarlo de ella y dio un paso hacia atrás cubriéndose los labios con una mano.

Algo iba mal. Hakon respiró entre jadeos, sintiéndose confundido, cálido y abandonado a la vez. Era su primer beso como marido y mujer, pero ella lo había rechazado. ¿Por qué? Porque era asqueroso, y no soportaba mirarlo... mucho menos besarlo.

—¿A esto lo llamas no tocarme? —Se llevó una mano al cuello—. Me lo prometiste.

Todos los ojos estaban fijos en ellos. Hakon echó una mirada de reojo a la multitud y vio los rostros serios con los ojos abiertos como platos. Arinborg estaba a punto de ventilar los trapos sucios delante de todos. No podía negar que había roto su promesa de no tocarla antes de que se lo pidiera. Y ahora la Bestia les había demostrado a todos cómo trataría a su esposa: como un animal.

—Por todos los dioses, mujer, no lo hagas aquí —le pidió apretando los dientes. Luego la sujetó del brazo y la condujo a la recámara—. Esto es entre un marido y su mujer.

Echaba humo de la ira e ignoró sus protestas. Una cosa era que la princesa detestara la idea de tener intimidad con él, pero mostrarlo en público era otra. Pero ¿por qué le importaba? Si todos lo veían como una bestia.

Tras cerrar la puerta de la recámara, se volvió hacia ella.

—¿De verdad eres tan arrogante, princesa?

Ella jadeó.

—¿Arrogante? Dijiste que...

—Ya sé lo que dije, y voy a cumplir mi palabra. Pero un marido besa a su esposa en su boda. Y no hice nada que no parecieras haber disfrutado.

Eso la hizo sonrojar como un amanecer.

—No es cierto. No acordé...

Cubrió el espacio que los separaba y la acorraló contra la pared entre sus brazos. La princesa lo miraba anonadada. Era muy delicada y hermosa. Y Hakon anhelaba volver a besar esos labios suaves.

—Aceptaste, Arinborg. Aceptaste ser mi esposa. Y una esposa no humilla a su marido delante de su gente. No me deberías haber empujado de ese modo delante de todos, como si te hubiera tomado en contra de tu voluntad.

Las lágrimas le caían por las mejillas, pero no dejaba de sostenerle la mirada como una guerrera. Hakon la recorrió de arriba abajo con cautela. ¿Por qué lloraba? ¿La había asustado? ¿O tenía otro motivo? ¿Le habría pasado algo? La idea hizo que sintiera ganas de asesinar a alguien.

—Puede que la gente me tilde de bestia —le dijo—, pero ya te dije que...

—¡Hombres! Todos hablan, ¿no? Pero hablar no cuesta nada, Hakon.

Bien podría haberle asestado una patada en los testículos. Cuando estaba a punto de responderle, alguien llamó a la puerta, y se apartó de ella. Solveig estaba de pie en el umbral con una expresión preocupada.

—*Jarl*, señora. Hay dos bebés más tosiendo, un niño y dos mujeres.

Arinborg se puso pálida.

—Es una epidemia.

Hakon frunció el ceño. Acababa de decir otra palabra mágica que no comprendía. La princesa se dirigió a la puerta.

—Dijiste que podía tratar a los enfermos luego de la boda.

Hakon se apresuró a seguirla.

—Pero ¿a dónde vas? —le preguntó su esposa.

—Soy el *jarl*, y esta gente es mi responsabilidad. Iré a ver qué se puede hacer para ayudarlos.



LOS TRES SE apresuraron hacia el hospital, como Mia había comenzado a llamar en su mente a la casa de Hakon. Avanzaron tan rápido como lo permitía la pierna de Solveig, y Mia tomó nota mental de examinarla más tarde.

Ahora estaba casada. Bueno, técnicamente no, por supuesto. El matrimonio no era real. Pero el beso... El beso lo había sido. Con esos labios suaves y duros, demandantes y exploradores... Hakon la había electrificado de pies a cabeza. La había hecho volar. Le había enviado el pulso a la estratósfera. Hasta que le tocó ese punto en la nuca. El punto que solía sujetarle Dan cuando quería disciplinarla. Los recuerdos la habían empapado como una ducha de agua helada.

No besaría más a Hakon, sin importar lo atractivo que le resultara. Tenía que pensar en sus pacientes. Hakon quería ayudarlos. Y quería ayudarla a ella también. ¿No tenía cosas de vikingo que hacer? Mia sabía que estaba preocupado, lo podía ver con claridad, y eso le derretía el corazón.

Unas toses desesperadas y sibilantes llenaban las paredes del hospital, ahora estaba más atestado que antes. A Mia se le congeló la sangre al reparar en una madre que acunaba a un bebé que se sofocaba de tos. Tras salir del estupor, se apresuró hacia ellos. La beba debía de tener unos seis meses y no paraba de toser, produciendo también sonidos enternecedores de bebé. Sin embargo, cuando quería respirar, no lograba hacerlo. Lo único que lograba hacer era intentar inhalar aire con un sonido que parecía un chillido y no permitía el ingreso del oxígeno que

necesitaba. La beba comenzó a abrir y cerrar la boca sin poder respirar, y los labios se le empezaron a poner azules.

—Ya, ya. —Mia le acarició el vientre con suavidad y miró a la madre—. Tienes que recostarla sobre el estómago y darle unas palmaditas en la espalda para que pueda expulsar los mocos.

La madre aterrada siguió las indicaciones, pero la beba seguía teniendo dificultades para respirar. Mia le dio unas palmaditas en la espalda.

—Todo está bien, ahora puedes respirar.

Todos se quedaron quietos. Los otros pacientes dejaron de toser. Mia contó los segundos en la cabeza, y la beba intentó respirar de nuevo. Pero no pasó nada. Con el siguiente intento, siguió abriendo y cerrando la boca. Pero, al tercero, la beba logró inhalar aire y comenzó a toser los mocos antes de romper a llorar. La madre suspiró aliviada al tiempo que unas lágrimas le llenaban los ojos.

Esperaba que la madre permaneciera sana el mayor tiempo posible. Las epidemias de tos convulsa habían sido muy comunes antes de la inmunización colectiva. Y, si bien eran más peligrosas para los niños, los adultos también se enfermaban con la tos de los cien días, como también se la conocía.

Mia les echó una mirada de reojo a Solveig y Hakon.

—Toda la aldea se enfermará pronto. Solo los que ya la han padecido estarán fuertes. Los bebés serán los que corran mayor riesgo. Necesito ayuda. Debemos juntar leña, agua, hierbas y comida.

Con una expresión sombría, Hakon asintió con la cabeza. Tenía los ojos pálidos y se veía más preocupado que nunca antes. Abrió la puerta y gritó:

—¡Oigan! ¡Frogeir! ¡Torfi! ¡Vengan aquí!

Cuando los dos hombres aparecieron, continuó:

—Hagan lo que les pida la princesa Arinborg. Aunque les pida que cabalguen directo hasta el sol.

Mia apretó los labios. El modo en que Hakon acababa de ladrar esas órdenes le recordó a Dan. Sonaba tan controlador, violento y abrumador como él. Sin embargo, Hakon no quería ni controlarla, ni dominarla ni abrumarla. Había ladrado órdenes para que su gente ayudara a los enfermos. Mia lo estudió en silencio, desgarrada entre sentirse furiosa con él e impresionada por su predisposición a hacer lo que fuera por su gente.

—Sálvalos, Arinborg —le pidió Hakon.

Mia asintió.

—Puede que tenga algo de utilidad en mi bolsa. ¿Pueden traer más leña y agua de momento?

Hakon asintió con la cabeza y se alejó con sus hombres. Mia se quitó la bolsa por el cuello y se volvió para que nadie pudiera ver lo que tenía dentro antes de abrirla. Vio una botella de paracetamol casi llena. Aliviada, decidió que aplastaría las píldoras y solo le administraría el polvo a los que presentaran fiebre alta. Tendría que tener cuidado con la dosis que les diera a los bebés: la dosis equivocada podría resultar tóxica para sus pequeños hígados.

Continuó revolviendo la bolsa y encontró maquillaje, un set de manicura, la cartera, un cepillo de pelo, algunas vendas, el lector de libros electrónicos y el móvil que se había vuelto obsoleto. También encontró algunos bolígrafos, unas bandas elásticas para el cabello, una bufanda, gafas de sol y un brazalete fosforescente completamente opaco que le habían dado en una discoteca gracias a que Dan había insistido en que fueran unas semanas antes. Clavó la mirada en el líquido que se movía dentro del tubo de plástico al tiempo que la mente se le

transportaba a esa noche en la que se había obligado a sonreír y a jugar el papel de la novia feliz. Había intentado ocultarle a Dan que no estaba bebiendo alcohol.

Obligándose a regresar a su papel actual, se apresuró a cerrar la bolsa. Tendría que mantenerla alejada de la vista de todos porque, si la encontraban, sería evidente que no pertenecía allí. Podría aplastar las píldoras sin que nadie la viera, pero lo demás... todas esas cosas podrían delatarla. De modo que iba a tener que esconderlas bien.

CAPÍTULO OCHO

—Deberías marcharte, Hakon. —Mia estaba cortando hierbas sobre la mesa al lado del hogar del hospital—. Podrías enfermarte.

Al cabo de unas pocas horas, en la casa se oían más toses y sonidos sibilantes, pero Mia estaba contenta de que todos se encontraran bajo un mismo techo. La tos convulsa era muy contagiosa, y tenía que contener el contagio lo máximo posible. Ya había once personas enfermas, incluidos dos bebés, dos niños pequeños, tres niños más, dos mujeres y dos hombres.

—¡Torfi! Trae más agua —ladró Hakon y luego la miró con el ceño fruncido—. Tú también podrías enfermarte.

—No es probable —le respondió. Ella estaba vacunada. Cuando comenzó el programa de la residencia, le habían hecho exámenes para ver el estado de inmunización de su cuerpo, y la vacuna de la tos convulsa seguía siendo efectiva. De modo que lo más probable era que no corriera ningún riesgo al tratar a los pacientes. Su bebé también estaría a salvo porque no había ninguna investigación en la que se sugiriera que esa enfermedad podría afectar el desarrollo de un feto.

—¿Por qué?

—Porque ya la he tenido. —Era lo más cercano a la verdad que podía decirle.

Mia terminó de cortar cebollas y las arrojó en un cuenco con miel y ajo para formar una pasta antibacteriana. Las cocineras habían comenzado a preparar un estofado en el gran salón siguiendo la receta que le había dado Mia a Solveig, y habían enviado a una muchacha al bosque a recolectar más reina de los prados. Los pacientes del hospital pronto acabarían con las reservas de Solveig. Mia tenía pensado moler las píldoras de paracetamol más tarde esa noche, cuando pudiera tener algo de privacidad.

—Y yo también —argumentó Hakon.

—Pero para ti ha pasado mucho tiempo. Tu cuerpo... —buscó las palabras apropiadas para describir el concepto de la inmunización menguante—. Puede que se haya olvidado de cómo combatirla.

La respuesta lo hizo reír entre dientes.

—Mi cuerpo jamás podría olvidarse de cómo luchar. —Se volvió hacia Torfi, que apareció en el umbral, y tomó los baldes de agua que acarreaba para llenar el caldero y ponerla a hervir.

Ahora que Mia había terminado la mezcla, tendría que asegurarse de que los enfermos la tomaran seguido. Como no había miel suficiente para hacer más cantidad, habían enviado a algunos criados a buscar más. Era probable que tuvieran que luchar contra el oso, pero por fortuna, tenían suficiente ajo y cebolla, que también tenían excelentes cualidades antibacterianas. Mia deseaba haber aprendido más acerca de herbología y remedios naturales. Siempre le había

fascinado el tema y había leído mucho más que cualquiera de sus compañeros de clase en la universidad, pero, aun así, había mucho que desconocía.

No podía creer lo rápido que se pasó el tiempo. Cuando terminó de atender a todos los pacientes, supo que había hecho todo en su poder para ayudarlos. Sintió una gran satisfacción por su trabajo que le produjo una vibración en todo el cuerpo, como si tuviera un enjambre de abejas en su interior. Se sentía tan llena de luz que no pudo evitar sonreír. Echaba de menos hacer lo que tanto la apasionaba.

—Es la hora de comer, Arinborg —le dijo Hakon—. Comerás conmigo.

A Mia le gruñó el estómago de pensar en comida. Quería protestar contra ese tono autoritario, pero todos los pacientes estaban alimentados y bien cuidados y le haría bien tomarse un descanso. Además, tenía que comer por el bien del bebé.

Mia siguió a Hakon. La luz del día le hizo doler los ojos tras haber pasado tantas horas en la penumbra del hospital sin ventanas. Oír el canto de los pájaros y el suave movimiento de las hojas de los árboles en el bosque detrás de la aldea era un cambio agradable.

—Entonces, ¿las cosas van a ser así, Hakon? —le preguntó Mia—. ¿Me vas a dar órdenes? ¿Sabes que sueñas igual que mi padre?

Y también sonaba igual que Dan, pero mencionarle otro hombre a un esposo vikingo que estaba enfadado no parecía una buena idea.

Continuó andando, pero tras dar varios pasos se dio cuenta de que Hakon no la seguía. Al darse vuelta, lo encontró mirándola con una máscara de destrucción en el rostro que la hizo querer huir. Era la muerte personificada.

Cubrió el espacio que los separaba con tres zancadas y se ciñó sobre ella. Aunque no la tocó, la hizo sentir anclada en su sitio.

—Nunca más vuelvas a decir eso. No me parezco en nada a tu padre.

Hablaba del padre de Arinborg, y quería saber por qué odiaba tanto al padre de su esposa.

—No eres el único que se siente así con respecto a él —le dijo con honestidad—. Pero ¿qué te hizo a ti?

Hakon apretó tanto los labios que se le pusieron pálidos.

—No hablaremos de eso. Ni una palabra. O juro por Odín que voy a matar a alguien.

Los ojos se le oscurecieron hasta tornarse casi ámbar, y las pupilas se le dilataron de la adrenalina que debía de estar llenándole la sangre en ese momento. Mia tragó con dificultad.

—De acuerdo, de acuerdo. No volveré a preguntar.

Él se dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. Mia lo siguió observándole la espalda, que era tan ancha que los niños podrían haber jugado al fútbol en ella. Tenía la cadera y la cintura angostas y, bajo las prendas, se le movían los músculos fuertes. Mia apoyó la mirada en el trasero redondeado y la apartó de inmediato sonrosándose. ¿Qué le pasaba? ¡No debería importarle su trasero!

A pesar de su malhumor, se moría de curiosidad. Había pasado algo entre Hakon y el padre de Arinborg. Quizás tenía que ver con su temperamento. Mia había visto su lado bueno y sabía que era un buen hombre. Había renunciado a su casa para que la usaran de hospital, pero tenía mucha ira dentro.

—¿Por qué eres de este modo, Hakon? ¿Por qué tienes la necesidad de decirle a todo el mundo lo que tienen que hacer? ¿Por qué quieres que la gente te tema?

Le dirigió una mirada tan pesada que creyó que la aplastaría.

—Porque es el único modo de lograr que se mantengan alejados de mí.

Había tanto dolor en su voz que Mia contuvo el aliento.

—¿De qué hablas? Si ayudas a tu gente, y tus guerreros te escuchan...

—Sí, pero solo porque soy la Bestia. Soy imparable. Protejo a mis hombres. Me respetan como guerrero y como líder. ¿Acaso no has oído hablar de mí? Tu padre me quiere para él, para que luche por él.

Algo en lo profundo de Mia sangró al oír esas palabras. Era un hombre fuerte que podría partirla al medio si así lo deseaba. No tenía dudas de que era un gran guerrero. Pero ¿llamarse la Bestia? Anhelaba acariciarlo y quitarle el dolor de la voz.

Hakon se detuvo delante de las puertas de la casa principal. Alzó la mirada, y Mia siguió sus ojos. Encima de ellos, debajo del techo, había unos gabletes anchos y, sobre ellos, unos tallados largos y tejidos de mandíbulas de lobos apretando los dientes.

—¿Por qué estamos mirando esto? —le preguntó.

—¿No has oído de la maldición?

Mia frunció el ceño con un millón de preguntas en la mente. Pero Hakon ya había entrado en el gran salón, y, cuando lo siguió, vio que todos estaban comiendo. La sala estaba llena de guerreros sentados a las mesas largas de madera. En el ambiente, reinaban los murmullos de las voces de unos cincuenta hombres y los golpes de las cucharas contra los cuencos o los cuchillos contra las tablas. A su alrededor, los criados servían comida y bebidas. Se oía el aroma de carne y verduras cocidas. Hakon avanzó hasta la mesa que se encontraba encabezando el gran salón.

Mia se sintió incómoda con todos los pares de ojos de tantos hombres armados fijos en ella. Recordó cómo era ir a algún lado con Dan; siempre tenía al menos dos guardaespaldas que la veían del mismo modo: con una combinación de respeto y cautela. Era el juguete favorito de su jefe, y tenían que protegerla con sus vidas, pero también debían seguir cada paso que daba y, si Dan les ordenaba matarla, debían hacerlo.

¿Cómo sería la relación entre Hakon y esos hombres? ¿Serían su ejército, sus hermanos de armas o sus empleados? Era obvio que tenía que alimentarlos. Mia quiso preguntar, pero de seguro era algo que una princesa vikinga ya debería saber. ¿Comerían así todos los días o esa sería una ocasión especial?

Pero lo más importante de todo era que anhelaba saber más acerca de la maldición. Hakon estaba sentado en la cabeza de la mesa, y Mia suponía que tenía que sentarse al lado de él, como su esposa, aunque hubiera preferido encontrar un rincón tranquilo para que nadie la mirara o le hablara por un tiempo. Hakon la observó mientras tomaba asiento, y Mia sintió los ojos sobre ella como un par de cañones de revólver al rojo vivo que le quemaban la piel.

La mesa bajo los dedos tenía una superficie suave y fría, pero el aire de la habitación era cálido. ¿O sería ella? Los criados le trajeron un cuenco de estofado... el estofado que había pedido que hicieran para los enfermos.

—¡Oye! —Mia llamó a la criada—. ¡Ven! ¿Queda más estofado? Lo necesitamos para los enfermos en el hospital.

—Lo hemos servido todo, señora. No lo sabía. Nadie nos lo dijo.

A Hakon se le transformó el rostro de la ira, y a la criada se le formó una expresión de terror, como si el *jarl* estuviera a punto de escupirle fuego. Hakon abrió la boca para decir algo, pero Mia lo interrumpió.

—Está bien. No hay ningún problema. Solo ha sido un error de comunicación. ¿Cómo te llamas?

Al hablar, tomó consciencia de que había vuelto a ponerse en el papel de la mediadora. Era lo que siempre había hecho de niña. Lo había aprendido de su madre, y luego de su muerte, Mia había cumplido ese papel para aplacar el temperamento de su padre. Más tarde, había comenzado

a hacer lo mismo con Dan. Aun cuando las cosas no iban bien entre ellos, Mia era la única que podía calmarlo con suavidad sin socavar su autoridad. Los recuerdos la hicieron estremecer por dentro, pero comprendió que ella era así. Le gustaba mejorar las cosas.

—Me llamo Lifa —le respondió la criada.

—Comienza a hacer otro estofado igual que este, Lifa. Tráeme otra cosa para comer y no toques mi cuenco. Lo llevaré al hospital.

—Sí, señora. —Le dirigió una mirada de soslayo a Hakon y se retiró.

Hakon la siguió con la mirada y una expresión de amenaza silenciosa en el rostro.

—El ejemplo exacto. —Mia lo señaló—. ¿Por qué tienes que ser tan aterrador? Si ya está asustada.

Hakon la estudió y los ojos dorados y verdes registraron sorpresa.

—¿Y tú no estás asustada?

A decir verdad, era una buena pregunta. Había estado aterrada cuando la subió a lomos del caballo y la llevó a la aldea por primera vez. Pero algo en su interior le decía que no tenía motivos para temerle a un hombre que cedía su casa a los enfermos y la ayudaba de cualquier forma que pudiera. También le había prometido no tocarla hasta que ella misma se lo pidiera, y le creía.

—No lo sé —repuso Mia mirándolo a los ojos más tiempo de lo que había querido.

—Deberías. —La voz profunda le acarició las orejas y la electrificó con el zumbido invisible que le produjo en la piel—. No seré un marido que te dé felicidad. No le traigo más que tristeza a la gente.

CAPÍTULO NUEVE

«Es mía».

Hakon había tenido ese pensamiento todos los días a lo largo de la última semana mientras miraba a Arinborg, la mujer con el cabello de color miel, los ojos que parecían el primer césped de la primavera y una boca más dulce que el hidromiel del Valhalla. Era su esposa. Era suya por ley y ante los ojos de los dioses. Pero no podía hacerla suya en la cama. Se lo había prometido y no rompería su palabra. No con ella.

La necesidad de ganarse su confianza y de hacerla sonreír se volvió más fuerte que el ardor que le producía en las venas cada noche mientras se preparaba para dormir. Había tenido que darle la espalda mientras se ponía las prendas para dormir, y el susurro de las telas contra la piel y el sonido del colchón al hundirse bajo su peso lo habían torturado todas las noches.

Era su esposa, pero no podía tocarla. Cada noche, se encontraba a tan solo un paso de distancia, durmiendo en su cama, acurrucada con sus pieles. Y él yacía sobre las pieles en el suelo, a los pies de la cama. Hakon pensó en el modo que las pieles le acariciaban la piel y deseó que fueran sus manos.

Su respiración pacífica mientras dormía le calmaba el corazón. Tenía la curiosa habilidad de quedarse dormida de inmediato en cuanto se metía en la cama. Debía de estar exhausta de tratar a los enfermos todo el día. También comía la misma cantidad de alimentos que un hombre y con la misma voracidad, pero era más delgada que una adolescente.

En la semana desde la boda, más gente se había enfermado. Los nueve bebés de la aldea estaban en el hospital, como lo llamaba Arinborg, con sus madres, y tosían, vomitaban y se tornaban rojos y azules. Arinborg estaba más preocupada por uno de ellos, que no bebía leche y había comenzado a debilitarse.

Mientras Hakon observaba el cielorraso de la habitación, pensó que había algo muy extraño con Arinborg. En realidad, eran las pequeñas cosas, como el hecho de que se negaba a comer con las manos y un cuchillo, como lo hacían todos, y le había pedido al herrero que le confeccionara una pequeña horquilla para comer la carne y las verduras. También se negaba a beber cerveza o hidromiel y solo bebía agua. Demandaba bañarse a diario y no solo los sábados, como lo hacían todos los nórdicos. Durante los primeros días, se había negado a usar cualquier cosa que no fuera el exquisito vestido en el que había llegado. Solo había aceptado ponerse las prendas que Solveig le había dado cuando las suyas quedaron completamente destruidas y sucias del trabajo en el hospital.

Era una princesa, de modo que debía de ser consentida, pero trabajaba arduo y no se quejaba a la hora de limpiar vómito y mocos o de vaciar bacinillas y cambiar pañales. Hakon no podía evitar admirar las habilidades, los cuidados y el trabajo duro de su esposa. Era muy diferente a

todo lo que asumía que sería la hija de Nyr.

Cuando se puso el vestido de una nórdica, algo había explotado en su pecho, como si una piedra se hubiera desprendido de una montaña y una catarata de agua cálida y transparente hubiera comenzado a fluir por la pendiente. En la simple túnica de lino blanco y el delantal celeste que se sujetaba con dos broches de plata sobre el pecho, era la viva imagen de lo que él sentía como su hogar. Hakon se imaginó cómo lo recibiría en casa luego de un ataque, con una sonrisa gigante en el rostro y un cuerno de hidromiel en las manos. Tal y como lo había hecho su madre cada vez que su padre regresaba a casa. Pero eso no ocurriría jamás. Se sentía asqueada por él, y no quería tener un verdadero matrimonio. Y, por más que un día lograra acostarse con ella y le diera algún hijo, jamás lo perdonaría cuando descubriera lo que planeaba hacerle a su padre.

Sin embargo, no podía frenar su venganza para evitar lastimarla. Ese gusano le había arrebatado lo único bueno que tenía en la vida al quitarle a la única persona que no había visto la maldición en él. Le había despojado una parte de su alma, y la venganza sería la única manera de que sintiera satisfacción. Quizás así lograría perdonarse por la muerte de su madre.

Y, a pesar de la peste en la aldea, Hakon tenía que conseguir aliados. Había enviado un mensajero en secreto a visitar a los tres *jarls* que sabía que se oponían al poder en expansión del rey Nyr. El *jarl* Rafr vivía al norte y se rumoreaba que era el siguiente en el camino de conquista de Nyr. El *jarl* Brunn se encontraba en el sur y estaba interesado en convertirse en rey; Hakon preferiría servirle a él que al hombre que había conseguido todo lo que tenía a través de mentiras y engaños. Y el *jarl* Vefuss era el más grande de todos, y venía de la vieja generación de nórdicos que valoraban la independencia y la fortaleza por encima de todo, prefería morir antes que permitir que alguien dictaminara por quién luchaban él y sus hijos. Hakon los invitó a un banquete en dos lunas para discutir el plan de ataque.

Esa noche, durante la cena, observó el rostro hermoso de Arinborg y su mano delicada moviendo la horquilla pequeña para llevarse a la boca un jugoso trozo de carne asada. Observó cómo movía los labios succulentos mientras masticaba y cerraba los ojos de dicha pura. Soltó el aliento para calmar el fuego que comenzó a quemarle la entrepierna.

El gran salón no estaba tan lleno como de costumbre: habían habilitado dos casas más como hospitales, y Arinborg y un pequeño grupo de mujeres que seguían inmunes ayudaban a cuidar a los enfermos. Veinte hombres y mujeres y casi todos los niños y bebés de la aldea se encontraban en los hospitales. Pero hasta el momento, nadie había muerto.

—En dos lunas, daré un banquete —le dijo Hakon—. Necesito que prepares el mejor banquete posible.

Arinborg alzó la mirada hacia él.

—¿Un banquete? ¿Y yo qué puedo hacer? No tengo tiempo, ya sabes lo ocupada que estoy en el hospital.

Hakon arqueó las cejas.

—Eres la esposa de un *jarl*. Es tu deber ser buena anfitriona. A veces es como si te hubieras criado en otro mundo, Arinborg. ¿De verdad no sabes estas cosas?

La pregunta la hizo perder el color del rostro, y la boca dejó de moverse.

—Sí, tienes razón.

—Hasta ahora, no te he dicho nada acerca de cumplir tus deberes como cabeza del hogar, como manejar a los criados y a los esclavos, preparar la comida y las bebidas y confeccionar prendas, porque sé que estás ocupada en el hospital. Pero tú misma has dicho que en una luna no podrán soportar más la enfermedad. En dos lunas, la gente sanará o morirá, y tendré invitados

porque es necesario.

—¿Por qué?

Hakon apretó los dientes.

—No es asunto de mujeres. Soy el *jarl*, y necesito entablar amistad con otros *jarls*. Tu único trabajo es ser buena anfitriona y hacer que nuestros invitados se sientan bienvenidos. ¿Acaso tu madre no te lo enseñó?

Arinborg apretó los labios.

—Sí, pero si hablas con tus invitados del mismo modo en que hablas conmigo, entonces tu madre te enseñó menos todavía.

La mención de su madre le hizo sentir aguijonazos de hojas afiladas que le cortaban el cuerpo en delgados trozos.

—No te atrevas a decir algo malo de mi madre.

Arinborg bajó la pequeña horqueta y lo miró de lleno a los ojos.

—Hakon, si no quieres que la gente te tilde de bestia, no te comportes como una.

El comentario lo hizo petrificar y lo dejó sin aliento, como si acabara de asestarle una patada en el estómago.

—No sabes de qué hablas —gruñó.

Arinborg le apoyó la mano sobre la suya, y una ola de calor cálida lo cubrió como una manta.

—¿Es por la marca de nacimiento? De seguro, cualquiera se sentiría tímido, pero no tienes de qué preocuparte...

—Muérdete la lengua. No es asunto tuyo.

—Hakon, no puedo evitar verla. Tu gente te teme, y no estoy segura de cuál es el verdadero motivo de eso. Les ladras, pero también los cuidas. Creo que haces más por ellos de lo que ven. ¿Por qué te temen en realidad?

Varias imágenes le llenaron la mente: el invierno; la puerta del gran salón abriéndose; el cuerpo sin vida de su madre en sus brazos; su cuerpo congelado y desgarrado por los lobos. Su padre incorporándose de un salto con el rostro más blanco que la nieve, y los ojos del rey Nyr abiertos como dos lunas llenas. Todos los ojos de los presentes en el gran salón estaban fijos en él: tanto los de los criados como los de los granjeros, los niños y los guerreros. Todos reflejaban el mismo terror y la misma repulsión. No había nada que un vikingo temiera más que la mala suerte. Ni siquiera la muerte. Y Hakon había nacido con ella en el rostro.

—Todos los nórdicos saben por qué me temen. La verdadera pregunta es por qué no me temes tú, princesa.

CAPÍTULO DIEZ

Mia tragó un nudo duro que tenía en la garganta.

El fuego de las pequeñas lámparas de aceite que colgaban alrededor de la habitación arrojaba una tenue luz anaranjada sobre el rostro de Hakon, y le producía un brillo en los ojos que lo hacían ver diabólico, violento y peligroso. Tan peligroso que el temor que no había sentido en una semana le tensó el estómago como si un puño gélido lo estuviera exprimiendo. ¿Habría cometido otro error? ¿Habría hecho algo más que la delatara? Se llevó la mano al vientre.

—¿Por qué no le temes a la maldición? —le preguntó.

—¿La maldición?

—La maldición. —Se señaló la mancha de nacimiento.

Mia frunció el ceño.

—Aguarda, ¿crees que estás maldito por la marca de nacimiento?

La miró fijo.

—Por supuesto. Todo el mundo lo sabe. ¿Tú no?

Mia soltó una maldición por lo bajo. Deseaba haber leído más acerca de los vikingos. ¿Acaso todos sabían eso? Decidió responder:

—No, claro que lo sabía.

—Y entonces ¿por qué pareces tan sorprendida?

Alzó el mentón.

—Que lo sepa no quiere decir que lo crea.

La expresión perpleja en el rostro de Hakon no tuvo precio.

—¿No lo crees? —La voz le sonó como si acabara de comer gravilla en vez de estofado.

—No, no hay ninguna prueba de eso. ¿Cómo es que una irregularidad de la piel congénita y benigna se convierte en una maldición?

Hakon la miró como si estuviera a punto de comérsela viva.

—Estás usando esas palabras mágicas otra vez.

Mia iba a tener que comenzar a hablar como una verdadera vikinga.

—Disculpa. Quise decir que la marca de nacimiento es la misma piel, pero con otro color. No es ninguna maldición. No tiene ningún propósito, y es algo de lo más aleatorio que simplemente ocurrió. Créeme. Soy una curandera. De hecho, hasta te hace parecer...

Quería decir palabras como «misterioso», «tremendo» o «inolvidable», pero se contuvo. No debería hacerle cumplidos ni darle la idea de que podría sentir algo más de lo que quería por él. Porque no lo sentía. ¡De ningún modo!

En el transcurso de los últimos días, cada vez que había pensado en él, una sensación

brillante le había colmado el pecho. Él no se había apartado de su lado. Aunque, sin dudas, se debía a que no confiaba en ella. Pero también la había ayudado en el hospital. A veces, Mia necesitaba que le hiciera algún recado, y él hacía lo que le pedía sin pensarlo. Cuantas más personas se enfermaban, menos criados había para realizar las tareas del hogar. Hakon había comenzado a servir el estofado y la medicina, a llevar las prendas y los platos al arroyo y a cargar leña y agua, así como también verduras y carne para cocinar.

A Mia siempre se le aceleraba el pulso al oírle la voz o sentir su presencia, como si alguien le acariciara la piel con una pluma.

—¿Qué me hace parecer? —le preguntó Hakon con la voz tan aterciopelada, que le produjo una capa de sudor en el cuello.

Mia se miró las manos.

—No te hace feo —le dijo y tosió—. Si eso es lo que te preocupa, deberías olvidarlo.

Aun así, no lo miraba. Él la estaba mirando con esa intensidad que le quemaba la piel.

—¿No crees que soy feo? —La voz baja y algo ronca, le hizo vibrar la piel.

—No —repuso. ¿Por qué había dicho eso? Todo el aire pareció evaporarse de la sala—. Pero eso no importa, ¿no?

Lo miró a los ojos y se arrepintió. Tenía una mirada tan oscura, que casi se había tornado de color café. La miraba como si sostuviera todo el dolor y la angustia del mundo en sus manos y estuviera a punto de decir qué hacer con ellos.

—¿Y si importa?

La boca se le secó como un papel.

—Creí que este matrimonio no tenía que ver con la felicidad para ti.

—No. Pero ¿con qué tiene que ver para ti?

Mia tragó con dificultad.

—Con la sobrevivencia.

Hakon frunció el ceño.

—¿Con la sobrevivencia? ¿Acaso él te...? —El rostro se le llenó de furia y se tragó las palabras—. ¿Tu padre te está amenazando?

—¡No! No, para nada. Hablo en general. Para una mujer... —No debería haber dicho la palabra sobrevivencia en voz alta. Se estaba cavando su propia tumba con la improvisación y esperaba poder salir de esa situación—. Una mujer deja la casa de su padre para ir a la de su marido. Y depende de él. Depende de los hombres. De modo, que es una manera de sobrevivencia. Mi vida depende de ti, ¿no?

Y, en realidad, no solo la suya, sino también la de su bebé. Oh, cielos. ¿Cómo reaccionaría Hakon si descubriera que estaba embarazada? Un escalofrío le recorrió la piel. Se pondría furioso. Estaría desilusionado. Se sentiría traicionado. Pero algo en lo más profundo de su ser supo que no la lastimaría, sin importar lo que sintiera, y esa epifanía le soltó un nudo de tensión que se le había formado en el estómago.

Hakon ladeó la cabeza.

—Supongo que sí. ¿Has terminado la cena? ¿Te cupo la pierna entera del cerdo en el estómago?

Mia tosió sintiéndose avergonzada. Había comenzado a tener un apetito voraz desde que entró en el segundo trimestre hacía una semana.

—Sí, terminé.

—Ven, te quiero mostrar algo.

Hakon le ofreció la mano, y Mia le apoyó la palma. Si bien al principio había estado

asustada, ahora aceptaba sus caricias sin dudarle. Una vibración le recorrió las venas. Hakon siempre tenía la piel de las manos cálida, seca y algo callosa, pero se sentía muy agradable. Su mano fuerte se cerró sobre la de ella y le produjo un excitante cosquilleo en el vientre.

Hakon la condujo hacia la habitación, y Mia se tensó:

—¿Por qué vamos allí?

—Arinborg, hemos estado durmiendo en esa recámara durante una semana y no he hecho ningún avance para tocarte.

En la habitación, ardía el fuego y el aire estaba cálido y agradable. Durante toda la semana, cuando estaban juntos en la recámara, había tomado consciencia de cada uno de sus movimientos hasta que apoyaba la cabeza contra la almohada y caía rendida del cansancio. Pero algo había cambiado; jamás se había sentido de ese modo. A pesar de que tenía los pies cansados y anhelaba acostarse, la electricidad en el aire hizo que se le erizara todo el vello de la piel.

—Tengo un regalo para ti —le dijo y se acercó a uno de los baúles que había contra la pared. Mientras lo revolvía, los músculos de la espalda ancha se le movían. De pronto, se volvió hacia ella sosteniendo algo en las manos.

Era una especie de piel blanca, quizás de zorro ártico o de visón. Se veía exquisita y completamente hermosa. Hakon la observó con angustia y cerró los ojos unos instantes. Cuando los volvió a abrir, la miró y le extendió la piel.

—Es para ti.

Mia tomó el regalo y vio que se trataba de una capa con una capucha: era larga, ancha y tan suave que quiso apretársela contra la mejilla.

—Era la capa de mi madre —le explicó—. Nunca te di un regalo de bodas. Te mereces mucho más que un abrigo de piel. Eres una princesa. Eres la curandera más habilidosa que he conocido y...

Se detuvo, y la necesidad de oírlo terminar esa oración fue tan fuerte, que Mia quiso arrancarle la palabra de la boca.

—¿Y qué?

—Eres la mujer más hermosa que he visto en la vida.

Mia dejó de respirar. El corazón le latió tan fuerte, que los guerreros que seguían en el gran salón lo debían de haber oído.

—No la puedo aceptar, Hakon. —La voz le sonó a punto de quebrarse.

—¿No? También tengo sus joyas...

—¡No! ¡No! No quise decir que no es suficiente, sino que es demasiado. Sus cosas deben significar mucho para ti.

Mia se sentó en el borde de la cama y sintió las piernas débiles.

—Por favor, Arinborg, quiero que la tengas. Ella lo habría querido también.

Unas lágrimas le nublaron la vista.

—Gracias.

Hakon señaló el abrigo en las manos de Mia.

—Hay un broche para ajustarlo. Mi padre lo mandó a hacer con la plata fragmentada y el ámbar que consiguió durante su primer ataque.

Mia pasó las manos por el abrigo de piel y sintió el metal frío del broche. Era grande y redondo como un pequeño escudo vikingo y tenía un trozo de ámbar en el centro. Alrededor de la piedra, había unos patrones de puntos, ramas entretejidas y bestias.

A Mia le temblaron los dedos un poco.

—Es precioso. —Se le cerró la garganta—. ¿Cómo se llamaba tu madre?

—Dota. —Hakon se miró las manos.

—Qué nombre más hermoso. Háblame de ella.

A Hakon se le transformó el rostro de la tensión hasta que Mia vio los huesos afilados a través de la piel.

—No he hablado de ella desde que murió.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce inviernos.

—Doce inviernos... qué joven.

El dolor de perder a su propia madre a los catorce años aún le perforaba el corazón. ¿La madre de Arinborg seguiría viva? Como no lo sabía, no podía compartir su dolor con Hakon.

—¿Cómo era? —le preguntó.

Hakon se sentó en el borde de la cama al lado de ella y no respondió durante un largo momento. Clavó la mirada en la distancia.

—Olía a reina de los prados. Tenía el cabello dorado. Le encantaba reír. Era fuerte. Y amaba a mi padre. Además, era la única persona que no creía que estaba maldito.

Mia apretó el abrigo en las manos deseando haber podido conocer a Dota. Hakon la miró con los ojos ardientes.

—Tú eres la segunda persona que no piensa eso.

Mia tragó con dificultad y bajó la mirada.

—En ese caso, Dota era una mujer inteligente.

Hakon se rio entre dientes.

—Le habrías gustado.

Mia sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, no sintió como si quisiera huir a ningún sitio.

—¿Qué le pasó?

La calidez le desapareció del rostro como si acabara de asestarle un golpe. Hakon se puso de pie, avanzó hasta el baúl y lo cerró.

—Ya son suficientes historias por un día. Es hora de ir a dormir.

El rechazo le dolió un poco, aunque sabía que era lo mejor. Había visto un nuevo lado de Hakon, y el gesto de darle la capa de su madre había significado mucho para él. Y para ella también.

«Qué buena que eres para mantener la distancia», se regañó a sí misma mientras hacían su ritual nocturno: Hakon le daba la espalda mientras ella se ponía las prendas para dormir.

—Listo —le dijo Mia mientras se hundía en la suavidad de la cama llena de pieles.

Hakon se volvió hacia ella, y comenzó la parte favorita de la noche de Mia. En su mente, la llamaba Hakon encuerado. Oculta entre los pliegues de las pieles para que Hakon no la viera, Mia lo observó. Se quitó la túnica, y los cañones de los músculos salieron a la luz al tiempo que la piel suave le destellaba bajo la luz del hogar. Los hombros y los bíceps eran como piedras. Tenía una tabla de planchar en el vientre con unos músculos laterales que formaban una v con unos contornos suaves. Y tenía unos pectorales anchos y fuertes. Los dedos le dolían de ansias de acariciar la mata de vello rubio que le cubría el pecho. Hakon le echó una mirada de reojo, y cerró los ojos de inmediato.

Mia lo oyó recostarse sobre el suelo. Como tenía la respiración despareja, sabía que aún no estaba dormido. Era evidente que hablar de su madre le había molestado, y Mia quería consolarlo y sentir sus brazos fuertes alrededor de su cuerpo y absorber el calor de su piel. Quería abrazarlo y besarlo. Pero no lo haría. Ese sería el comienzo de un desastre.

—Hakon —lo llamó.

—¿Mmm?

—Ven a la cama.

Oyó un movimiento entre las pieles del suelo.

—¿Qué has dicho?

Mia se incorporó sobre un codo y lo miró. Parecía alarmado.

—Ven a dormir a la cama conmigo.

—¿Quieres hacer...?

—¡No! Eso no. Has estado durmiendo en el suelo desde que llegué. Dudo que estés descansando allí. Debes estar exhausto. Ven a acostarte aquí, al lado mío. Pero no me puedes tocar, ¿de acuerdo?

A Hakon se le oscurecieron los ojos.

—No sé si pueda contenerme, princesa.

A Mia se le agrandaron los ojos.

—Oh... En ese caso, olvídalo.

—No, iré.

Se puso de pie con los músculos duros y poderosos y caminó hasta el otro lado de la cama. Sin dejar de mirarla a los ojos, se recostó en el colchón y se cubrió con una piel. Mia le dio la espalda respirando con dificultad.

—Buenas noches —le dijo.

Por unos instantes, no le respondió.

—Buenas noches —logró decirle al final con la voz ronca.

Y, a pesar de que no la veía, podía sentir su mirada ardiéndole en la espalda, y todo el cuerpo se le llenó de calor. Estaba jugando con fuego. Y todo el mundo sabía cómo acababan esos juegos.

CAPÍTULO ONCE

Pasó otra tortuosa semana en la que Hakon durmió en la misma cama que Arinborg sin poder tocarla. Su esposa había estado exhausta todos los días tras cuidar de la mitad de la aldea. Todos los niños y los bebés estaban enfermos, pero Arinborg había permitido que los primeros tres regresaran a casa, asegurándoles a los padres que lo peor ya había pasado y que se estaban recuperando.

Arinborg dormía a su lado dándole la cara. Tenía una mano apoyada sobre la almohada, con la palma hacia arriba, y Hakon tuvo que contener el impulso de tomarle la suya entre sus manos para sentirla cálida y suave. El rostro se le veía tranquilo y hermoso, con las pestañas alargadas que le enmarcaban los párpados cerrados. Tenía unos labios redondeados y suaves que lo tentaban a besarlos. Hakon gruñó mientras intentaba quedarse dormido y se negaba a bajar la mirada, donde de seguro vería la curva de sus senos bajo el camisón.

Los dioses debían de estar riéndose de él porque la persona a la que sentía más cercana era la hija de su enemigo. Quería darle todo lo que pudiera desear. Pero estaba a punto de arrebatarse a su padre, y esa idea lo carcomió por dentro como un perro hambriento.

Salió de la cama y caminó por el gran salón, que estaba tranquilo, para salir al aire frío de la noche. Estaba inquieto, los músculos le ardían de deseo por ella. Por todos los dioses, cómo deseaba que las cosas pudieran ser diferentes entre ellos.

Ese día más tarde, Hakon estaba en el hospital y vertía agua en un caldero para hervirla mientras Arinborg le administraba agua con ajo y miel a un niño. Un bebé que estaba recostado en una cuna comenzó a toser con desesperación. Hakon miró alrededor para buscar a la madre y que lo calmara, pero no la encontró por ningún sitio.

—Hakon, ¿puedes tomar a Mette, por favor? —le pidió Arinborg.

Hakon apretó los labios en una línea delgada.

—La madre no estará contenta si me ve con su bebé en brazos.

Arinborg hizo una mueca.

—Tonterías. Necesitamos asegurarnos de que la beba no se sofoque con los mocos. Tienes que sostenerla derecha. Anda.

Hakon apretó la mandíbula y colocó el balde que había estado sosteniendo en el suelo, pero no dio ningún paso hacia la beba. Él era la pesadilla con la que la gente asustaba a sus hijos.

—¿Y si se la contagio?

La pequeña Mette seguía tosiendo, y el rostro se le había puesto azulado.

—No estás enfermo, y ella sí. Vamos, si ves que le cuesta respirar.

—No hablo de la enfermedad. Hablo de la maldición.

Arinborg lo miró con el ceño fruncido.

—¡No hay ninguna maldición! ¡Toma a la beba antes de que sea demasiado tarde!

Hakon se apresuró hasta la cuna y cogió a la beba en sus brazos. Era tan frágil, tan pequeña y tensa, que el pequeño cuerpo le temblaba con los espasmos de la tos.

—Sostenla en posición vertical e inclínala un poco hacia adelante para que pueda toser los mocos con más facilidad —le instruyó Arinborg.

Hakon se sentía como un oso que sostenía a una gatita entre las garras.

—¿No la apretaré hasta matarla?

—¡No! ¿Nunca habías sostenido a un bebé?

—No.

—Todo va a salir bien. Deprisa, haz lo que te digo. Dale una palmadita suave en la espalda para que expulse los mocos.

Hakon sostuvo a la bebé en posición vertical y la inclinó hacia adelante como Arinborg le había instruido. Le dio unas palmaditas en la espalda, pero seguía tosiendo desesperada. Luego se detuvo. Jadeó en busca de aire, pero no logró inspirar. Los labios se le tornaron azules. Un temor que no había sentido ni siquiera en un campo de batalla se le asentó en el estómago.

—No respira —murmuró.

—Háblale. Y dale una palmadita más fuerte en la espalda.

Hakon obedeció y le dio una palmada quizás demasiado fuerte y luego otras más suaves.

—Respira, Mette. Por Freyja y por Odín, respira.

La beba tomó una profunda bocanada de aire, tosió mocos y comenzó a llorar. Hakon se apretó el cuerpo pequeño contra el torso sin dejar de sostenerla derecha.

—Qué buena niña. Los dioses están contigo. Respira. Ya estás bien.

—¿Ves? Eso no estuvo tan mal.

Arinborg terminó con el niño al que le estaba administrando la medicina y se acercó al siguiente. Hakon soltó una risa de alivio.

—Supongo que no. Casi me hago encima.

Arinborg también se rio.

—Lo has hecho bien. Eres bueno con los bebés.

Hakon quería responder que no lo era, pero la puerta se abrió, y una mujer entró con los ojos abiertos de par en par. Era Oda, la madre de Mette.

—¡Aléjate de mi bebé, Bestia! —exclamó apresurándose hacia él.

Hakon sintió una vergüenza que lo embargó como una ola gélida en plena tormenta, como si hubiera hecho algo mal. La mujer le quitó a la beba de las manos y se la acurrucó contra el pecho dándole la espalda, como si creyera que la iba a atacar.

—Oda, solo la estaba consolando. Tuvo un ataque... —comenzó Arinborg.

—¡No! No puede tocar a los bebés. Ya en sí es malo que sea nuestro *jarl*. La va a maldecir.

Arinborg dejó de darle la medicina al niño y se puso de pie echando chispas por los ojos.

—¿Qué has dicho? —Comenzó a avanzar lento hacia la mujer.

—La va a maldecir. Él está maldito.

—Déjate de decir tonterías —le ordenó—. No está maldito. Nadie está maldito. Es probable que le haya salvado la vida a tu beba. No había nadie alrededor, y Mette estaba tosiendo.

—Fui a aliviarme.

—Ya lo sé, y no es el punto. Él no maldijo a tu bebé, deja de decir eso. Va para todos. —Se volvió para mirar alrededor del hospital. Había varias personas presentes, algunos dormían, pero muchos la oían—. Tienen suerte de que Hakon Ulfsson sea su *jarl*. Está haciendo de todo por ustedes. Cedió su propia casa para que se puedan curar más pronto. Si deben ser supersticiosos,

su marca es una señal de bendición.

—Lo estás protegiendo, princesa —le dijo Oda mientras mecía a la beba—. Y lo entiendo, es tu marido. Todos estamos agradecidos por ti y tus habilidades sanadoras. Pero ¿sabes lo que le hizo a su madre?

El dolor lo perforó como si Oda acabara de despellejarlo. Arinborg frunció el ceño.

—No —repuso—, pero estoy segura de que nada de lo que ocurrió ha sido su culpa.

—Sí que lo fue. La maldijo, eso es lo que ocurrió.

Arinborg lo miró con los ojos llenos de preguntas. Hakon se sintió derrotado. Jamás había querido que se enterara de eso. Mucho menos de esa manera. Ahora podría perder a la segunda persona en todo el mundo que había sido amable con él. Pero parecía que había llegado el momento.

—Ven, princesa. Te lo contaré. —Le ofreció la mano, y ella la estudió en silencio.

—No vaya, señora —le aconsejó Oda—. Temo por usted.

Eso pareció haberla convencido. Arinborg puso los ojos en blanco y tomó la mano que le ofrecía.

—Vamos. No tengo miedo, y tú tampoco deberías tenerlo, Oda.

Hakon creyó que jamás había sostenido nada más valioso que su mano. La condujo hacia la casa comunal y les pidió a los criados que les llevaran pan, queso, mantequilla y agua, porque sabía que no bebería hidromiel o cerveza. Tomó unas pieles, el abrigo y la capa de piel de zorro ártico de Arinborg.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Arinborg.

—Ya lo vas a ver. Tendremos que pasar la noche allí. ¿Crees que el hospital estará bien por una noche?

Arinborg echó un vistazo hacia la edificación del hospital.

—Supongo que estarán bien por una noche.

—De acuerdo. Nunca he llevado a nadie allí, pero te encantará. ¿Confías en mí?

De repente, su respuesta se volvió más importante que su siguiente bocanada de aire. Lo estudió con el ceño fruncido, pero luego se le suavizaron los rasgos. Le sonrió, y su sonrisa fue lo más hermoso que vio en la vida.

—Sí.

Un témpano gigante se le derritió en el pecho. Los criados les llevaron las cosas, y Hakon se colocó los rollos de pieles sobre la espalda y una bolsa de viaje con comida en el cinturón.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Tenemos una larga caminata.

Arinborg le sonrió, y mientras se acercaban a la montaña que había sido su escape desde la muerte de su madre, una felicidad le invadió todo el ser. Pero la idea de compartir la peor noche de su vida le invadió esa felicidad como unos atacantes que aterrizan en una playa vulnerable.

CAPÍTULO DOCE

Mia pensó que el pecho estaba a punto de estallarle. Habían estado caminando durante más de una hora y, aunque solo estaba embarazada de quince semanas, el esfuerzo la cansó más de lo que creyó posible.

Cuando Hakon le anunció que habían llegado, susurró un «¡Aleluya!» por lo bajo que lo hizo volver a mirarla con una ceja arqueada como si la hubiera oído. Y ni siquiera estaban en la cima de la montaña.

Hakon la condujo a un pequeño claro entre unos pinos y unos peñascos. El claro era una combinación de piedras que formaban un balcón natural sin pasamanos y se alzaba en el aire sobre la pendiente rocosa de la montaña. Cuando se detuvieron en el balcón, el cielo estaba oscureciendo y se sentía tan cerca que si estiraba los brazos quizás podría tocarlo. Y el aire estaba tan fresco que casi podía beberlo. Abajo se encontraba el fiordo que se expandía como una serpiente azulada y ancha entre las montañas. A la derecha, en un pequeño valle, se veía Lomdalen. Parecía una aldea de juguete con las casas oscuras y los techos amarillentos. Como era la hora de la cena, de varias casas salían nubes de humo. Mia veía a personas y animales diminutos que se movían por la aldea. Allí hacía más frío y se acurrucó contra la capa de Dota agradecida de tenerla.

Pero todo lo que veía a su alrededor, incluyendo el fiordo, las montañas y el bosque, perdía el color al lado de Hakon. Había confiado en que la llevara allí, sin saber a dónde iban. Detestaba que su propia gente estuviera tan cegada por las supersticiones y los prejuicios. ¿Cómo era posible que no vieran lo bueno y amable que era? Que no tenía ni una gota de maldición en él. De hecho, era toda una bendición.

Hakon había prometido contarle lo que le había ocurrido a su madre.

—Tenías razón —le dijo Mia—. Me encanta.

Hakon se volvió a mirarla, nunca había visto su rostro tan suave y lleno de paz. La mirada lobuna había desaparecido para dar lugar a ese hombre gigante y hermoso que era libre. Mia se quedó quieta, como si temiera asustar a un animal salvaje.

Hakon sonreía. El mundo pareció moverse, y el balance se tornó tan frágil como una burbuja de jabón que temía explotar. No era una sonrisa ancha, no se parecía en nada a la de un típico hombre estadounidense. Era una semisonrisa que le daba un aspecto mágico a su rostro. Se veía humano y magnífico.

—Tras la muerte de mi madre, comencé a venir a este sitio para ocultarme. Los puedo ver desde aquí, pero también es donde soy libre de ellos.

A Mia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Un lugar para esconderse. Ese es un lujo que jamás tuve. —Ni en casa, en San Diego, ni

tampoco en Boston, con Dan.

Hakon hizo un gesto para señalar los alrededores.

—Ahora lo tienes.

Mia le sonrió, y una lágrima le rodó por la mejilla. Ahora lo tenía. Con Hakon.

—Gracias —le dijo.

Hakon extrajo las pieles de la espalda.

—Pasé mucho tiempo aquí, pensando alejado de ellos y de sus miradas llenas de temor y culpa. —Estiró las pieles sobre el suelo—. Comenzaré una fogata. Pronto se pondrá más frío.

Cuando el fuego estaba ardiendo y combatía la oscuridad de la noche, Mia y Hakon se sentaron sobre las pieles a observar el baile de las llamas. Mia anhelaba saber más de su madre, pero se contuvo de preguntarle. Sabía muy bien lo que era guardar secretos.

—Esa noche, me despertó —comenzó Hakon sin apartar la mirada de la fogata—. Recuerdo que hacía frío en el gran salón porque era invierno y no quería ir a ningún lado. Me dio un hacha. El hacha de un guerrero adulto. Hasta entonces, jamás había sostenido una verdadera hacha en las manos. —Se rio entre dientes—. Era muy pesada para mí, pero no se lo demostré.

Hakon rompió una rama y la arrojó al fuego.

—Mi padre estaba de pie entre nosotros y las puertas y me miraba como si se me hubiera puesto la cabeza de serpiente. Era la primera vez que me sostenía la mirada más tiempo de lo que le llevaba terminar un cuerno de hidromiel. En ese momento, deseé que volviera a evitarme.

Los músculos de la mandíbula se le tensaron.

—Más adelante, en su lecho de muerte, me dijo que cuando nací, vio que los dioses me habían marcado. Lo normal en esas circunstancias hubiera sido deshacerse de mí, como si fuera un niño enfermo, pero mi madre no se lo permitió, y la amaba demasiado como para insistir. Los dos esperaban tener más niños que no estuvieran malditos. Recuerdo que hablaban mucho del tema en susurros, pero nunca ocurrió. Quizás me culpaba a mí y a mi maldición por eso.

Hakon tomó otra rama entre las manos, la quebró y la arrojó a la fogata antes de envolverse los brazos alrededor de las rodillas. Mia sintió la necesidad de estirar la mano y consolarlo. Sabía demasiado bien lo estrictos que podían ser los padres emocionalmente distantes. Mientras que a Hakon lo protegió su madre, la de Mia solo se había limitado a obedecer. ¿Cómo habría sido su vida si su madre le hubiera hecho frente a su padre?

—Y más tarde me enteré de que esa noche a mi padre se le ocurrió llevarme a juicio. Iba a dejarme solo en el bosque con un hacha. Si sobrevivía, significaba que no estaba maldito. Si no regresaba, la maldición habría muerto conmigo. De una forma u otra, quería liberarse de la maldición... —Se atragantó con la última palabra—. Y de mí.

Mia quería cubrirle la mano con la suya, pero se detuvo. Él no querría su lástima. Quería que lo escuchara.

—Pero esa noche no lo sabía —continuó con la voz carente de emoción—. Fue todo tan repentino... Mi madre me despertó y me dijo que teníamos que marcharnos solos. Todo me resultó extraño, pero la seguí. Miré el rostro de mi padre cuando se paró en las puertas. Vi la pena, el temor y el adiós...

Hakon hizo una mueca.

—No nos detuvo.

Miró a Mia, y le vio el dolor crudo en los ojos.

—Y nos marchamos. Partimos solos en un caballo. Cuando llegamos al centro del bosque, me dijo que íbamos a la casa de su familia y que me quedaría con ellos un tiempo, hasta que pudiera ir a buscarme, porque en casa ya no estaba más a salvo.

Mia sintió un escalofrío en la piel.

—Pero nos perdimos —continuó Hakon—. Y, en el medio del bosque, vinieron los lobos.

Mia negó con la cabeza.

—¿Los lobos?

—Sí, una manada de doce. El caballo entró en pánico. Mi madre me dijo que me subiera a un árbol y que me seguiría. Íbamos a esperar a recibir ayuda, así que comencé a trepar. Pero cuando llegué casi a la copa, me di cuenta de que no me había seguido.

Mia se aferró al delantal del vestido que le cubría el vientre.

—Oh, no... ¿La atacaron?

Inclinó la cabeza, y Mia cerró los ojos por temor a lo que diría a continuación.

—Sabía que, si se quedaba, los dos acabaríamos muertos. Me dio la oportunidad de sobrevivir y alejé a la manada de mí.

A Mia le rodó una lágrima por la mejilla. Podía ver a Dota y a Hakon, un muchacho convertido en un hombre joven. Dota había hecho todo lo posible por salvar a su hijo. Mia la entendía muy bien. Maldito o no, era su hijo, y estaba dispuesta a cruzar un bosque lleno de lobos para salvarlo. A entregar su vida por la de él... Ella sentía lo mismo por su bebé.

—Y entonces, ¿qué pasó? —le preguntó.

Hakon alzó la mirada y estiró la mano para acariciarle el mentón con suavidad y secarle la lágrima. Luego se volvió hacia las llamas.

—Bajé del árbol y fui a buscarla. Vi los rastros en la nieve. Me di cuenta de lo que había hecho y quise seguirla. La manada se había ido, pero todavía quedaba un lobo allí.

A Mia se le cerró la garganta.

—Era gigante. Bueno, al menos en comparación con un niño de doce inviernos. Yo estaba debajo de ese pino, y se lanzó contra mí a toda velocidad. Era como si volara sobre la nieve. Y algo me dijo que rodara hacia un lado. Sonaba como el viento, pero quizás era mi madre o uno de los dioses que quería continuar torturándome en esta vida. Al final, me aparté, y el lobo aterrizó sobre un banco de nieve debajo de ese árbol. En el banco de nieve, había una rama vieja y seca, pero más afilada que una lanza, y le perforó el cuello. Yo lo acabé con el hacha.

A Mia le latió el corazón en el pecho al imaginarse la escena. Hakon, un nórdico de doce años con un hacha ensangrentada y un lobo gigante a los pies con un charco de sangre sobre la nieve a su alrededor.

—Entonces, seguí las huellas. Habían ido lejos, o quizás solo se sintió de ese modo. No podía correr lo suficientemente rápido. Creí que la sangre se me convertiría en hielo por el temor que sentía por ella.

Hizo una pausa. Tenía el rostro cenizo y los ojos vacíos. Mia se llevó las manos a la boca.

—Y luego los encontré, tanto al caballo como a ella. O lo que quedaba de ambos. Una parte de mí murió en ese momento, cuando la vi de ese modo.

Mia sintió un estremecimiento por toda la piel, los ojos le ardieron de las lágrimas que le costaba contener y la garganta le dolía.

—¿Qué hiciste?

—La llevé a casa. Se merecía un entierro en barco. No podía dejarla allí.

Arrojó otra rama a las llamas. Al cabo de unos instantes, explotó y produjo unas chispas en la oscuridad de la noche.

—Llegué a la aldea alrededor del mediodía siguiente. Deberías haberles visto los rostros cuando entré en el gran salón con su cuerpo congelado en brazos. Había dejado de sentir las manos hacía mucho tiempo del frío y el cansancio, pero prefería morir que soltarla. Tu padre se

puso de pie de un salto y se tocó el Mjöltnir antes de que todos hicieran lo mismo.

Mia frunció el ceño.

—¿El rey Nyr estaba allí?

—Sí, estaba de visita. Conoces a muchos de los que me vieron en ese momento. Jamás se olvidarían de ese día. Juro por Odín que lo primero que pensaron fue que yo la había matado.

A Mia se le retorció el corazón de dolor. Ahora entendía por qué la gente le temía tanto. ¿Cómo podían ser tan supersticiosos?

—Pero no es posible que de verdad hayan creído que un niño pudo haber desgarrado a su madre como un lobo —señaló.

—Cuando se pasó la conmoción, no lo creyeron más. Pero se convencieron de que mi maldición le había causado la muerte, mientras que yo había sobrevivido. Y todavía lo creen. Tienen miedo de que les haga lo mismo.

Le echó una mirada con los ojos llenos de angustia.

—Luego del funeral, fui al bosque y busqué al lobo. Para jamás olvidar que le provocó la muerte a la gente que me ama, hice este abrigo con su piel. —Se abrochó el borde de la capa gris que tenía puesta.

Los ojos se le tornaron ámbar bajo la luz anaranjada de las llamas en la oscuridad.

—Ese fue el día que perdí a la persona que más amaba en todo Midgard. Hasta que te conocí a ti.

Mia pudo oír el latido de su propio corazón como si lo oyera a través de un estetoscopio.

—Nunca creí que tuviera más futuro que el camino de la pena y la destrucción. Pero de repente llegaste tú y me mostraste que aún había esperanza para mí. Quizás mi madre me está cuidando desde Fólkvangr, el campo de Freyja para los muertos, porque nunca quise enamorarme de mi esposa.

Mia sintió el peso de la culpa en el pecho. Le estaba mintiendo, y él estaba enamorado de ella. Y no sabía nada acerca del bebé, ni del hecho de que venía de otra época o de que después de que la epidemia acabara y los pacientes no la necesitaran más, se marcharía de su vida para siempre.

La idea le abrió un hueco en el pecho. Se había acostumbrado a verlo a cada segundo. Esperaba con ansias trabajar a su lado en el hospital cada mañana y acostarse a su lado todas las noches. Era como si su mera presencia le brindara alegría e hiciera que su existencia valiera la pena.

Imaginarsé una vida en la que él no existía era como apuñalarse en el vientre. Las lágrimas se le acumularon en los ojos, y el dolor le asestó de lleno en el corazón como una bala. Hakon debió de haber visto el cambio en su rostro porque se mostró preocupado.

—No te estoy apresurando para que te acuestes conmigo. Vendrás a mí cuando estés lista.

Y de repente se encontró mirándolo al rostro. Se detuvo a observar la marca de superhéroe, la barba corta, los ojos del color ámbar verde, el cabello rubio que le enmarcaba el precioso rostro con suaves rizos. Era el rostro más querido de todos los mundos...

Un amor le empezó a derretir el hielo en el corazón y a sanar las partes que estaban heridas. Habían pasado solo dos semanas desde que lo había conocido. ¿Cómo podía estar sintiendo eso? ¿Estaba loca de atar? Era una viajera en el tiempo embarazada que fingía ser otra persona... Y, sin embargo, más allá de cualquier lógica o pensamiento racional, era más feliz allí con Hakon de lo que lo había sido en toda su vida.

¿Y si pudiera quedarse? ¿Y si pudiera ser su esposa de verdad? Tendría que contarle la verdad, pero si la aceptaba, ¿cómo se sentiría quedarse allí? ¿Despertar a su lado todas las

mañanas y sentir su cuerpo cálido y duro cubriéndole el suyo? La respuesta no tardó en llegar: sería realmente feliz. Porque se estaba enamorando de Hakon.

Se negaba a pensar en todos los motivos por los que no debería quedarse. Podrían esperar hasta el día siguiente. Por esa noche, le diría la verdad, toda la verdad, y rezaría porque la aceptara y la comprendiera.

Pero antes... Se movió hacia él con el pulso acelerado y se arrodilló al lado suyo. Y muy despacio, le rozó los labios con los suyos.

CAPÍTULO TRECE

Los labios de Hakon eran tiernos, pero firmes. La barba le produjo un cosquilleo en la piel y la excitó. Le pasó las manos alrededor de la cintura y la apretó contra su cuerpo, que estaba cálido como un horno. A Mia le latió la sangre llena de necesidad. Se arqueó contra él y se apretó contra su cuerpo duro como una roca y con músculos implacables.

Hakon le entreabrió los labios con la lengua, y lo recibió lamiéndolo y saboreándolo. Le mordisqueó el labio inferior con delicadeza, le acarició la nuca y se la sostuvo en un sitio mientras le introducía la lengua en la boca.

A Mia se le endurecieron los pezones, y el cuerpo le empezó a brillar de lujuria. Era tierno, pero firme; lento, pero seguro. Le deslizó la otra mano por la columna vertebral y le dejó un rastro de fuego líquido antes de apoyársela sobre el trasero. Se volvió hacia ella y le movió las caderas hasta que se la sentó a horcajadas. De repente interrumpió el beso.

Mia estaba sin aliento, deliraba e intentaba comprender qué estaba ocurriendo. Los ojos se le oscurecieron. La observaba con tanto anhelo que le costaba respirar.

—Te deseo, Arinborg —le gruñó—. Te he deseado desde que te vi. Juré que no te tocaría hasta que tú lo quisieras. —La voz la acarició como un retumbo distante—. ¿Me deseas?

Mia se mordió el labio con el cuerpo lleno de deseo. Había jurado que no se encontraría vulnerable frente a otro hombre. Y no le había dicho la verdad acerca de sí misma. De hecho, lo más sabio sería evitar cualquier atracción. Pero era demasiado tarde para eso. El corazón le gritaba «¡Sí! ¡Sí!». Había algo en su cuerpo que solo deseaba disolverse en él y mandar al diablo a las consecuencias.

—Sí —repuso escuchando a su corazón.

Hakon soltó un gruñido animalesco.

—Oh, gracias a Freyja. Si hubieras dicho que no, habría tenido que ir al fiordo a calmarme.

Mia se rio entre dientes y, antes de que pudiera decir más nada, Hakon le cubrió los labios con los suyos y la sujetó con los brazos como un tornillo de banco. Mia le pasó las manos por el pecho duro y se los envolvió alrededor del cuello.

Lo deseaba: deseaba su calor, su fortaleza y su masculinidad. Le envolvió las piernas por la cintura y se acercó más a él. Cuando sintió la erección apretada contra la entrepierna, soltó un gemido.

—Quiero que gimas así cuando esté dentro de ti —le susurró contra la boca.

Fue lo más seductor que había oído en toda su vida. Tenía la piel cubierta de sudor y sentía un calor que le atravesaba los huesos.

Le apoyó una mano en el otro seno y se lo acarició a través de las prendas. Jadeó y se arqueó al sentir su contacto. Le dibujó círculos alrededor del pezón con el pulgar y se le endureció aún

más. La caricia le produjo descargas de placer en todo el cuerpo.

—Oh, que los dioses me den la fuerza para no arrancarte estas prendas y arrojarme sobre ti —le gruñó Hakon acariciándole los pechos. Mia le enterró los dedos en el cabello, y el deseo le fluyó por las venas como una nebulosa líquida.

Le deslizó una mano por debajo del vestido y empezó a subir por el muslo. La piel cálida y seca de la palma la acarició y la arañó con suavidad. Cuando le recorrió el vientre con la mano, se paralizó por un instante, por temor a que lo notara duro, pero eso no ocurrió.

Mia se dio cuenta de que se estaba controlando, de que hacía lo mejor por moverse despacio, y su excitación la animó. Hakon siguió recorriéndola con la mano hasta detenerse en un pecho. Luego le apoyó la otra mano sobre el otro y comenzó a jugar con los pezones hasta que casi la dejó sin aliento.

—Quiero verte desnuda —le dijo.

—Yo también quiero verte desnudo.

Hakon alzó la comisura del labio.

—Lo que tú desees, princesa. —Le apartó las manos y comenzó a desvestirse. Mia se olvidó de todo mientras lo miraba.

Se quitó la capa y, con un movimiento rápido, se quitó también la túnica. Mia observó sin aliento el cuerpo desnudo que quedó al descubierto, con unos brazos tan gruesos como postes de electricidad, unos pectorales por los que podría perderse andando y una tabla de lavar que haría llorar a un campeón de fisicoculturismo. No pudo hacer más que admirarlo.

—¿De verdad existes? —se oyó preguntar.

Cerró la boca mientras sus ojos oscuros la observaban con una lujuria predatoria.

Luego se arrojó sobre él, lo besó y se dejó caer de espaldas. Le sintió la piel del pecho suave contra la palma de la mano, y la mata de vello que le cubría el pecho, encrespado. Inhaló el aroma masculino con una nota de almizcle.

La hizo rodar y recostó sobre el suelo. Quería sentirlo. Necesitaba deslizarse su piel contra la de él. Le abrió los broches, le bajó el delantal del vestido hasta las caderas y le soltó los lazos del atuendo en el cuello. Emitió un sonido bajo mientras le deslizaba el vestido por los hombros algo impaciente, pero eso solo la excitó más.

Cuando se acostó desnuda debajo de él, Hakon se incorporó sobre un brazo y la recorrió con la mirada sin decir nada. Mia estaba segura de que nadie jamás la había observado de ese modo.

—Eres un tesoro que me enviaron los dioses. Jamás he visto a una mujer más hermosa que tú. ¿De verdad eres mía?

Unas lágrimas le ardieron en los ojos al oír esas palabras.

—Sí, soy tuya —le respondió.

Le besó las lágrimas sin dejar de sonreírle y lamerle el rostro. Luego le pasó los labios por el cuello y siguió bajando hasta los senos hasta que la oyó gimoteo de anticipación.

Le succionó un pezón y le dibujó círculos con la lengua hasta que la oyó jadear. Se lo mordisqueó con suavidad y le provocó sensaciones excitantes en la piel. Luego se movió al otro pecho y comenzó a succionar uno y otro.

—Es tan rosado y delicioso —le susurró, y los pezones le empezaron a doler. Le pasó las manos por la curva de la cintura—. Tan delgada. Tan hermosa.

Y luego siguió bajando por las piernas. Le deslizó un pulgar entre los pliegues húmedos y se los acarició realizando movimientos circulares hacia arriba y abajo. Mia mecía las caderas y soltó un gemido del placer intenso que sintió en todo el cuerpo.

—Nunca deseé a una mujer como te deseo a ti —le susurró.

Mia le abrió las piernas y lo abrazó. Hakon se arrodilló delante de ella, y el torso le resplandeció a la luz de las llamas. Comenzó a abrirse los pantalones sin quitarle los ojos voraces de encima. Cuando la erección quedó libre al fin, Mia se relamió los labios al verla. Hakon se tomó el miembro en la mano, y el gesto le resultó de lo más sensual y carnal.

—Cielos, no puedo esperar un minuto más. Tengo que tenerte —le dijo.

Mia le pasó los dedos por los pectorales duros, el estómago esculpido y se detuvo al llegar a los rizos que le rodeaban el sexo.

—Tenme —le susurró.

Hakon acomodó la erección contra los pliegues hinchados del sexo y la acarició con el miembro hasta producirle olas de dicha pura.

—Te quiero mostrar las estrellas —le dijo.

—Oh, ya las veo.

Hakon encontró el centro de su ser y continuó con esa deliciosa tortura hasta que Mia no lo soportó más. Lo sujetó de la cadera, lo sintió grande, cálido y duro, y lo alentó a penetrarla.

—Tómame —le pidió mirándolo a los ojos—. Ya mismo.

Hakon se humedeció los labios, se apoyó sobre los codos y la besó. Luego se deslizó en su interior y la estiró de manera deliciosa hasta llenarla por completo y arrancarle un gemido de la garganta. Se apartó despacio y la volvió a penetrar con cautela.

—Oh, te sientes mejor que el Valhalla —le susurró al oído.

Mia separó las piernas aún más y lo instó a penetrarla más profundo, pero Hakon se movía despacio.

—Quiero que saborees esto como el mejor banquete de tu vida. El primero de muchos venideros.

La estaba provocando, se estaba tomando su tiempo para estirar el placer, y eso la estaba volviendo loca. No lo soportaba más. Sentía que se estaba conteniendo, pero lo necesitaba. Necesitaba más.

—Hakon, más rápido —le pidió con un gemido—. Necesito que seas tú mismo. Relájate.

—¡Oh! —rugió.

Comenzó a moverse más rápido y más duro, mientras gruñía y gemía, y Mia creyó que jamás había oído algo más sensual. Hakon la embistió cada vez más rápido. Le sujetó el trasero para que el contacto entre sus cuerpos fuera completo y le brindó una nueva intensidad y dulzura al placer que le estaba dando.

Mia disfrutó cada momento, cada embestida, cada jadeo, cada gruñido y cada caricia. Hakon comenzó a estremecerse, y Mia supo que se estaba conteniendo para que ella llegara al orgasmo primero. Y estaba a punto de alcanzarlo.

Al cabo de varios instantes, se dejó llevar más alto hasta que casi no lo soportó más. Hakon se volvió a estremecer, arrojó la cabeza hacia atrás y siguió embistiéndola con los músculos tensos. No dejaba de gritar su nombre falso.

Mia llegó a la cima de la agonía más dulce y se dejó embargar por el orgasmo que fue como una tempestad cálida mientras acababa contra su sexo.

Cuando Hakon se dejó caer sobre ella y se hizo a un lado para tomarla en sus gigantes brazos cálidos, Mia creyó que lo oyó susurrar:

—Te amo.

Sin embargo, no estaba segura de si simplemente se trataba del latido de su corazón que, en un latido, le respondió:

—Yo también.

Un estremecimiento frío la recorrió y, al abrir los ojos, con los brazos envueltos en Hakon, clavó la mirada en el cielo nocturno lleno de estrellas.

Lo amaba. Pero él le había hecho el amor a Arinborg, la princesa nórdica, y no a Mia, una pediatra fugitiva del futuro que estaba embarazada.

Debería haberle dicho la verdad antes de haber llegado tan lejos. La verdadera Arinborg se encontraba en algún sitio esperando a casarse con él. Y cuando por fin llegara, Mia volvería a terminar con el corazón roto. Y Hakon también.

Tenía que decirle la verdad antes de que eso ocurriera... por más que implicara perderlo.

CAPÍTULO
CATORCE

Hakon no quería dormir. No podía. Si los dioses habían decidido perdonarlo, ese era el modo. O, mejor dicho, ella.

Sostuvo a Arinborg en sus brazos durante toda la noche y sintió su aliento dulce que le producía un cosquilleo en el pecho al tiempo que el cabello le caía sobre el hombro y el brazo como una manta. Estaban acurrucados bajo los abrigos y encima de la piel. La fogata se había apagado durante la noche, pero Hakon no se movió para volver a encenderla. Tenía en sus brazos un regalo demasiado precioso como para soltarlo tan solo un momento.

Antes del amanecer, se quedó dormido, pero un movimiento de ella lo despertó. Sintió el cosquilleo de su cabello sobre la piel. La vio sentada al lado de él, cubriéndose los pechos con el abrigo y la cadera sedosa apretada contra su pierna. Inhaló el aroma de su cabello, que le parecía divino.

—Buen día —lo saludó con una sonrisa.

—Es un muy buen día.

El sol había salido e iluminaba el suelo a su alrededor. Arinborg miraba lo que los rodeaba con los ojos llenos de asombro. Estudiaba las cimas de las montañas blancas en contraste con el cielo matutino y las pendientes de tonos verdes oscuros con el frondoso bosque. Un viento suave mecía las hojas de los árboles. A Hakon le encantaba que estuviera tan fascinada con ese sitio como él.

—Ven aquí. —Hakon le jaló de la mano y la hizo caer sobre su pecho con una risa de felicidad. Luego la besó.

Su dulce aroma lo envolvió. Los labios suaves y la lengua delicada le encendieron un incendio en las venas, y el miembro se le endureció en segundos.

—Arinborg, no sé si alguna vez podré saciarme de ti —le susurró.

Ella se quedó quieta y se echó hacia atrás con los ojos agrandados.

—¿Qué dije? —le preguntó Hakon antes de sentarse.

—No, no, nada. —Bajó los ojos y se mordió el labio—. Soy yo. Tengo que decirte algo.

Fue como si le hubiera volcado un balde de agua congelada encima.

—¿Qué cosa?

Arinborg se puso la túnica por la cabeza y evitó mirarlo a los ojos.

—Me sentiré mejor si estoy vestida cuando te lo diga.

Una sensación de pánico le apretó el vientre como un puño de acero. Tenía el presentimiento de que ese sería el final de su felicidad. No, no debería hundirse en el viejo hábito de creer que jamás sería feliz. Lo que tenían, lo que se habían dicho el día anterior... Estiró la mano y le alzó el mentón con un dedo. Arinborg lo miró a los ojos con sus iris verdes oscuros llenos de

lágrimas.

—Arinborg, esposa, nada de lo que digas puede romper el vínculo entre nosotros.

Ella tragó con dificultad.

—Estoy embarazada.

Hakon frunció el ceño. Debía de haberla oído mal.

—¿Estás embarazada? ¿Tan pronto? No lo puedes saber aún.

Ella cerró las manos en puños y luego las relajó.

—No es tuyo. Estaba embarazada antes de casarme contigo.

La furia le llenó la sangre como una fuente de fuego que le comenzó a arder desde el interior produciéndole un dolor agonizante. Se incorporó de un salto completamente desnudo.

—¿Qué has dicho?

Alzó la mirada hacia él con los ojos abiertos de par en par y llenos de tristeza.

—Lamento no habértelo dicho antes.

—¿Lo lamentas? —Hakon sintió como si acabara de enterrarle una daga en el corazón. Se alejó de ella y comenzó a andar de un lado al otro. Quería golpear algo. El pensamiento le acechaba la cabeza como un trueno: su esposa estaba embarazada de otro hombre.

—Lo sentía en mis huesos: eras demasiado buena para ser cierta. Los dioses no me querían conceder la felicidad. Me di cuenta de que no fui el primer hombre en tu vida, pero no me importó. Pero ¿esto? ¿Quién es?

Se detuvo y la fulminó con la mirada. Estaba pálida, sentada sobre las pieles y aferrando los abrigos de piel que tenía envueltos en las piernas. Quería matar al hombre de la manera más brutal. Quería cortarles los testículos y arrojarlos a los cerdos.

—No... no es nadie que conozcas.

Hakon apretó la mandíbula. La siguiente pregunta lo hizo tensarse de pies a cabeza, como si se hubiera convertido en una piedra fría.

—¿Lo amas?

—¿Qué? ¡No! No lo amo. En una época, creí amarlo, pero ya no. Estábamos... —se detuvo como para buscar la palabra adecuada— en una relación.

¿Y eso qué quería decir? ¿Por qué utilizaba esos términos tan raros?

—¿Estaban casados?

—No, pero estábamos a punto de casarnos.

—¿Eran amantes?

Bajó la mirada como si estuviera avergonzada.

—Sí.

—Eran amantes, pero no estaban casados.

Las imágenes de su cuerpo al lado de otro hombre le retorcieron el corazón de agonía.

—¿Por qué no te casaste con él? ¿Te sedujo?

Lo miró a los ojos.

—Nuestro amor murió. No era el hombre adecuado para mí. Y cuando quise acabar la relación, él...

La voz se le quebró y se clavó la mirada en las manos. Algo en el modo en que se le hundieron los hombros y se estrujaba las manos le hizo sentir como si se le hubiera hundido un peñasco en el estómago.

—No me quiso dejar libre.

—¿A qué te refieres? ¿Te retuvo a la fuerza? ¿Te violó?

Tenía los puños tan apretados que sintió que jamás los iba a poder abrir de nuevo. Ella

guardó silencio unos instantes.

—Respóndeme —le pidió.

Alzó la mirada a él con una expresión de amargo desafío en el rostro.

—Sí. Sí, Hakon. —Se frotó la frente con la mano, que le temblaba—. Cielos, es la primera vez que se lo cuento a alguien.

A Hakon se le dilataron las fosas nasales.

—¿Tu padre no buscó vengarse?

Arinborg frunció el ceño.

—No...

Hakon la interrumpió enfadado.

—¿Tu padre engañoso me hizo casar con su hija embarazada y ni siquiera mató al hombre que te tomó en contra de tu voluntad? Es peor de lo que había pensado.

Arinborg se puso de pie con el rostro lleno de preocupación.

—No lo sabía.

—¿No se lo contaste a tu padre? ¿Por qué?

Alzó el mentón.

—No podía.

—¿Por qué?

Arinborg se abrazó.

—No es algo de lo que las mujeres se enorgullezcan, Hakon.

Hakon la recorrió con la mirada antes de ponerse los pantalones.

—Tú y tu padre... —masculló—. Él te ha enseñado a traicionar, ¿no?

—¡No! Hakon, no era mi intención...

—Oh, claro que sí. Lo sabías y esperabas casarte con un *jarl* en vez de casarte con quienquiera que sea, ¿no?

—Te lo estoy diciendo ahora. Luego de lo que me contaste ayer, no podía vivir ni un día más con esta mentira.

—Qué noble de tu parte. ¿Y qué quieres que haga ahora? ¿Quieres que críe al hijo de otro como si fuera mío?

—No lo sé. Depende de ti. Pero si me quieres, debes aceptar a mi hijo.

El dolor de su traición y decepción y la furia hacia el hombre que la había lastimado se mezcló con los celos, y todo le comenzó a hervir y burbujear en el interior. Hakon quería ser el único que le diera un niño.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo dices?

—Quiero su nombre, si tu padre no se vengó, lo haré yo.

—¿Cómo?

—Lo buscaré cuando... —casi le soltó el plan de ir a quemar su hogar hasta reducirlo a cenizas, pero se calló a tiempo. Él también le ocultaba un secreto que aún no le había contado, y la culpa lo acechaba—. Cuando visite a tu padre. Dime su nombre.

Ella lo dudó un instante antes de asentir con la cabeza.

—Dan.

Hakon recogió el abrigo y comenzó a enrollar la piel. No podía mirarla. Era un tonto por haber creído, aunque fuera por tan solo un momento, que los dioses lo habían favorecido. Se volvía a tratar de la maldición.

—Regresemos a la aldea.

Ella le apoyó una mano sobre el brazo, pero Hakon se apartó sin mirarla.

—Hakon, hálame.

Sin embargo, él se limitó a empacar.

—¿Qué pasó con eso de que nada podía romper el vínculo que teníamos? —le preguntó con la voz temblorosa.

Hakon apretó el mentón. Una parte de él deseaba tomarla en sus brazos, pero era una parte muy pequeña. La bestia estaba hecha una furia en su interior, llena de dolor, ira y soledad.

—¡Que Odín me ayude! ¡Me has engañado! Necesito pensar, mujer. Sería sabio que te mantengas alejada de mí.

CAPÍTULO QUINCE

Durante los siguientes tres días, Hakon no vigiló a Mia ni durmió en su habitación.

Mia se reprendió por pensar en la recámara como su habitación. ¿Acaso no era eso lo que había querido evitar? ¿Enamorarse de un hombre y empezar a pensar en cosas que compartían? Apenas lo conocía. Se había apresurado a meterse en una relación con Dan creyendo que se había enamorado y se había mudado con él demasiado pronto. Y así le había ido.

Pero ya no. El alejamiento de Hakon le dolía. No solo la había evitado, sino que apenas le había dicho una palabra desde el día que regresaron de la montaña. La noche que pasaron allí fue como una corta luna de miel.

Pero no era más que una ilusión creer que todo iría bien y que podría ser la esposa de un vikingo. Era una tonta. ¿Cómo podría haber llegado a considerar quedarse allí? ¿Acaso había perdido el juicio? ¿Dar a luz en ese tiempo? ¿Criar a su hijo allí? Estaba volviendo a cometer el mismo error: estaba dejándose llevar por las emociones en lugar de pensar con claridad. Le había ocultado tantas cosas, y ahora a él no le importaba si se quedaba o huía.

Pero al menos aún estaba a salvo. Si había reaccionado de ese modo a la noticia del embarazo, ¿qué habría hecho si le hubiera contado toda la verdad? ¿Que, en realidad, no era la princesa Arinborg? ¿Qué le haría la gente de la aldea? Lo más probable era que la echaran, ¿no? Le costaba imaginar que le fueran a hacer daño o que Hakon lo fuera a permitir. Pero, a pesar de eso, Mia estaba más segura manteniendo la identidad falsa. Al menos ese día.

Mia y Hakon no se habían visto demasiado durante el día, ella se mantenía ocupada en el hospital. Y Hakon... Bueno, ¿quién sabía dónde estaba? Cuando se veían para la cena y ella se sentaba en la silla de al lado de la de él, sentía las miradas de reojo que le echaba con cautela como si fueran aguijonazos. Pero cuando se volvía a mirarlo, lo encontraba con los ojos clavados en el cuenco y taciturno.

Había intentado hablar con él en varias ocasiones, pero él se limitaba a pedirle que lo dejara en paz. A Mia le costaba mucho quedarse dormida sin él a su lado. Los celos le desgarraban el corazón. ¿Y si, al igual que Dan, estaba buscando consuelo en los brazos de otra mujer? Cada mañana, iba a desayunar todo desarreglado, con heno en el cabello y las prendas todas arrugadas.

En el desayuno del cuarto día, con la voz temblorosa, Mia exigió saber dónde había estado. Hakon le respondió:

—Dormí en el cobertizo de los esclavos.

Un gran alivio la inundó. Los criados y los esclavos compartían una casa llena de heno para dormir. Apenas tenía alguna pared, mucho menos privacidad, al albergar alrededor de doce personas.

—¿Cuándo regresarás? —le preguntó maldiciendo a las hormonas del embarazo que le comenzaban a retorcer el alivio hasta convertirlo en un tornado. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Hakon se dio vuelta, se llevó una cucharada de avena a la boca y la masticó.

—No lo he decidido.

—Cuando lo sepas, dímelo. Te echo de menos —le susurró antes de marcharse del gran salón para ir al hospital.

Al día siguiente, cuando Mia estaba oyendo el pecho de un niño de diez años con el tubo que le había encargado al carpintero para ese propósito, la voz de Oda sonó por todo el hospital.

—¡Señora! ¡Princesa Arinborg! ¡Mette se ahoga!

Mia salió corriendo hacia Oda, que mecía al pequeño manojito que era Mette. Desde que Mia y Hakon habían regresado de la montaña, Mette había ido empeorando cada vez más. Las vías de aire se le cerraban todos los días, y los episodios en los que no podía inspirar aire entre ataques de tos duraban más.

Con una mirada, supo que Mette se estaba ahogando. Tenía los pequeños labios azules, y el rostro se le estaba tornando púrpura al tiempo que la piel alrededor de los ojos se le ponía roja del cansancio y movía las pequeñas manos en el aire vacío. Mia sintió que la sangre le abandonaba el rostro y el cuello, y las manos y los pies se le congelaban.

—¡Ay, por todos los cielos! ¡Necesito un tubo de succión! —Miró alrededor desesperanzada. Había estado intentando encontrar una solución viable durante las últimas tres semanas, pero el hecho triste era que necesitaba algo de plástico. Nada de lo que había en la época vikinga funcionaría. Pero no tenía nada más que lo que había llevado en la bolsa, la mayoría de lo cual era inútil. ¿Por qué no tenía un kit de primeros auxilios allí en lugar de todos esos objetos tontos como el brazalete que brillaba en la oscuridad?

La respuesta que había estado buscando le iluminó la mente como una luz en la oscuridad. Si vaciaba el líquido, podría funcionar...

—Tenemos que correr, Oda. ¿Puedes correr?

Sin aguardar respuesta, Mia jaló de la mujer y salieron volando.

En circunstancias normales, era probable que les llevara dos minutos andando llegar al gran salón. Si corrían, podrían llegar en medio minuto. Mette podría tener un minuto hasta quedar peligrosamente privada de oxígeno. No tendría tiempo de verificar si el tubo de succión funcionaría antes de utilizarlo en la bebé. Era simple, debía funcionar. De lo contrario, esa sería la primera muerte en las manos de Mia.

Pasaron corriendo por delante de varias casas y muchas personas, y Mia no soltó a Oda en ningún momento a pesar de que corría más despacio con la bebé en los brazos.

—¡Arinborg! —la llamó Hakon. Era la primera vez que le hablaba desde que le había confesado que estaba embarazada.

—¡Ahora no, Hakon!

Corrieron a través del gran salón y entraron en la recámara. Dándole la espalda a Oda, Mia fue a buscar su bolsa y extrajo el brazalete que brillaba en la oscuridad. Retorcó la tapa y vació el líquido en el suelo antes de sumergirlo en un balde de agua fresca. Mette tenía los ojos como huevos y llenos de pánico en ese momento y los labios completamente azules. Le quedaba poco tiempo antes de que no le llegara más aire al cerebro y muriera. Mia le abrió la boca y le introdujo un extremo del tubo con cautela en la garganta. La bebé hizo unas arqueadas al tiempo que Mia se ponía el otro extremo del tubo en la boca y comenzaba a succionar el aire.

La boca se le llenó de mocos que escupió. Volvió a succionar y repitió el proceso, pero Mette

seguía sin poder respirar. Debía de tratarse de un espasmo de las vías respiratorias. Mia tenía que hacerle respiración boca a boca para superar el espasmo. Tomó a la niña de los brazos de la madre y la sintió tensa y dura en los brazos antes de recostarla sobre el colchón. Mia acercó los labios a la boca de la bebé y le sopló con cuidado. Tenía que tener mucha cautela de no darle mucho aire porque los pulmones de Mette eran mucho más pequeños que los suyos.

Por fin, Mette tomó una bocanada de aire y tosió. El sonido que hizo se había vuelto demasiado familiar y solía significar malas noticias, pero en ese caso, la llenó de alivio. La niña volvió a inspirar aire y lloró, luego tosió y volvió a llorar. Oda la sujetó en sus brazos y se la apretó contra el cuerpo sollozando de alegría.

Una sombra apareció al lado de Mia. Hakon le apoyó las manos en los hombros y se los masajeó. Tenía las manos pesadas y cálidas y la devolvieron a la realidad. Se dio la vuelta y se enterró en su abrazo de oso. Su aroma a heno, almizcle y ropa gastada la envolvió. Apretó el rostro contra el pecho y lloró en silencio, aliviada de saber que Mette había sobrevivido, que el brazalete había funcionado y que Hakon era su refugio.

Hakon la envolvió en sus brazos para tranquilizarla y calentarla, y tuvo efecto. Había salvado a la bebé. Alzó la mirada hacia Hakon sin salir de su abrazo y lo encontró observándola con los ojos entre verdes y dorados llenos de ternura.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a su marido.

Hakon arqueó las cejas.

—¿Me estás preguntando si me encuentro bien? ¿Ahora?

—Apenas te he visto en cuatro días, y no estás hablando conmigo. Quiero saber cómo estás.

Le sonrió.

—Ahora estoy mejor.

Mia también sonrió. Quería besarla, echaba de menos su cuerpo duro y cálido y quería desnudarla para sentir su piel contra la de ella.

Hakon echó un vistazo hacia el brazalete que había quedado sobre la cama.

—¿Qué es eso?

A Mia se le aceleró el corazón en el pecho y tragó con dificultad.

—Una curandera me lo dio en casa. No sé de qué material es, pero ¿importa? Salvó la vida de Mette.

Hakon la estudió y asintió con la cabeza. Mia le enterró el rostro en el pecho sintiendo el peso de la culpa en el corazón. Él confiaba en ella, le creía sin cuestionarla. ¿Qué ocurriría cuando descubriera la verdad?

Casi se sobresaltó con el sonido de succión a sus espaldas. Por un momento se había olvidado de que no estaban a solas. Al darse vuelta, vio a Mette amamantándose y moviendo los labios con satisfacción.

—Tú. —Mia oyó la voz baja de Oda y se volvió. El rostro de la mujer se veía lívido y fulminaba a Hakon con la mirada—. Tú y tu maldición. Por tu culpa, mi hija casi se muere. ¡La has sostenido! ¡Le has contagiado la maldición! Tu mala suerte le lleva la muerte a todos los que te rodean.

Mia se apartó de Hakon y lo escudó de la mujer.

—Oda, cálmate. No es una maldición...

—¿Y qué otra cosa sería? Todos los niños están iguales o han mejorado, pero mi hija casi se sofoca porque él le echó la maldición.

—No, no hay ninguna maldición. Solo fue mala suerte, pero la salvamos.

—Todo el mundo debería saberlo. Tenemos que hacer algo antes de que nos provoque más

miseria.

Mia notó que Hakon se había cruzado de brazos y tenía el ceño fruncido. Como no había nada que pudiera decir para convencer a Oda de lo contrario, decidió jugar según sus reglas.

—Está bien —le dijo—. Está bien. ¿Crees que tiene una maldición? Yo se la quitaré.

Oda frunció el ceño.

—¿Tú?

—Sí, yo. Soy una curandera.

En el tiempo que llevaba en la cultura vikinga, Mia se había dado cuenta de que el misticismo y la medicina iban de la mano. Los curanderos eran chamanes, como Solveig. La gente debía creer que Mia era igual.

—Puedo quitar ese tipo de maldiciones como puedo curar heridas y enfermedades. ¿No crees que sería lo más sabio?

Oda la estudió unos instantes y luego se le iluminó el rostro.

—Sí, sería lo más sabio.

—De acuerdo. —Mia le guiñó un ojo a Hakon y abrió la bolsa. Aún tenía la botella de paracetamol. Le había administrado pequeñas dosis reducidas a polvo a los niños que presentaban fiebre alta sin que nadie viera lo que estaba haciendo. Pero, en esta ocasión, quería que lo vieran.

Solo le quedaba una píldora y la extrajo de la botella a espaldas de Hakon y Oda. Les mostró la píldora y se las puso delante de los ojos. Luego fue al gran salón en busca de un mortero y un cuenco de esteatita que usaba para moler hierbas y tomó una taza de agua. Llevó los instrumentos a la recámara y colocó la píldora en el mortero. Los dos la miraban con los ojos abiertos de par en par, llenos de curiosidad y asombro. Sin prestarles atención, comenzó a moler la píldora para reducirla a polvo. Cerró los ojos y comenzó a tararear la canción *Thriller* de Michael Jackson mientras se movía como en un trance. Cuando sintió que la píldora estaba completamente molida, abrió los ojos, movió los dedos sobre el cuenco y exclamó:

—¡Vete, maldición!

Luego vertió media taza de agua limpia en el cuenco y la revolvió. Era una pena utilizar la última píldora que tenía, pero valdría la pena si Oda le creía, porque se lo contaría a todos los demás en la aldea. Tomó el cuenco con las dos manos y se lo entregó a Hakon.

—¡Vete, maldición! —volvió a exclamar antes de que lo bebiera.

Hakon frunció el ceño, entrecerró los ojos y, como un paciente obediente, bebió. Cuando el cuenco quedó vacío, Mia se lo quitó de los labios y vio la mueca de asco.

—¿Qué era eso? ¿Desechos de pájaros?

—Era amargo, ¿no? —Mia se encogió de hombros—. Es mejor que no lo sepas.

Oda lo observó con cautela mientras Mette dormía pacíficamente en sus brazos.

—¿Y? —preguntó Oda.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Mia.

—¿Cómo te sientes, Hakon?

Hakon parpadeó.

—Como un hombre nuevo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cuando Oda y Mette por fin se marcharon, Hakon quedó a solas con su princesa.

La medicina que le había dado le sabía amarga en la lengua, y jamás había probado algo tan asqueroso, pero estaba listo para beber cualquier cosa de sus manos. Le había dicho que no estaba maldito y había plantado en él la semilla de la duda, pero cuando vio que Mette había estado a punto de morir, supo con certeza que Arinborg estaba equivocada.

Sin embargo, le había salvado la vida a la beba. Porque era la curandera. Era la bendición. Y lo había curado a él. Lo sabía. El dolor de cabeza que había tenido desde esa mañana de haber bebido hidromiel hasta quedarse dormido se le estaba pasando. Además, el dolor de una vieja herida en la cadera que lo había estado molestando desde que comenzó a dormir en el suelo se había debilitado.

Arinborg era tan hermosa que no podía respirar. Con los ojos intensos y brillantes, los labios rosados y tentadores, un rubor saludable en las mejillas... Llevaba el cabello sujeto en trenzas sobre la cabeza, pero unos mechones le caían por los hombros y la espalda. No podía creer que esa mujer fuera suya.

Había pasado los últimos cuatro días sin ella, anhelándola. Tras experimentar el sabor de su cuerpo, tras hundirse en su interior y hacerla suya, había sabido que jamás podría saciarse de ella. Las noches que pasaba alejado de su lado eran una tortura.

Un temor se le asentó en el estómago: el temor de perderla. El temor por los dioses, que aún podrían quitársela. Era demasiado buena para ser cierta. Aunque estaba embarazada de otro hombre y se lo había ocultado. El pensamiento le hizo tensar el mentón, y la ira volvió a la superficie.

Arinborg arqueó las cejas.

—¿Estás listo para hablar ahora?

—¿Hablar de qué?

—Bueno, dijiste que necesitabas tiempo para procesar las noticias. ¿Ya tuviste tiempo suficiente?

—No sé si alguna vez tendré tiempo suficiente, Arinborg.

Al oír la respuesta, se abrazó la cintura con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Debería marcharme? ¿Es eso lo que quieres?

De pensar que podría marcharse, sintió como si le clavaran una espada en el corazón.

—No lo sé. Parece que es lo que tú querías cuando llegaste.

—No me puedo marchar todavía, no mientras haya gente enferma. —La voz era apenas audible.

Hakon estaba desgarrado entre el alivio y el dolor.

—¿Ese es el único motivo?

—Dímelo tú. ¿Aceptarás a mi bebé?

¿Aceptaba al hijo de otro hombre? Ni siquiera podía aceptar la idea de convertirse en padre. No luego de haber conocido a su padre. No sabía cómo ser un buen padre. No sabía cómo ser un buen marido. Solo sabía cómo ser un buen guerrero. Y la Bestia...

¿Seguiría siendo la Bestia tras haber bebido esa pócima amarga? ¿Seguiría siendo la Bestia ahora que le había quitado la maldición?

—Quiero que sigas siendo mi esposa.

Con dos pasos más, eliminó la distancia entre los dos y le tomó el rostro entre las manos.

—Y necesito hacerte el amor en nuestra cama.

—¿Qué hay de...?

La besó para callarla. Todavía no sabía si estaba listo para aceptar el hijo de otro hombre, pero sabía que no estaba listo para dejarla ir, y tenía que sentirla en sus brazos. El pequeño destello de felicidad que le había dado era como el mejor hidromiel que había probado. Quería más.

Tenía los labios suaves y la boca, cálida, húmeda y seductora. Gimió contra él, y el sonido le hizo eco en todo el cuerpo hasta que le llegó a la punta del miembro. La lengua le acarició la suya, y Hakon le exploró la boca produciéndole descargas de placer en las venas.

—¿Me echaste de menos? —gruñó mientras le arrastraba los labios por el cuello y le saboreaba la piel como un hombre que acaba de pasar una semana de hambre.

—Como loca. —Las palabras le salieron casi como un suspiro y le enterró los dedos en los omóplatos.

Tuvo la sensación de estar al borde del dolor y el placer, el espejo perfecto de lo que había estado sintiendo desde que la conoció y le hacía vibrar los huesos. Inhaló su aroma como si se hubiera estado sofocando y ella fuera una bocanada de aire fresco. Le deshizo los broches y dejó que el delantal del vestido cayera al suelo. Luego hizo lo mismo con el vestido.

Dio un pequeño paso hacia atrás y le sostuvo las manos para que no se le ocurriera cubrirse. Acto seguido, se deleitó observándola. En la montaña, no había tenido la oportunidad de mirarla. Y ahora...

Estaba de pie con el mentón en alto. Lo deseaba, se daba cuenta. Si tan solo supiera que la hubiera amado, aunque tuviera el cuerpo de un trol... Pero parecía la diosa Freyja en persona. Tenía el cuello delicado, una piel que le destellaba como madreperla, unos senos redondeados como destinados a encajar a la perfección en sus manos. La cintura pequeña con la curva del vientre donde crecía su hijo descendía hacia unas caderas redondeadas, y el triángulo de rizos suaves era lo que le hacía sentir un estremecimiento en el miembro. Quería besar cada centímetro de esas piernas largas.

—Eres muy hermosa —se oyó susurrar—. Los duendes te deben haber hecho con espuma de mar y flores de primavera.

Las palabras la hicieron sorber.

—No, créeme. Es tu turno, señor.

Él se rio entre dientes.

—¿Quieres que me desvista?

—Sin dudas.

Hakon tragó con dificultad. No sabía si era agradable a la vista. Era grande, sí, pero ¿le agradaría lo que vería? ¿No se parecería demasiado a la Bestia? A pesar de sus dudas, la complació. Primero se quitó la túnica y luego los pantalones. Cuando se enderezó para mirarla,

lo estudiaba con los ojos ardiendo.

—¿No te parezco horrible? —le preguntó y vio cómo se le agrandaban los ojos.

—Si oigo una sola palabra más acerca de la maldición, te juro que te arrojaré algo, Hakon. Y será mejor que ruegues que no sea una de tus hachas.

Eso lo hizo respirar más tranquilo, pero debió de haber visto algo en su rostro porque se le suavizaron los ojos. Dio un paso hacia él y apretó su cuerpo cálido y sedoso contra el de él, que la envolvió en sus brazos.

—Hakon... —le apoyó las palmas contra el pecho y lo quemó—, eres el hombre más atractivo que he visto en mi vida. No solo eres hermoso, sino que además eres imposible de olvidar. Tu cuerpo es el sueño de cualquier mujer.

Qué palabras más extrañas viniendo de una mujer. Sonaba como si hubiera visto el cuerpo de muchos hombres y supiera qué querían las mujeres en un hombre de ensueños. Era una sanadora, una bruja y una princesa... y aún le costaba entender las profundidades de ella.

—¿Te gusta cómo me veo? —le preguntó.

—Me encanta cómo te ves, Hakon —le susurró—. Ahora cierra la boca y hazme el amor.

—Como desees, mi dulce bendición.

La besó y se endureció con cada roce de sus labios, cada caricia de su lengua y su sabor exquisito a algo fresco como el arroyo de una montaña. Fue descendiendo por su cuerpo, le apretó los labios contra el cuello y sintió el latido violento de su corazón bajo la lengua. Cuando llegó a los senos, le lamió un pezón antes de succionarlo y sentirlo firme y suave como un pétalo en la boca. Arinborg gimió y le enterró los dedos en el cabello para apretarle el cráneo. Olía a la vida misma y no sabía si se debía al embarazo o si ella era así. Una curandera. Una dadora de vida. Su bendición. Suya.

Hakon continuó la exploración y le adoró el cuerpo, la suavidad de la piel y las caderas angostas. Luego se detuvo en el vientre algo protuberante y se quedó quieto. Colocó la mano sobre el vientre y oyó que ella contenía el aliento. El bebé era una parte de ella, y si ella era suya, el bebé también. No importaba que otro hombre lo hubiera engendrado. Si era de ella, era de Hakon.

Le depositó un beso en el vientre y se lo acarició con la mano hasta oír que volvía a respirar. Luego siguió bajando hacia el objetivo de su exploración. Los rizos de vello púbico. Hundió un dedo entre los pliegues cálidos, suaves y sedosos y la oyó soltar un jadeo. Con cautela, movió el dedo hacia arriba y debajo de los pliegues hasta oírla gemir y sentir que le enterraba más los dedos en el cabello.

Ese era el centro de su placer, y comenzó a frotárselo y dibujarle círculos al tiempo que se intensificaban los gemidos y le temblaban los muslos. Era una buena señal. Extrajo la mano y la besó allí. Le hundió la lengua en la suavidad de los pliegues y comenzó a explorarla, lamerla, provocarla y jugar con su sexo. Gimió, se estremeció y tembló humedeciéndose más.

—Oh, Hakon, no me puedo mantener de pie —gimió. Hakon se enderezó y le sujetó las nalgas para levantarla. Le envolvió las piernas alrededor de la cintura.

—Entonces, yo te sostengo —le dijo.

Su miembro quedó apretado contra su entrada húmeda, y clavó los ojos en los de él al tiempo que le apretaba los senos.

Se deslizó en su interior y sintió como si acabara de regresar a casa tras una temporada de saqueos. Arinborg jadeó y se arqueó contra él, echando la cabeza hacia atrás. Tenía el sexo húmedo y cálido, y Hakon sintió un placer líquido.

Al principio se movió despacio para saborearla y dejar que se acostumbrara a él, para

asegurarse de que lo disfrutara. Los gemidos que soltaba le echaban leña al fuego y lo hacían arder como nunca antes.

Arinborg tenía la piel cubierta de sudor y seguía sus embestidas con las suyas. Pronto, demasiado pronto y, a la vez, no lo suficientemente pronto, se encontró cerca y sintió que el cuerpo se le tensaba.

Con un par más de embestidas fuertes, la sintió temblar a su alrededor, mientras lo acariciaba y lo llevaba a la cima de placer. Hakon montaba las olas de una tormenta de placer, y ella era la diosa del mar que la había convocado.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Mia acarició la delgada cicatriz plateada en el pecho de Hakon. Se estaba hundiendo en la delicia de ese cuerpo fuerte, de los brazos que la envolvían, el hombro que tenía apoyado contra la mejilla y el aliento que le producía un cosquilleo contra la piel. La penumbra de la recámara le resultaba pacífica y calmante, y el fuego que ardía en el hogar, acogedor. La habitación olía a sexo, madera y cuero.

Podría acostumbrarse a eso. A despertar todos los días al lado de él, tratar a la gente, ayudarlo a dar banquetes, cocinar y a cuidar de las cosechas. Hasta podría aprender a tejer, bordar y coser, tareas que hacían todas las mujeres allí. Y su bebé... ¿de verdad podría imaginar a su hijo creciendo en la época vikinga?

La verdad era que no lo sabía. Estaba segura de que tanto ella como su hijo estarían a salvo con Hakon, tanto como fuera posible. Pero ni ella ni Hakon tendrían control de las enfermedades que podrían surgir. No tenía ningún modo de producir antibióticos, ni un laboratorio o ni siquiera un bistrú en caso de que necesitara realizar una cirugía. Quizás con el tiempo podría hacer etanol para desinfectar heridas, pero había tantos tipos de heridas que podrían causar la muerte en ese tiempo...

No era de sorprender que la gente creyera en los dioses, las maldiciones y la magia. Quizás podría ir y volver en el tiempo. Entonces podría tener acceso a la medicina moderna y llevar las drogas y los utensilios que necesitara para ayudar a la gente aún más. Pero si regresaba a Boston, ¿podría volver a la época vikinga? ¿Y si no podía? El pensamiento le produjo un escalofrío, y se estremeció. Hakon se la acercó más.

—¿Tienes frío, Arinborg?

«Arinborg no...», quiso decirle. «Mia». Pero se mordió la lengua. Debía contarle ese secreto, pero no en ese momento. Todavía no sabía cómo se sentía acerca de su embarazo.

—Tenía miedo de que me enviaras lejos si te enterabas de que estaba embarazada. Que me enviaras de regreso... con él. Con Dan. Y todavía tengo miedo de que lo hagas.

Le frotó el brazo con la mano, y un calor delicioso la recorrió entera. Gimió de dicha. Luego le pasó la mano por el brazo despacio, y Mia contuvo el aliento. Se la apoyó sobre el vientre y se lo acarició con suavidad. Mia alzó la mirada para ver sus ojos entre amarillos y verdes llenos de ternura.

—No permitiré que ese hombre respire el mismo aire que tú —le dijo—. Nunca te volverá a tocar ni el pelo. Aceptaré a tu hijo como si fuera mío.

Ella le cubrió la mano con la suya.

—¿De verdad?

Hakon se limitó a asentir con la cabeza como respuesta. Tenía los ojos llenos de intensidad.

Y de pronto, ocurrió algo. Sintió un pequeño aleteo, como unas alas de mariposa en el vientre que había experimentado en el transcurso de las últimas semanas, pero ahora también sintió un movimiento, como si tuviera un pez cálido en el estómago. Mia y Hakon se congelaron.

—¿Has sentido eso? —le preguntó Mia en un susurro.

—Sí.

Una ola de alegría se le extendió por el cuerpo y le apretó la mano.

—Creo que es una señal. El bebé también te quiere.

Le apoyó los labios contra la frente.

—Sí. No seré el tipo de padre que fue el mío conmigo. No fue tu culpa que te violaran, y no es la culpa del niño que la persona que le ha dado vida sea una desgracia de hombre. Al igual que no fue mi culpa haber nacido con la marca de una bestia. Sé lo que se siente que no te quieran. Y no permitiré que ni tú ni este niño sientan eso jamás.

A Mia le latía el corazón tan acelerado, que sintió que estaría a punto de estallarle de gratitud, de sanación y de ternura por ese hombre. Y también de amor.

—Te amo, Hakon —le confesó en un susurro.

Él cerró los ojos como si estuviera tomando un momento para recuperarse de un golpe. Luego los abrió y se vieron intensos, iluminados y brillantes.

—Y yo a ti, Arinborg.

Ese nombre otra vez. Le sonaba como un mazo. Debería decirle la verdad. En ese mismo momento.

—Todavía temo que algo salga mal —le confesó Hakon—. La muerte no me aterra tanto como la idea de que los dioses te hayan enviado a mi vida solo para arrebatarme esta felicidad.

A Mia le dio un vuelco el corazón. No tenía ni idea de lo acertado que estaba. Sería mejor que se lo dijera en ese momento. Entonces no habría más mentiras entre ellos.

Cielos, ¿qué le habría ocurrido a la verdadera Arinborg? ¿Seguiría viva? Por más que algo le hubiera ocurrido, de seguro el rey Nyr iría a ver a su hija en algún momento.

—Y si lo hacen —continuó—, no sé si podría sobrevivir.

El estómago se le puso duro como una piedra.

«¡Díselo de una vez! No soy Arinborg. Me llamo Mia y soy una viajera en el tiempo que ha venido del futuro».

Abrió la boca, pero no le salió ni una palabra. No soportaba cambiar la felicidad de su rostro por dolor. De seguro pensaba que estaba loca. Y, por más que le creyera, no podría ser quien le diera las noticias de que eso era exactamente lo que tenían en mente los dioses. Solo acabaría confirmando en su mente que era la bestia que todos creían que era.

Más tarde. Lo prepararía con tiempo. Le daría señales sutiles para que el golpe no fuera tan duro.

—En ese caso, no te preocupes —le dijo y lo besó—. No permitiré que los dioses te hagan nada.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Los días se pasaron volando como si estuvieran en un sueño feliz.

La epidemia estaba llegando a su fin. Había pasado una luna y una semana, y uno de los hospitales estaba libre de enfermos y había vuelto a funcionar como casa. Gracias a las habilidades de su esposa, nadie había muerto. La gente regresaba a sus actividades diarias y comenzaban a tratarlo con más cariño.

Todo se debía a Arinborg. Su esposa. Su amor. Ella le había prometido que no permitiría que los dioses le arrebataran la felicidad, pero quizás cuando llegara el fin del verano no querría mantener esa promesa. Porque Hakon iba a matar a su padre. Seguía esperando la llegada de sus aliados, pero aún no se lo podía contar. Había discutido su plan con sus hombres más leales, y ninguno se lo contaría ni siquiera a sus esposas, porque le habían dado su palabra a Hakon.

Los preparativos para el banquete iban bien. Estaban preparando hidromiel, había suficiente centeno para hacer mucho pan y verduras para cocinar estofado. Los criados y los esclavos habían recuperado la salud, y Hakon sabía que tenía la mano de obra necesaria para preparar el banquete cuando llegaran los *jarls*.

El vientre de su esposa crecía cada vez más, y con cada día que pasaba, se volvía más hermosa. Era tan hermosa, que había dejado de respirar cada vez que la miraba.

Como tenía más tiempo libre del hospital, Arinborg se había involucrado más con las tareas del hogar. La casa estaba más limpia y la comida sabía mejor. La cama tenía mantas limpias. Como le gustaba bañarse todos los días, los esclavos calentaban la sala de baños para ella. Había hablado con él acerca de las reparaciones que debían hacer en las casas y los cobertizos, y le había dado el control total. A Hakon no se le había ocurrido que las casas necesitarían arreglos; había creído que durarían más tiempo, mientras él se dedicaba a planear la venganza y algunos ataques.

Arinborg había vuelto todo mejor, y la gente la amaba. Hakon la veía ir a juntar hierbas con Oda y otras mujeres y cocinar con ellas, a pesar de que era la esposa de un *jarl* y no estaba obligada a hacerlo. Había tejido una túnica para el bebé, y una mujer le había prestado una cuna que ya habían colocado en la recámara.

Cuando un centinela anunció la llegada del primer *drakkar* una semana después, Hakon se llenó de entusiasmo y temor. El propósito de toda su vida, vengar la muerte de su madre, estaba al alcance de sus manos. Pero le estaba mintiendo a su esposa y, probablemente, destruyendo cualquier oportunidad de ser feliz.

El primero en llegar fue el *jarl* Vefuss: Hakon reconoció las velas blancas y rojas cuando se volvieron visibles. Tanto él como su esposa aguardaron sobre el muelle de madera, listos para darle la bienvenida a los invitados. El *jarl* Vefuss era un hombre de unos cincuenta años, con la

barba y el cabello blancos, pero un poder palpable. Había llevado a sus dos hijos, que eran altos y orgullosos y parecían buenos guerreros, y cincuenta hombres más.

Al día siguiente, llegó el *jarl* Brunn con otros cincuenta guerreros y, al día siguiente, *jarl* Rafr, con treinta más. La aldea estaba atestada de gente, y Arinborg y Hakon estaban ocupados entreteniendo a los invitados.

La noche del día en que llegó el *jarl* Rafr, comenzó el banquete, y Hakon tenía que discutir el asunto del rey Nyr en privado con los otros *jarls*. Los tres observaban a Arinborg con cautela, sabiendo que era la hija del enemigo. A pesar de que era de sorprender que ninguno de ellos la hubiera visto antes, Hakon suponía que no era nada descabellado considerando que Nyr tenía nueve hijas, pero no se podía imaginar cómo era posible que algún hombre no hubiera reparado en una mujer como ella.

El banquete se encontraba en pleno auge, el gran salón, lleno de risas y el sonido de las voces. En el aire pendían los aromas a jabalí asado, verduras hervidas y pan recién horneado. El hidromiel fluía como un río. Y Arinborg estaba tan hermosa que a Hakon se le detenía el corazón cada vez que la miraba. De repente, las puertas del gran salón se abrieron de par en par.

—¿Dónde está Hakon, la Bestia? —rugió una mujer que jamás había visto.

Todos guardaron silencio.

—Aquí —dijo al tiempo que se ponía de pie.

—¿Así es como recibes a tu novia? —le gritó—. ¿Ni siquiera envías a alguien a darme la bienvenida? ¿No te preocupa su paradero?

Hakon frunció el ceño confundido. La mujer tenía el cabello largo y oscuro, una capa de lana abrigada con bordes de piel y un hermoso vestido de color rojo sangre. Era encantadora a pesar de que podría estar demente.

—Mi novia está aquí. —Hizo un gesto hacia Arinborg, que se puso de pie y se veía pálida—. ¿Y tú quién eres?

Los ojos oscuros de la mujer perforaron con la mirada a su esposa, que se removió instintivamente como para protegerse.

—Soy la princesa Arinborg Nyrdotje. Tu futura esposa. Me retrasé porque me lastimé durante el viaje. ¿Quién es ella?

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Mia les había mentido a todos, y ahora lo sabían.

El mundo estaba colapsando en la luz tenue del gran salón. Todos la miraban fijo. Eran los rostros de los hombres y las mujeres a los que había llegado a querer, con los que había trabajado codo a codo a diario para combatir la epidemia o para curarlos a ellos y a sus hijos. Sin embargo, ninguna opinión importaba tanto como la de una persona.

Hakon la fulminaba con la mirada con tanta intensidad que quería esconderse en algún sitio. Una parte de su rostro, la parte oscura con la marca de nacimiento, estaba bajo la luz, mientras que la otra quedaba oculta entre las sombras. Era como si el predador, el lobo que llevaba dentro, se hubiera apoderado de él. Mia se estremeció.

—¿De qué está hablando? —le preguntó con la voz dura y casi chillona.

Desde el comienzo había sabido que eso iba a suceder en algún momento. Ese plan estúpido jamás habría tenido un final feliz. Debería haberle dicho la verdad hacía mucho tiempo.

—Ella es la verdadera princesa Arinborg —confesó.

Todos los presentes en el gran salón soltaron un jadeo. Hakon hizo una mueca como si lo hubiera herido físicamente y la recorrió con la mirada de pies a cabeza, como si la estuviera mirando por primera vez.

—Hakon —comenzó el *jarl* Brunn, que estaba sentado al otro lado de él—, si ella no es la princesa, la hija del rey Nyr...

—Ahora no. Necesito hablar con mi esposa. —Le tendió la mano a Mia—. Ven.

La voz le salió suave, pero tenía una nota de acero. Mia se puso de pie sobre las piernas débiles como espaguetis cocidos y sintió que le clavaban agujas en los brazos y las piernas. Pero sostuvo la cabeza en alto y encuadró los hombros. Ese podría ser el fin de su relación con Hakon, y todo sería su culpa. Pero era su oportunidad de explicarle todo con la esperanza de que volviera a perdonarla por otra traición.

Hakon la condujo al exterior. A pesar de que era de noche, aún había mucha luz natural. El sol estaba comenzando a hundirse detrás de una montaña y le daba un tono rojo y anaranjado al fiordo. El viento susurraba, los grillos comenzaron a cantar, y en el aire se olían los aromas a flores silvestres y césped. Hakon la condujo hasta la playa, donde no habría nadie que pudiera oírlos.

Cuando llegaron a la orilla pedrosa con el agua que rompía a sus pies, a Mia comenzó a latirle el corazón tan desbocado, que amenazó con salirse del pecho. Como estaba sudada y tenía calor, se arrodilló frente al agua y se lavó el rostro con el agua salada que estaba fría y olía a mar, pero le calmó la ansiedad.

Hakon la estudiaba con una máscara de piedra. Mia sabía que era una jaula que contenía sus

verdaderos sentimientos bajo llave. Pero su mirada ardía. Tenía los ojos oscuros y reflejaban furia, dolor y muchas preguntas.

—Habla —le ordenó.

Mia cerró los ojos un instante considerando si habría una manera o un orden para decir las cosas y que tuvieran sentido. Pero no se le ocurrió ninguna.

—Me llamo Mia Lindsay y vengo del futuro.

Hakon parpadeó.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Sé que suena descabellado. Nací en 1993 en San Diego, en los Estados Unidos de América. Eso no debe tener mucho sentido para ti, porque es en el calendario cristiano y las Américas aún no han sido colonizadas. Pero como sea. He venido de mil cien años en el futuro. Soy médica... bueno, casi. Tuve que dejar la residencia por Dan, el hombre del que te hablé. El polvo blanco que te di es un calmante, una píldora que tenía en la bolsa cuando viajé en el tiempo.

Comenzó a hablar cada vez más rápido, intentando buscar los argumentos para persuadirlo antes de que pudiera interrumpirla y perdiera su oportunidad.

—El tubo de succión era un brazalete de plástico que llevaba en la bolsa también. Y todas las palabras extrañas que siempre menciono... el tenedor... la ducha... mi vestido con el patrón de flores... mi bolsa... Todas las preguntas que te hice y a ti te parecían obvias... o conocimiento común.

Hakon cerró los ojos un instante y negó con la cabeza.

—Eres extraña. ¿Me vienes con todas estas tonterías y esperas que te crea?

—¡Sí!

Apretó los labios hasta formar una línea delgada que reflejaba mucho enfado y se le ocultaba entre la barba. Luego dio un paso hacia ella y la sujetó del brazo para zarandearla. Mia se encogió de la sorpresa al principio, pero luego encuadró los hombros.

—Me has estado mintiendo acerca de todo lo que eres. ¡Todo! Tu nombre, de dónde vienes... No me has dicho ni una sola cosa cierta acerca de ti. He estado viviendo con una mujer que no existe. Me he enamorado de una mujer que es una ilusión.

Las palabras le retorcieron algo en el vientre y le produjeron un dolor lacerante.

—Dime la verdad, Mia —continuó—, o quien seas. ¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué fingiste ser alguien que no eres?

Mia apretó el mentón.

—No tuve otra opción. Tú me sujetaste y me colocaste sobre el caballo y luego me amenazaste de muerte si no era la princesa Arinborg. De modo que tuve que convertirme en ella. Luego busqué la manera de escapar, pero comenzó la epidemia. No podía marcharme hasta no estar segura de que todos se recuperaran. Y luego...

Tragó con dificultad. El nudo que tenía en la garganta le dolía. Tenía los ojos y la boca de Hakon delante de ella y anhelaba recorrerle la ceja rodeada por la marca de nacimiento. Era de un color rubio intenso contra la piel oscura.

—Luego me enamoré de ti.

Hakon la soltó y dio un paso hacia atrás haciendo una mueca como si estuviera a punto de escupir.

—No te creo ni una palabra. Si de verdad me amaras, me habrías dicho la verdad.

El dolor le clavó un puñal en el corazón. Tenía razón. Eso era exactamente lo que temía.

—Quería hacerlo y casi lo logré, pero no podía soportar verte herido. Verte así.

Hakon volvió a negar con la cabeza.

—Sabía que los dioses no querían que fuera feliz. Todo esto ha sido parte de la maldición.

A Mia le dio un vuelco el estómago.

—Te mentí porque al principio te tenía miedo. Tenía que hacer lo que fuera para proteger a mi bebé. Lo que fuera. Es lo que hubiera hecho cualquier madre.

El rostro de Hakon perdió cualquier expresión de ira. Oh, sí, él sabía demasiado bien que tenía razón. Y ahora la estaba escuchando. Mia sintió un rayo de esperanza.

—Luego de Dan... —continuó—, se llama Dan Esposito. Es un jefe de la mafia en Boston, y eso significa que está al mando de una organización criminal gigante. Hace tres años comenzamos a salir. No tenía idea de que era un criminal, de lo contrario jamás me hubiera involucrado con él...

Y entonces se lo contó todo. Las palabras le fluyeron como el pus en una herida. Por primera vez desde que lo conoció, le habló de su verdadero ser. Y se sintió bien.

Le contó cosas que jamás le había confesado a nadie. Le habló del modo en que su padre siempre la había controlado a ella y a su madre, y que luego había encontrado a otro controlador obsesivo en Dan, que al principio había sido el sueño de cualquier mujer. La había cortejado, la había consentido, le había dedicado toda su atención y hasta había nombrado a un barco como ella. Pero luego había comenzado a golpearla porque no sabía cómo retenerla a su lado.

Le contó cómo intentó escapar de él en dos ocasiones, y cómo sus hombres la encontraron y la llevaron de regreso con él. Cómo la había violado la segunda vez que intentó escapar y quedó embarazada. Para esa altura, no habían tenido relaciones en un largo tiempo, y Dan había estado tan enfurecido que no había utilizado un condón. A pesar de eso, había encontrado la fortaleza de convencerlo de acabar esa relación infeliz para los dos. Por último, le habló del día que descubrió que estaba esperando un hijo de él, antes de que desapareciera para siempre.

Y le contó de la anciana que le había dado un huso dorado en el hospital para que pudiera escapar. Al siguiente instante, Mia estaba rodeada de bosques, al lado de la piedra con las runas, y de espaldas al oso que gruñía mientras se lanzaba al ataque. Y así había conocido al hombre que ahora la miraba con el ceño fruncido.

—¿Un huso dorado?

—Sí, ¿por qué?

—Solo las nornas tienen husos dorados.

—¿Las nornas?

—Las nornas tejen el destino de las personas. —Mientras la estudiaba se frotó la frente—. Todo esto que me has dicho... es difícil de creer. Pero si es cierto, entonces una norna te envió aquí. Y la piedra con las runas en la arboleda sagrada debe ser el motivo por el que apareciste allí. Ese es el sitio donde realizamos sacrificios y les rezamos a los dioses. Es un lugar lleno de magia.

Mia inhaló profundo y asintió con la cabeza. El instinto de ir hacia la piedra había sido acertado. Se miraron a los ojos.

—Entonces no eres su hija.

—¿La del rey Nyr?

Hakon se rio con amargura.

—No sé si sentirme aliviado o preocupado. Si no me casé con Arinborg, todo el trabajo de los últimos años para vengarme de mi madre acabó siendo en vano.

Mia frunció el ceño.

—¿Vengarte de la muerte de tu madre?

Hakon se dio media vuelta y anduvo unos pasos antes de volverse hacia ella con las manos apoyadas en las caderas. Mia aguardó la respuesta como si su vida dependiera de eso. El sol se hundió aún más detrás de la montaña, y el cielo de tonos rosados, rojos y anaranjados se tiñó azulado hasta convertirse casi en negro al otro lado.

—Cuando mi padre estaba en su lecho de muerte, me contó lo que de verdad había ocurrido esa noche. Había sido la idea de Nyr poner a prueba mi maldición.

Tenía la sensación de que no quería conocer la respuesta, pero tenía que preguntar de todos modos:

—Y entonces ¿por qué querías casarte con su hija?

—Porque lo voy a matar al final del verano, con la ayuda del *jarl* Brunn, el *jarl* Rafr y el *jarl* Vefuss.

Mia sintió que el suelo cedía bajo sus pies.

—¿Qué has dicho?

—Este matrimonio iba a ser una distracción. Él me quería de su lado para luchar guerras por él. Y me consiguió. No hubiera sabido qué había ocurrido hasta que lo hubiéramos atacado. Pero ahora que todos saben que no eres Arinborg, no hay chances. Los otros *jarls* tendrán miedo de llamar la atención de Nyr antes de que podamos actuar.

Mia tragó con dificultad.

—Si no tienes más chances, ya no hay necesidad de vengarse, ¿no?

—¿No hay necesidad de vengarse? Jamás dejaré de cazarlo hasta que no haya vengado la muerte de mi madre.

—Entonces, ¿ocultaste de Arinborg, o de mí, el hecho de que ibas a matar a su padre?

Él se limitó a asentir con la cabeza. Algo oscuro se retorció en el vientre de Mia. Algo que no había sentido desde que descubrió cómo se ganaba la vida Dan.

La epifanía de haberse enamorado de la imagen de un hombre en lugar de ver su verdadera naturaleza la dejó sin aliento. El temor le enfrió hasta los huesos. La realidad de ese hombre era aterradora. Era un hombre que estaba dispuesto a matar al padre de la esposa que decía amar. Mia contuvo el aliento.

—¿Y me culpas a mí por mentir? ¡He mentido para salvarle la vida a mi bebé! ¡Tú mientes para matar al padre de tu esposa!

Hakon dio un paso hacia ella.

—¡Baja la voz!

Mia respiró entre jadeos y se abrazó mientras lo veía con otros ojos ahora.

—¿Cómo he podido ser tan tonta? Creí que por fin había encontrado al hombre para mí, aunque me prometí que no me apresuraría a meterme en una relación, que trabajaría para conseguir mi independencia y cuidar de mi bebé. ¿Y qué hago? ¡Voy y me enamoro de un vikingo de hace mil cien años! Un vikingo que es capaz de anteponer una reyerta familiar por encima de su amor.

Hakon la fulminó con la mirada.

—Pero no es tu padre, ¿qué te importa?

—¿Qué me importa? Me importa porque el hombre del que me he enamorado no existe. Creí que eras noble y amable, que tenías un buen corazón, pero al parecer, eres un asesino a sangre fría. Ya he huido de uno para que mi bebé no sea criado por un hombre como ese, y no permitiré que otro lo críe tampoco.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y dio un paso hacia ella.

—¿Qué estás diciendo?

—Me marchó. Pero ¿qué estaba pensando que me podía quedar en el pasado contigo, dar a luz y criar a mi hijo aquí? ¿Contigo? Estaba lista para olvidarme de las vacunas, de los hospitales modernos y la falta de educación, pero no puedo estar en una relación con un hombre cuyo objetivo principal en la vida es la venganza.

Hakon apretó los puños.

—Es el destino de Hakon, la Bestia.

Las lágrimas le ardían en los ojos.

—Estás bebiendo el veneno de la venganza, y ni siquiera te das cuenta de que tú eres quien está muriendo. Detente, Hakon. Nyr ya ha matado a tu madre. No permitas que te mate a ti también.

Hakon parecía un animal herido. Quería estirar la mano y acariciarlo, pero no había futuro para ellos. No luego de eso.

—Adiós, Hakon. Diles a todos que lo siento —le susurró antes de marcharse y emprender el camino a la arboleda sagrada.

Le pareció verlo alzar una mano como para sujetarla, pero debió de haberlo imaginado.

Solo podía esperar que la piedra de las runas funcionara y se la llevara de regreso. Y que una vez estando en Boston, Dan se hubiera olvidado de ella.

Pero ella jamás olvidaría a Hakon.

CAPÍTULO VEINTE

—Disculpa, pero no me estás escuchando —la voz de Arinborg lo extrajo de su ensueño, en el que una mujer con un vientre algo hinchado, el cabello de color miel y los ojos como el primer césped del año le decía que lo amaba.

Era un día gris y la lluvia caía sobre la aldea como una neblina delgada. En el aire se olía el aroma a leña húmeda y tierra. Hacía frío a pesar de que era verano, y unas nubes de vapor salían de las bocas de las personas que se encontraban de pie en el muelle observando el fiordo y el *drakkar* que se acercaba. La embarcación tenía los colores del rey Nyr.

Había pasado una semana desde que Mia se había marchado, y los días se arrastraban como si estuviera viviendo en el fondo de un pantano. Hakon estaba desgarrado entre el dolor de la traición, que le partía el corazón como un mazo con clavos afilados, y la preocupación por ella, que le nublabla la mente. Si ese hombre, Dan, la encontraba... Hakon cerró los puños.

Sin embargo, no podía hacer nada al respecto. Se había marchado; no veía un futuro con él. Y él tampoco con ella. Era lo mejor. Tenía que concentrarse en su objetivo, que se acercaba rápido.

Hakon se volvió hacia Arinborg, que estaba de pie a su lado con las cejas arqueadas y los hermosos ojos marrones destellando enfado.

—¿Qué has dicho, princesa?

—Dije que espero que tengas algo en mente para suavizar el golpe. Está convencido de que estamos casados para estas alturas.

Hakon apretó la mandíbula. Tenía algo en mente que convertiría el golpe en una tormenta.

—No te preocupes, princesa. Tu padre me perdonará cuando se entere de que tendrá el honor de casarnos.

Ella se volvió hacia el barco y masculló:

—Si crees que con eso te perdonará, es evidente que no lo conoces.

Hakon alzó el rostro.

—Quizás no.

Con delicadeza le tomó el mentón entre las manos y le volvió el rostro hacia ella. Era encantadora: tenía unas cejas oscuras y arqueadas, unos hermosos ojos grandes, unos labios suculentos, rojos y tentadores. Era tan alta como Mia, pero tenía más busto. Cualquier hombre hubiera renunciado a su libertad, sus tierras y su plata por ser el marido de una princesa hermosa, lista y fuerte.

Pero sus caricias lo hacían querer apartarse, lo hacían echar más de menos a Mia. Esa mujer no era la mujer por la que le latía el corazón.

La princesa le recorrió el pómulos con el pulgar.

—Accedí a casarme contigo a pesar de lo que hiciste, pero no significa que esté lista para perdonarte. La impostora se ha marchado, y ese es un buen comienzo.

Hakon apretó los puños al oír las palabras de Arinborg.

—Pero ¿qué harías para lograr que te perdone? —le preguntó con la voz ronca, los ojos oscuros como la noche destellando con un significado especial. Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Sabía el efecto que tenía sobre los hombres y asumía que tendría el mismo efecto sobre él. Lo cierto era que si el corazón, el cuerpo y el alma no le pertenecieran a Mia, lo habría tenido.

Hakon se había quedado de pie solo en la orilla del fiordo tras la partida de Mia, sintiéndose débil y pinchado como una vela sin viento. Ya se había hecho de noche para cuando decidió regresar al gran salón anonadado, sin ver por dónde iba. Y, de algún modo, cuando estaba a punto de abrir las puertas de la casa, sus pies cobraron vida y lo llevaron hasta el caballo. Se montó de un salto y salió volando tras ella. ¿Cómo podría haberla dejado ir al bosque sola? Podría estar a la merced de los lobos o el oso.

No estaba listo para dejarla marchar ni para perderla. Esa no podía ser la última vez que la veía. La posibilidad de que lo fuera lo aplastó como una montaña. Y cuando llegó a la arboleda sagrada, no la vio por ningún sitio. Había unas huellas apenas visibles en el suelo y el césped algo aplastado. La buscó por los alrededores, alerta a cualquier indicio de algún ataque de animal o de que estuviera oculta en algún sitio por si cambiaba de parecer. Pero se había marchado.

Y ahora, en su lugar había otra mujer. Una mujer hermosa que lo deseaba. Una mujer hermosa a la que no deseaba. Una mujer hermosa que no era Mia.

—Lo que tú quieras —le respondió al fin. Tenía que asegurarse de que le diera la impresión de estar contenta al rey Nyr.

Arinborg se mordió un labio suculento, un gesto que en otro momento le hubiera hecho hervir la sangre. Se le acercó para rozarle el brazo con los senos, y tuvo que detenerse de hacerse a un lado.

¿Viviría así el resto de la vida? ¿Fingiendo sentirse atraído por ella cuando solo podía pensar en Mia? La idea le produjo dolor en todo el cuerpo. Se recordó su objetivo: vengarse del rey Nyr. Lo que ocurriera después no importaba. Pero si era honesto consigo mismo, ya no pensaba eso.

El *drakkar* llegó y, tras atracar, el rey Nyr descendió. Tenía unas pieles exquisitas alrededor de los hombros, y unas cadenas de oro y plata alrededor del cuello. Con una expresión impasible en el rostro, observaba a Hakon y Arinborg.

—Los veo felices y saludables, hijos —los saludó Nyr, y Hakon suprimió el impulso de arrojarle sobre el hombre y hacerlo añicos.

—Estamos felices y saludables, padre —le respondió Arinborg, y Nyr asintió con la cabeza antes de mirar a Hakon en busca de una bienvenida.

Hakon soltó el aliento. Tenía que ganar más tiempo. Luego acabaría con él. Eso era lo que había acordado con sus aliados: Hakon invitaría a Nyr a visitar a su hija y lo mataría mientras los otros *jarls* atacaban y saqueaban su aldea.

—Bienvenido. —Hizo un gesto para señalar la aldea y lo dejó pasar primero antes de comenzar a andar al lado de su hombro izquierdo.

—Confío en que todo salió bien durante la boda —señaló Nyr.

Arinborg caminaba al lado derecho y repuso:

—Aún no estamos casados, padre.

Nyr se detuvo en el borde del muelle de madera y la orilla rocosa.

—¿Cómo?

Pasó la mirada entre Hakon y Arinborg.

—¡No me digas que no lo quieres! —le gritó a Arinborg.

—Sí que lo quiero. —La princesa se sonrojó y bajó la mirada.

—Y entonces, ¿por qué no están casados?

—Me caí y me corté el tobillo con una piedra resbaladiza en un arroyo de camino a Lomdalen. La herida se puso mala, y me tuve que quedar en una aldea hasta que sanó. Como estaba débil y deliraba, no pude enviar a un mensajero. Llegué hace una semana.

Nyr se volvió hacia la aldea y siguió caminando mientras todos lo seguían.

—Necesito un cuerno de hidromiel. Por Odín, se deberían haber casado ni bien llegaste. ¿Por qué no lo hicieron?

Como Arinborg apretó los labios, pero no dijo nada, Hakon respondió:

—Porque ya estaba casado con alguien que se hizo pasar por tu hija, y Arinborg no estaba segura de querer casarse conmigo, pero la convencí.

Nyr se dio media vuelta con el abrigo de piel volando a su alrededor.

—¿Qué has dicho?

—Había una impostora, padre, pero ya se marchó.

—¿Te casaste con una impostora? —gritó Nyr—. ¿Cómo has podido hacer eso? ¿De verdad eres así de tonto, Hakon? No, no lo eres. Es la maldición, que atrae mala suerte, ¿no, Bestia?

Hakon gruñó. El insulto lo golpeó donde más le dolía. Lo embargó una rabia como una ola de fuego, y tomó la espada con la mano. Ya era suficiente.

Con un movimiento más liviano que una pluma, la punta de la espada se apoyó contra la garganta de Nyr. Los ojos del rey se abrieron llenos de sorpresa, y Arinborg soltó un jadeo al tiempo que los hombres de Hakon y de Nyr extraían sus armas.

—¿Qué haces, tonto? —escupió Nyr.

Con la furia rugiéndole por dentro, Hakon saboreó la dulce venganza en la punta de la espada. Por fin había llegado el momento.

—Algo que he querido hacer desde que mi padre me dijo la verdad. Matar al gusano que lo envenenó todo.

Al decir la palabra «envenenó», se acordó de las palabras de Mia: «Estás bebiendo el veneno de la venganza, y ni siquiera te das cuenta de que tú eres quien está muriendo».

Hakon apretó la espada. Podría asesinar al hombre. Con un poco de presión, acabaría con él. Pero ¿y luego qué? Lo más probable era que muriera luchando. Sus hombres también morirían, junto con las mujeres y los niños de la aldea. Después de todo lo que había hecho Mia para mantenerlos vivos. Y no podría ayudar a Mia o a su bebé.

Bebería el veneno. No era dulce, sino amargo. No quería seguir haciendo eso. Su madre había sacrificado su vida por amor a él. No estaba maldito. Estaba bendecido. Si lo hacía, si mataba al rey Nyr, ese sacrificio sería en vano, y acabaría convirtiendo esa bendición en una maldición con sus propias manos.

Porque su propósito estaba mal. Había creído que la venganza le devolvería la felicidad y el amor que había sentido cuando su madre aún estaba viva. Pero ahora veía que la venganza no le daría nada de eso. Mia, en cambio, sí. Y ahora se encontraba en grave peligro.

Quizás era una bestia, pero Mia lo había curado y había reparado la herida que tenía en el alma. Y ahora necesitaba salvar a la mujer que amaba de un verdadero monstruo.

—Pero no lo haré —concluyó.

Apartó la espada, pero no dejó de sostenerla en alto para que Nyr no considerara atacarlo. Hakon se retiró al bosque.

—No se te ocurra atacar la aldea, Nyr —le dijo.

—Oh, ¿y qué me detendrá?

—Mis aliados están saqueando tu aldea en este preciso momento.

El rostro de Nyr se puso pálido.

—¿Qué has dicho?

—Solo accedí a casarme con Arinborg para crear una distracción mientras hacía una alianza con tres *jarls* para asesinarte. Detendrán tu expansión, tomarán tus tierras, y uno de ellos será el siguiente rey. Será mejor que regreses a casa y rescates lo que puedas.

No había planeado decirle eso, pero era el único modo de prevenir que tanto él como sus guerreros atacaran la aldea. Además, Hakon sabía que Nyr llegaría demasiado tarde como para detener a sus aliados, por más que se marchara de inmediato.

—¿Qué decides, Nyr? ¿Lucharás con nosotros para perder tu reino y tu vida o regresarás a casa para intentar salvarlo todo?

Nyr hizo una mueca seguida de un gesto para que los hombres regresaran al barco. Luego se marchó a paso apurado.

—¡Padre! ¿Qué hay de mí? —gritó Arinborg.

—¡Ya has hecho suficiente! —Nyr se detuvo para mirarla—. Has fracasado con el único deber que tenía tu vida.

Tras decir eso, echó a correr hacia el barco.

—Acá no sufrirás ningún daño —le aseguró Hakon—. Quédate todo lo que desees, pero no me casaré contigo. Amo a otra persona.

Sin perder más tiempo, buscó a Torfi.

—Me marché para recuperar a Mia, la curandera que salvó a tu esposa y a tu hija de la tos convulsa. No sé cuándo o siquiera si regresaré. Estás a cargo durante mi ausencia. Si no regreso, considérate el siguiente *jarl*.

Le apretó el hombro, y Torfi asintió con la cabeza solemne.

Hakon echó a correr hacia el gran salón para tomar un hacha y el escudo y luego se dirigió hacia el bosque para buscar la piedra con las runas e ir en busca de la mujer a la que amaba más que a su propia vida.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Boston, 5 de septiembre de 2019

LA OSCURIDAD LO RODEABA. O, quizás, él era la oscuridad. Cuando colocó las manos sobre la superficie áspera, sintió como si la piedra lo succionara hacia el Helheim, enroscándolo como un huso, y luego había dejado de existir.

Volvió a nacer, excepto que no veía. ¿Qué era el pasado y qué era el presente? No lo sabía, pero por fin emergió. Lo primero que notó fue el extraño olor. Era algo acre, como si hubieran estado quemando aceite de ballena durante un largo tiempo. Nada olía a árboles, césped o tierra. Luego notó el sonido del agua salpicando maderas y piedras, algo que reconocería en cualquier sitio. Y oyó un profundo traqueteo, como si miles de tormentas eléctricas se hubieran desatado en simultáneo. Los sonidos de unos estrépitos, unas voces y una música le daban puntadas a la cabeza.

Luego recuperó la vista, y la luz lo cegó. El ambiente estaba cálido. Hacía calor. El suelo bajo sus pies radiaba calor como un horno de barro. En el aire se palpitaba la humedad del mar.

Estaba sentado y tenía las huellas de los dedos sobre una superficie de madera suave y cálida. Cuando los ojos se le adaptaron a la luz, se incorporó de un salto aferrando el hacha con la mano.

A todo su alrededor había casas de piedra. Eran unas edificaciones de color rojo oscuro, perfectamente cuadradas y tan altas como una montaña. Tenían unas ventanas de cristal cuadradas tan transparentes que parecía que no estaban allí. Hakon se encontraba sobre un suelo de piedras suaves del mismo tamaño. Al parecer, todo lo que lo rodeaba era de piedra.

Delante de él se encontraba un puerto cuadrado con varios muelles y muchísimos barcos. Estaban hechos de algo que parecía hierro blanco. Muchos de ellos no tenían mástiles y parecían gigantescos picos de pájaros.

Por Odín, el Padre de todo, Mia había dicho la verdad. Venía del futuro. Y ahora Hakon se encontraba allí, en el mundo que venía luego de Ragnarok.

Se le aceleró la respiración y miró alrededor en busca de alguna señal de peligro, de algún guerrero que pudiera creerlo un intruso o alguna bestia que pudiera querer atacarlo. Mantuvo la mano sobre el mango del hacha como advertencia. No llevó el arma en la mano, quería mostrar que había ido en paz. Había ido a buscar a su mujer.

Vio la gente que pasaba por allí o estaba sentada en los bancos de espaldas al agua. Hakon jamás había sentido ese calor y, por eso, no se le ocurrió cuestionarse por qué las mujeres

llevaban pantalones tan cortos y faldas que les dejaban las piernas al descubierto. Tenían túnicas estrechas alrededor del pecho y las cinturas. Los hombres llevaban unos pantalones a la altura de las rodillas, unas túnicas livianas con mangas que acababan en los hombros y unos zapatos que solo tenían suelas y unas tiras delgadas por encima de los dedos.

Como nadie parecía alterado por su presencia, enderezó los hombros, relajó la mano y miró alrededor intentando entender dónde podría encontrar a Mia. La gente lo miraba fijo mientras les pasaba por delante. Un hombre que tenía el brazo alrededor de los hombros de una mujer, se rio entre dientes y le dijo:

—Qué disfraz más refrescante, amigo.

Hakon lo miró con el ceño fruncido. No tenía sentido lo que le había dicho. Solo entendió que algo en él le parecía refrescante al hombre y, basándose en la risa, lo aprobaba. Hakon no estaba sorprendido. A decir verdad, él también hubiera aprobado cualquier cosa refrescante en ese calor.

La gente que estaba sentada sobre los bancos miraba unos cuadrados negros que sostenían en las manos, y algunos lo apuntaban con ellos. Sintiendo el peligro, extrajo el hacha, listo para atacar, pero nadie se lanzó contra él. Todo lo contrario, la gente parecía relajada y discutía algo mientras lo miraban. Algunos le sonreían. Sostenían esos objetos extraños que no parecían armas, sino escudos y le apuntaban las partes planas a él. Parecían de lo más entretenidos.

Debía de parecerles extraño con el abrigo de lobo, los pantalones holgados y la larga túnica de lino. O, quizás, el entretenimiento tenía algo que ver con lo que tenía de refrescante. Pero no importaba. No había ido allí por ellos. Había ido en busca de Mia.

Si Dan la tenía, tenía que encontrarlo primero. Pero ¿dónde? La boca se le secó como las piedras sobre las que se encontraba de pie. La preocupación le hizo dar un vuelco al estómago como un pez de agua profunda.

De repente, recordó algo que le había dicho Mia: Dan le había puesto su nombre a un barco y administraba sus negocios a bordo, quizás como el rey de su barco, pensó Hakon. Tenía que encontrar un barco con el nombre de Mia. Miró alrededor del puerto. ¿Cómo iba a saber cómo se llamaba un barco? Pero de repente, reparó en las extrañas runas sobre los barcos. Y comprendió lo que decían: Joy, Adrianna, Sunet, Emily y Boston.

¡Boston! Mia había mencionado que vivía en un sitio que se llamaba Boston. Estaba en el lugar indicado.

Se dio la vuelta y vio a un anciano con la cabeza calva y unos círculos de vidrio en la nariz que lo observaba con cautela.

—¡Buen hombre! —lo saludó Hakon y cerró la boca de golpe. Estaba hablando un idioma que desconocía. La sensación en los músculos del mentón y de la lengua que se movían de otra manera era como ponerse la armadura de otra persona. No le encajaba del todo. ¿Mia sentiría lo mismo cuando hablaba su idioma? Volvió la atención al hombre que se encontraba delante de él. —¿Dónde puedo encontrar un barco que se llama Mia?

El hombre dio un paso hacia atrás con los ojos abiertos de par en par y alzando las manos.

—No tengo dinero, no te puedo dar dinero por la actuación.

Hakon frunció el ceño.

—No necesito dinero. Solo quiero encontrar el barco Mia.

El hombre miró hacia la derecha de Hakon y señaló algo.

—¿No es ese?

A Hakon le dio un vuelco el estómago y siguió la dirección en la que señalaba el hombre con la esperanza de que ver a Mia parada por allí de milagro. Pero no la vio. Detrás de la casa

comunal más alta y gruesa que había visto en toda su vida, hecha con los mismos ladrillos rojos oscuros que el resto de las edificaciones, había otro puerto igual a ese. Y allí, vio la suave carcasa blanca de un bote gigante. Y, en el lateral, tres runas: M I A.

La magia de la norna en la piedra lo había enviado al sitio indicado. La furia que siempre había sido su amiga en el campo de batalla comenzó a hervirle en la sangre.

Dejó al hombre y caminó por el muelle de piedra. El rugido se fue intensificando, y entre las casas gigantescas vio algo que lo hizo detenerse en seco: unos carruajes de hierro con tejados que se movían a toda velocidad, incluso más rápido que un caballo. Pero ¿qué era esa extraña magia?

Hakon apretó la mandíbula. Era un guerrero. Había visto a la muerte a los ojos en incontables ocasiones, pero, sin embargo, todas esas cosas que no podía explicar le producían gran temor.

Mia debió de haber sentido eso al llegar a su mundo sin ninguna explicación, ningún motivo y ningún conocimiento de dónde se encontraba o si la siguiente persona que se cruzara sería un amigo o enemigo. Y encima estaba embarazada. Debió de haber estado aterrorizada cuando la arrojó sobre el caballo y le dijo que estaba allí para casarse con él.

Y hasta había considerado quedarse. Debió amarlo de verdad. Hakon aceleró el paso. El barco Mia era lo único que veía; no había ningún carruaje milagroso, ni casa con ventana, ni bote sin mástil, ni velas que pudiera distraerlo de recuperarla. En especial si necesitaba ayuda.

Atravesó una puerta de hierro con unas runas que decían «Marina», siguió recorriendo una rampa de hierro que conducía a varios embarcaderos de madera en los que había muchos botes anclados. Aceleró el paso hacia el bote que se encontraba en el extremo.

Había una pequeña rampa para subir a bordo y, en cuanto puso un pie sobre ella, un hombre con una delgada chaqueta negra y unos pantalones negros apareció en el umbral. Hasta donde Hakon podía ver, iba desarmado.

—¿Quién eres? —le preguntó el hombre.

Debía de ser un centinela. Hakon sabía que, si tenían carruajes que se movían rápido y botes de hierro, lo más probable era que las armas fueran igual de sorprendentes y eficaces. Tenía que proceder con cautela.

—Soy algo refrescante, amigo —le dijo, y las palabras le sonaron mágicas. Una sonrisa de sorpresa asomó al rostro del hombre, que recorrió a Hakon de arriba abajo y se relajó un poco. La gente del futuro apreciaba la frescura.

—¿Ah, sí? —le preguntó el hombre—. ¿Te está esperando el jefe? ¿O Mia contrató a un animador? Desde que la encontramos, ha estado leyendo mucho acerca de los vikingos.

Hakon apretó los puños y soltó un gruñido por lo bajo. Se le debió de haber transformado el rostro, porque el centinela frunció el ceño y adoptó una expresión de cautela.

—Ya veo que te estás metiendo en el personaje. Aguarda, le preguntaré al jefe.

—No hay necesidad, amigo. Querrán que los sorprenda —le aseguró Hakon.

—No. Aguarda. ¡Oye, Mia! —la llamó—. ¡Mia!

—¿Qué sucede, Carl? —Hakon oyó una amortiguada voz masculina desde el interior.

—¿Jefe? ¿Ha contratado a un actor vikingo?

—¡Qué gracioso! —Exclamó la voz de Mia, y a Hakon se le aceleró el corazón que no había sentido latir desde que se marchó.

—Si es así, ha llegado.

—¿Qué?

—Ha llegado, el vikingo. Se ve de lo más real. ¿Lo dejas entrar?

Hakon oyó pasos y estrépitos metálicos. Luego su rostro apareció en la entrada de lo que parecía una pequeña casa a bordo del bote. Se quedó sin aliento, el mundo se desvaneció y lo

único que pudo ver fue a ella. Eso era todo. Ahora sabía por qué la norna se la había enviado a pesar de que los separaban más de mil años.

Porque era una curandera, y las partes de su corazón y de su alma que estaban rotas, solitarias y rechazadas comenzaron a sanar. Si moría ese día defendiéndola o si lo rechazaba, todo habría valido la pena por volver a verla una vez más.

A Mia se le agrandaron los ojos de la conmoción, y Hakon vio ternura y temor en sus ojos. Echó un vistazo hacia abajo.

—¡Ya regreso, Dan! —exclamó antes de salir.

Tenía puesto un vestido liviano que flotaba y bailaba a su alrededor; era similar al que había tenido puesto cuando la encontró al lado de la piedra con las runas. El vientre le había crecido un poco más, y se veía hermosa y delicada. Hakon quería tomarla en sus brazos y enterrarle el rostro en el cabello.

Avanzó hacia él.

—Está bien, Carl —le dijo.

—¿Quién es, Mia? —preguntó una voz masculina desde el interior del bote, y Hakon oyó pasos.

—Ponte detrás de mí, Mia —le ordenó Hakon estirando el brazo, pero ella seguía en el barco y ni siquiera había pasado por delante de Carl.

El centinela probablemente tuvo la sensación de que algo no iba bien y se apoyó la mano sobre la apertura de la chaqueta al tiempo que Hakon apoyaba la suya sobre el mango del hacha.

Un hombre apareció detrás de Mia, y todo el mundo se detuvo. Llevaba una chaqueta y unos pantalones similares a los de Carl, pero de color gris. Era alto, de cabello oscuro y, detrás de una máscara de amabilidad, lo miraba lleno de peligro.

Había visto esa mirada en los ojos de pocos hombres. La había visto en los del rey Nyr. Eran los ojos de un hombre que no se detendría ante nada para conseguir lo que quería. Y, cuando se posaron sobre Hakon, se le tensó un músculo de la mejilla y apretó el hacha.

El hombre lo miró a los ojos y apretó los dedos contra el antebrazo de Mia antes de jalarla hacia él. A Hakon le dio un vuelco el estómago.

—¿Quién es este, Mia? —le preguntó el hombre que ahora supuso que era Dan.

—Soy Hakon, la Bestia —le respondió—. Y he venido a buscar a mi esposa.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Mia se quedó sin aire en los pulmones. Hakon había ido por ella, había viajado en el tiempo para llevarla a casa. La había perdonado.

Cada célula de su cuerpo cobró vida con unas chispas de alegría. Volver a ver a Hakon era un milagro. Verlo allí, en Boston, en 2019, era aún más desconcertante que haber viajado en el tiempo.

—¿Te has casado? —Dan se volvió hacia Mia y le mató la alegría con el rostro carente de expresión—. ¿Con él?

Entre ella y el hombre que amaba se encontraba el que la había capturado. Mia asintió con la cabeza, y el rostro de Dan se convirtió en una fría máscara de piedra. Un agua gélida le invadió las venas a Mia. Los hombres de Dan la habían encontrado luego de que apareciera en su departamento y la habían llevado de vuelta con él. Pero lo más curioso de todo era que Dan le tenía miedo desde que había desaparecido delante de sus propios ojos. En una ocasión le había preguntado si era una bruja y, como ella no le había dado ninguna explicación, se había vuelto más cauteloso. No la había tocado ni le había dicho ni una sola palabra irrespetuosa. Esa era la primera vez que la tocaba desde su regreso.

—Por favor, entra, Hakon —lo invitó Dan e hizo un gesto para que entrara.

A Mia se le puso el cuello rígido. ¡No!

—No, he venido por mi esposa y me la llevaré conmigo.

Dan jaló de Mia para acercársela y la hizo estremecer. Tenía el cañón frío de su arma apretada contra las costillas, y toda la sangre le abandonó el rostro. Hakon frunció el ceño, y entrecerró los ojos que se le fueron oscureciendo hasta adoptar un tono ámbar que le daba el aspecto de un lobo en plena caza.

—No saquemos los trapos al sol aquí —dijo Dan—. Ven dentro.

Hakon asintió la cabeza y caminó por la rampa para subir a bordo del barco. A Mia se le redujeron las rodillas a gelatina al observarlo adentrarse solo en territorio enemigo. Era una trampa. ¿Qué podría hacer su hacha y su espada contra una pistola?

Carl se enderezó, pero siguió a Hakon con la mirada. Mia conocía demasiado bien el precio de esa atención. Carl parecía un tonto, pero no dudaría a la hora de proteger a su jefe al costo de la vida de otro hombre. A Mia se le congelaron los pies a pesar de que hacía un día cálido.

Dan hizo un gesto para que Hakon entrara en la cabina y bajara una planta hasta donde se encontraban las habitaciones y el estudio. Cuando entraron en el estudio de Dan, el olor a madera pulida los envolvió. Había un gigantesco escritorio de caoba contra una pared lejana, junto a una silla de cuero enorme. A la derecha, había una mesa de conferencia con ocho sillas. Y contra la pared a la izquierda, un sofá de cuero. Una alfombra persa daba la impresión de riqueza y buen

gusto.

Dan cerró la puerta a sus espaldas, sin dejar de sujetar el brazo de Mia y le apuntó el arma a Hakon. A Mia le temblaron las manos mientras Hakon estudiaba el arma con una expresión de entretenimiento en el rostro y probablemente pensaba cuánto daño podría hacer ese objeto tan pequeño. Sin embargo, debió de haber sentido algún tipo de peligro porque se llevó la mano al mango del hacha.

—No, amigo —le advirtió Dan. A Mia se le cerró la garganta. Conocía muy bien ese tono. Dan les hablaba así a los empleados cuando habían hecho algo mal. Y Mia jamás volvía a verlos —. Dudo de que sean reales, pero mantén las manos alejadas de esos juguetes vikingos.

Caminó hasta la mesa arrastrando a Mia a sus espaldas, se sentó contra el borde y estiró las piernas para cruzar los tobillos.

Hakon miró a Mia a los ojos. Mia vio un brillo de amor en ellos y por fin comenzó a entrar en calor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí. —Logró sonreírle para tranquilizarlo—. No deberías haber venido.

—¿Y el bebé?

El rostro de Dan se puso furioso.

—El bebé es asunto mío. Es mi hijo.

El rostro de Hakon perdió toda la ternura antes de que se volviera a Dan con una mirada de acero.

—Puede ser, pero de todos modos es mío.

Dan apretó el mentón recién afeitado.

—¿Y quién diablos eres en concreto, Hakon, la Bestia? ¿Eres un luchador? ¿Un estríper? ¿El doble de riesgo de Jason Momoa?

Hakon miró a Mia.

—¿Cuánto sabe?

—Nada —le respondió.

Asintió con la cabeza y volvió la atención hacia Dan, que los miraba a los dos confundido y furioso.

—Soy alguien de quien deberías estar aterrorizado —le respondió. Miró a Dan con un fuego frío en los ojos, y Mia sintió un escalofrío. Por primera vez, vio por qué a Hakon lo apodaban la Bestia. No le hubiera gustado ser la receptora de esa mirada.

—¿Aterrorizado de ti? —Dan se puso de pie y soltó a Mia, que se alejó de él—. No vienes a mi barco y me amenazas. ¿Sabes quién soy?

—Sí, eres el vello del trasero sudado de Loki. Eres los desechos de un trol de bosque que acaba de comer un cuerpo putrefacto. Eres las vísceras que hasta los cerdos vomitan.

El rostro de Dan se estaba sonrosando, y a Mia le temblaron las manos. Cuanto más se enfadaba Dan, más impredecible era.

—Ningún hombre debería ponerle una mano encima a una mujer —continuó Hakon—. Ningún hombre debería hacerla sufrir. Pero tú lo has hecho, de modo que no eres un hombre.

Dan estaba temblando, tenía los ojos entrecerrados y las comisuras de la boca curvadas hacia abajo. Mia se clavó las uñas en las palmas. «Sobreviviremos a esto, corazón. No permitiré que le ocurra nada malo a tu padre». Pero no se refería a Dan.

—Pedazo de porquería —gruñó Dan apuntándole el arma a Hakon.

Mia dio un paso hacia él con las manos temblorosas.

—¡No, Dan! ¡No lo hagas!

—Mia, mantente al margen. —Hakon tenía la mano apoyada en el mango del hacha—. ¿Quieres que lo mate?

—¿Qué? ¡No! De ninguna manera.

Hakon asintió con la cabeza.

—Como deseas. —Luego se volvió hacia Dan—. Te mereces morir mil veces por cada vez que le provocaste dolor. Pero no te mataré si ella no quiere, así que resolvamos esto de manera pacífica. Mia vendrá conmigo hoy. ¿Qué quieres para dejarla ir?

Dan curvó el labio superior y le dedicó su mueca de predador. Mia no podía respirar. Eso no acabaría de manera pacífica. Hakon estaba enfadando a Dan cada vez más y no sabía de qué era capaz.

—Deliras si crees que dejaré que la madre de mi hijo se marche —le aseguró Dan.

—¿Qué quieres? Dudo que sea un tesoro, al parecer tienes suficientes riquezas.

Dan apretó la boca en una línea delgada.

—Quiero a mi hijo y a mi mujer. O te largas o te mato.

Hakon arqueó una ceja y clavó la mirada en el arma.

—¿Con eso?

«¡Ay, no! ¡Va a lograr que lo mate!». La preocupación fría que se le había enredado en el estómago explotó y le llenó las venas de agua gélida.

—¡Hakon, tiene una pistola! —exclamó—. Dispara balas. Es mortal. Márchate. Regresa antes de que haga algo.

Hakon frunció el ceño y contempló la pistola antes de extraer el hacha del cinturón.

—Bájala o te disparo —le advirtió Dan.

—Inténtalo —repuso Hakon y salió disparado contra las piernas de Dan.

El disparo del arma generó un sonido ensordecedor. Mia gritó. El terror se apoderó de su cuerpo como un puño de acero. Hakon abrazó las piernas de Dan y lo empujó. Dan se cayó, y sonó otro disparo seguido de un olor acre y químico. Hakon apretó el arma de Dan contra el suelo. Con la otra mano, le apretó la hoja del hacha contra la garganta.

—Si no la dejas ir de manera pacífica, lo harás por las malas. Mia, vete.

—No tan rápido. —Dan giró el brazo con el arma. De pronto, el cañón apuntaba a Mia. El suelo se movió bajo sus pies, y se cubrió el vientre con las manos.

—No lo harás —le dijo Hakon.

Claro que lo haría. Era capaz de cualquier cosa con tal de salvarse.

—Un movimiento, y le disparo —advirtió Dan con la voz ronca.

Un gemido bajo se le escapó de la garganta.

—Ponte de pie despacio —le instruyó Dan.

Hakon obedeció, se puso de pie y se apartó. A Mia se le llenó la boca de un sabor agrio al tiempo que Dan también se ponía de pie.

—Ahora apoya el hacha y la espada sobre el suelo y patéalos hacia mí.

Hakon obedeció. Las armas salieron volando sobre la alfombra hasta los pies de Dan y aterrizaron a dos pasos de Mia, que intentaba tragar la piedra que tenía atravesada en la garganta.

Dan le apuntó el arma a Hakon, y todo quedó congelado. Mia supo entonces que todo había acabado. Dan mataría a Hakon. Era malo que le hubiera arrebatado la libertad de trabajar como doctora, y la oportunidad de que su bebé creciera como un miembro normal de la sociedad y no como parte del mundo criminal. Pero ahora estaba a punto de arrebatarse al hombre que amaba.

Durante toda su vida, había estado siguiendo los caprichos de los hombres: primero, su padre, luego, Dan... Y Hakon también al comienzo. ¡Ya era suficiente! Un gemido de ira le

nació del vientre como una pared de fuego. No permitiría que el hombre que le había arruinado la vida le arrebatara la única oportunidad de ser feliz.

Se arrodilló y tomó la espada de Hakon. Era pesada. Demasiado pesada. Pero la ira le infundió más fuerza de la que sabía que tenía. Quizás eran los años de furia de batalla que había bebido la espada, pero sintió que le vibró ligeramente en las manos. O quizás era la furia que le provenía del interior, pero los brazos se le llenaron de fuerza y la adrenalina le circuló por las venas como la electricidad a través de los cables.

Su cuerpo tomó el control. Sabía qué hacer, como si algo ancestral en su sangre la impulsara a proteger a sus seres queridos. Cada célula en su cuerpo le gritaba: «¡Ya basta!». Ya basta de tiranos, de abusos y de permitir que un hombre le arrebatara las cosas que más quería. La pierna adoptó una postura fuerte y los brazos le apuntaron la espada contra la espalda de Dan.

Mia acababa de abrir la boca para ordenarle a Dan que soltara el arma, cuando Hakon se lanzó hacia adelante como un relámpago gigante de piel y hombre. Dan se tambaleó y dio un salto hacia atrás. La pistola se disparó en su mano con un destello intenso de fuego y humo. Mia cerró los ojos al tiempo que saltaba hacia atrás del repentino impacto. Pero no se cayó.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio sangre. Era la sangre de Dan que manchaba la espada que tenía enterrada en la espalda, a la altura del corazón.

Dan soltó un aullido con los ojos abiertos de par en par y reflejando perplejidad mientras la miraba. Movié la boca sin emitir ningún sonido y agitó los brazos en el aire para intentar sujetarla. Pero el corazón le estaba fallando. Puso los ojos en blanco y se desplomó sobre su estómago sin vida.

A Mia el aliento le salió agitado y sintió el cuerpo entumecido. Debería sentir arrepentimiento. Debería sentir culpa. Acababa de matar a un hombre.

Pero en lugar de eso, tenía más espacio en el pecho para respirar. Le habían quitado un peso de los hombros, y el tornillo de banco que siempre había sentido que le apretaba el estómago había desaparecido. Recordó todas las ocasiones en que la había golpeado, cada vez que había salido volando contra una pared por sus puños y la noche en que la tomó en contra de su voluntad... el recuerdo más doloroso de todos.

Pero ya se había acabado. Era libre. ¿Acaso los vikingos se sentían de ese modo al matar a sus enemigos? Hakon la estudiaba con una ternura que hizo que el corazón le diera un vuelco. También se sostenía el hombro.

—Oh, cielos, ¿te encuentras bien? —Se apresuró a su lado, le apartó la mano del hombro y la envolvió en un abrazo de oso que la llenó de calor.

—Solo es un rasguño. Estoy orgulloso de ti, valquiria —le susurró contra el cabello antes de mirarla a los ojos—. Eres una verdadera vikinga.

Mia le sonrió y luego miró el cuerpo sin vida de Dan.

—Tenemos que largarnos de aquí.

—Sí, vamos a casa.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—¿Cómo hacemos para encontrar a la norna? —preguntó Hakon contra el cabello de Mia.

Su aroma era como miel contra las fosas nasales y podría hundirse en él hasta embriagarse. La tenía en sus brazos, sentía su vientre redondeado apretado contra el estómago y su cuerpo cálido.

—Cielos, te eché mucho de menos —le susurró Mia al tiempo que inhalaba la esencia de su túnica.

—No podía respirar sin ti.

Mia alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Gracias por haber venido por mí.

—Iría a buscarte hasta lo más profundo del Helheim.

Mia le sonrió.

—Creo que lo acabas de hacer.

—Morí mil muertes cuando tomaste esa espada. Una curandera, una madre y ahora una guerrera...

Tenía el corazón tan lleno de amor por ella que lo sintió más grande que Midgard.

—Y tuya —le dijo antes de besarla y llevarla a un mundo de felicidad, magia y dulzura.

Quería que ese momento durara toda una eternidad, pero no podía ser. Mia se apartó con cautela y con el pecho agitado.

—Me encantaría retomar esto pronto, pero debemos marcharnos —le dijo. Miró hacia atrás, donde yacía el cuerpo de Dan y se apartó de los brazos de Hakon, que sintió un aguijonazo de desilusión—. No sé dónde podemos encontrar a la norna, pero sé que no podemos quedarnos aquí mucho más. El estudio de Dan está insonorizado, pero Carl podría venir en cualquier momento a ver qué está ocurriendo. Además, a pesar de que esa mañana estaba solo, eso no es normal. Más guardias podrían llegar pronto. Tenemos que estar lo más lejos posible de aquí para cuando lo encuentren.

Hakon asintió con la cabeza, caminó hacia el cuerpo de Dan y le extrajo la espada. Limpió la sangre con la chaqueta de Dan y tomó el hacha. Mia abrió la puerta y echó un vistazo hacia el exterior. Luego se volvió a mirarlo con las cejas arqueadas.

—No tenemos que buscar a la norna. Ya está aquí.

Hakon frunció el ceño al tiempo que se le congelaba la sangre en las venas. Estaba a punto de conocer a una de las normas, que conocían los destinos de todas las personas, todos los dioses y todas las criaturas de todos los nueve mundos de Yggdrasil. Hasta Odín estaba a la merced de ellas. Las nornas habían predicho el Ragnarok, el fin del mundo.

Jamás había oído de nadie que hubiera conocido a una norna, además de Mia, ni siquiera en

las leyendas, pero ahora estaba a punto de conocer a uno de esos seres poderosos y místicos. Su destino estaba en sus manos. ¿Lo enviaría de regreso? ¿Le diría que su destino yacía allí, en el futuro? ¿Le arrebataría la vida?

Fuera cual fuese el destino de Hakon y el de ellos dos, se enfrentaría a él como siempre se había adentrado en cada batalla y como siempre había vivido su vida: con la cabeza en alto. Hakon enderezó los hombros y siguió a Mia a través de la puerta.

En el fondo de las escaleras había una pequeña anciana sentada. Llevaba puestas prendas del futuro y tejía con una sonrisa serena. Como si no hubiera un cuerpo sin vida en la habitación contigua. Como si no hubiera un centinela arriba. Como si no hubiera ningún peligro de guardias que podían ir tras ellos en cualquier momento.

Hakon se detuvo al lado de Mia, que se encontraba de pie al lado de las escaleras y observaba a la mujer. Sin mirarlo, le tomó una mano y se la apretó. El corazón le latió más tranquilo.

—Oh. —La norna pasó la mirada entre los dos con curiosidad—. La pareja supuestamente casada. Me gusta la rica complejidad de su historia. Lo han hecho bien.

—¿Nos puede enviar de regreso? —le preguntó Hakon.

La norna dejó de tejer, se puso de pie y avanzó hasta él. Cuando los ojos celestes y atemporales lo miraron, sintió un escalofrío. Era una sensación familiar. La conocía del campo de batalla, cuando el destino había saturado el aire, la sentía en la esencia de la sangre, en el destello de acero, en el sonido de la carne perforada y los huesos rotos. Cada momento, cada aliento y cada paso determinaban si viviría o moriría.

Eso es lo que vio en sus ojos. Un sinfín de nacimientos y muertes. Guerras, el ascenso y la caída de reyes, descubrimientos de nuevas tierras, nuevos mundos y nuevas criaturas. Vio felicidad y tristeza. Amor e indiferencia. Valentía y cobardía. Vio su destino.



—LOS PUEDO ENVIAR de regreso —repuso la norna.

Un colibrí aleteó las alas donde yacía el corazón de Mia. De regreso...

Desde que había viajado en el tiempo al pasado, la vida se le había llenado de milagros. Ese día era el remate. Hakon había viajado en el tiempo para ir a buscarla. La amaba, la perdonaba y la quería. Y por fin se había plantado ante Dan y era libre.

Enderezó los hombros y la tensión se le evaporó. Cada célula del cuerpo estaba llena de energía. «Soy suficiente», cantaba una voz en su cabeza.

Mia recordó a su madre, su obediencia y su docilidad. Deseó poder haberle dado el regalo de la fuerza y la independencia que radiaban de su interior como una bola de luz cálida y destellante. Y con eso llenar los huecos en el alma de su madre, llenar las células con la energía y el amor que le habían faltado. Porque Mia era suficiente. Era suficiente para ella y para su bebé. No permitiría que nadie dictaminara cómo debían vivir su vida ni ella ni su hijo. Ella misma tomaría todas las decisiones.

De pronto, supo que su vida no se encontraba en la época vikinga. Si iba a determinar la vida de ella y de su bebé, no lo haría sin acceso a medicina moderna y seguridad. Un dolor le explotó en el pecho, en el vientre y en cada parte de su ser. Porque eso quería decir que viviría sin Hakon.

La norna se volvió hacia Mia, y la anciana dulce que había conocido por primera vez en la cafetería del hospital ahora parecía otra persona. Otra cosa. Algo que le producía un estremecimiento en todo el cuerpo: el destino, pero no el suyo.

—¿Quieres ir? —le preguntó la norna. Revolvió la bolsa y extrajo el huso dorado. Hakon inhaló profundo.

—Nunca creí que iba a ver el huso dorado con mis propios ojos —comentó con la voz baja y solemne.

Mia se volvió hacia él. Las palabras que estaba a punto de decir le supieron amargas en la lengua.

—No iré contigo, Hakon.

Su rostro... El cambio en él le hizo eco en el interior como si la espada con la que había matado a Dan le hubiera cortado el corazón en dos. La felicidad, la alegría y la maravilla dieron paso a expresiones de pérdida y desesperación.

—¿Qué has dicho? —le preguntó con la voz ronca.

Mia se escurrió las manos.

—Lo siento. Debo quedarme en mi época. No puedo vivir en la época vikinga.

—Pero dijiste que querías estar conmigo...

Mia no podía respirar. Un puño le apretaba los pulmones y se los retorecía.

—Estaba equivocada. Ahora que estoy libre de Dan, por primera vez en mi vida siento que soy mi verdadero yo. El yo que siempre debí de ser. La persona que siempre debí ser. Por fin puedo vivir mi vida. Puedo darle a mi bebé el mejor futuro posible. Solo para nosotros dos. Quiero terminar mi residencia. Quiero convertirme en médica. Quiero criarlo con amor, seguridad y prosperidad.

—Yo te puedo ofrecer todo eso. Yo te protegeré, aunque no necesitas demasiada protección. Yo te daré más riquezas de las que puedes imaginar. Y ya sabes que nadie te amará ni a ti ni a tu hijo más que yo.

Mia sentía que le desgarraban el alma.

—Ya lo sé. —Le tomó las manos entre las suyas e intentó sostenérselas durante un largo tiempo, pero luego las soltó. Mia dio un paso hacia atrás, y un abismo se abrió entre ellos—. Pero el amor no lo es todo, y acabo de recuperar mi independencia. Necesito pensar en mi vida... en nuestra vida. —Se colocó una mano sobre el vientre y sintió una patada.

Hakon inhaló sin aliento como si no pudiera obtener suficiente oxígeno. Sin mirar a la norna, le estiró la mano.

—Envíeme de regreso. Ahora. Antes de que empiece a rogarle o me la lleve por la fuerza.

Mia miró a la norna, que tenía la misma expresión curiosa y entretenida y una semisonrisa en los labios, como si la vida de Mia y Hakon no acabara de terminar.

—Es una elección interesante, Mia —comentó la norna—. Como deseas, Hakon.

Cuando Hakon colocó la mano sobre el huso que tenía en la palma, Mia estiró la suya como para intentar detenerlo, pero la imagen de él ya comenzaba a evaporarse como el humo. Todo el cuerpo le dolía como si la estuvieran golpeando con miles de martillos. Se miraron a los ojos y, a pesar de que acababa de ponerle fin a su felicidad, Hakon tenía la mirada llena de ternura y no la despegaba de la de ella.

—Te amo —le dijo sin emitir sonido alguno.

Y luego se marchó.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

D enver, 18 de octubre de 2019

MIA SE BAMBOLEÓ despacio en la entrada de auto iluminada por el sol delante de la casa con las bolsas de provisiones en los brazos. Era una tarde fría de octubre, y le salían nubes de vapor de la boca.

Las Montañas Rocosas se veían hermosas en el horizonte; eran altas, blancas y encantadoras. Verlas hacía que el corazón se le detuviera al recordar a las otras montañas, donde había sido realmente feliz por primera vez en la vida.

Mia se dio vuelta y abrió la puerta. Había vivido en esa casa durante unas seis semanas, y el olor a muebles viejos aún pendía en el aire. Había arrendado la casa amueblada y era obvio que nadie había estado viviendo allí antes de que se mudara. También era obvio que los arrendatarios anteriores habían sido ancianos.

Colocó la comida sobre la mesada de la cocina y se detuvo durante un segundo para apoyar las manos sobre la superficie mientras bajaba el mentón al pecho. Se observó el vientre, que le había crecido y se veía hermoso y redondeado hacia el final del segundo trimestre. Recordó a Hakon acariciándolo, y el dolor y la pérdida la arrasaron como un tsunami que la dejó sin aire, la ensordeció y la cegó con una negrura que se lo podría haber tragado todo.

Se obligó a inspirar y exhalar y contó hasta cuatro. Poco a poco, la oscuridad la soltó y pudo mirar alrededor y asimilar la normalidad. La cocina vieja de color marrón, la nevera que siempre había oído a pesar de lo mucho que la había limpiado, el lazo amarillo de las cortinas en la ventana.

¿Acaso eso era mejor que el calor en el hogar del gran salón de Hakon, el aroma al estofado recién hecho, el canto de las mujeres que tejían con lana y hacían velas? ¿Era mejor que sentir los brazos fuertes de Hakon alrededor de ella, el corazón latiéndole contra la palma, la voz rica y baja diciéndole que la amaba?

Mia negó con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas. No. No hacía falta que se arrepintiera de algo. Había escogido eso. Había sabido que tendría que pasar desapercibida, adoptar una nueva vida con un nombre falso, irónicamente, por segunda vez en su vida, pero en esta ocasión sería para siempre. Había sabido que tendría que renunciar a la idea del amor. Había sabido que jamás sería una mujer feliz en toda su vida. Ningún hombre podría hacerla feliz. Solo Hakon podría.

Cuando Hakon había regresado a su época, la norna le había asegurado que Carl no repararía en ella, pero que debía darse prisa si quería escapar. Mia no había aguardado ni un solo momento. Se había apresurado a su viejo apartamento, donde tenía dinero y la identidad falsa que había preparado cuando había querido escapar de Dan en junio.

Por temor a dejar demasiados rastros, no había tomado un vuelo. Había comprado un coche de segunda mano en los suburbios de Boston y se había marchado con la mente en blanco, los nervios entumecidos y los dedos temblando.

Acababa de empezar una residencia en la universidad de Colorado, y el trabajo era un bienvenido tornado de actividad que le consumía todos los pensamientos, la energía y la atención de la herida pulsante y al descubierto que tenía en el pecho.

Mia soltó el aliento, se secó las lágrimas y enderezó la espalda. Tenía hambre, como siempre desde que había comenzado su segundo trimestre. Tenía que cocinar algo para mantener al bebé saludable.

Haría tacos de pescado. Los comería sola, como todas las cenas que había tenido en el transcurso de los últimos dos meses, con la televisión encendida para mantenerse acompañada. Esas eran las alegrías de la vida moderna.

«Tú lo has escogido», se recordó mientras clavaba un cuchillo en el envoltorio de plástico del bacalao congelado. «Querías tomar control de tu vida. Ahí lo tienes. Esta es tu vida. Disfrútala. Podrías haber ido con él», le dijo otra parte. «Él te quería. Viajó en el tiempo y lo arriesgó todo por ti».

Lo había arriesgado todo... y ella lo había rechazado. Se había quedado, y él no había intentado controlarla. Había respetado la decisión por más que le doliera por dentro.

Mia extrajo el pescado del papel, y los filetes congelados le quemaron los dedos mientras los colocaba sobre el plato para descongelarlos en el microondas. Hakon la amaba demasiado como para encerrarla en otra jaula. Aunque de más estaba decir que no se lo hubiera permitido. Hakon prefería ser infeliz toda su vida que obligarla a estar con él. Pero quería estar con él tanto... Era imposible. Había tomado una decisión. Lo hacía por su bebé.

Durante el último ultrasonido, le habían confirmado que iba a tener un niño. Se había imaginado la vida que tendrían: Mia estaría cansada y se obligaría a seguir sonriendo y a concentrarse en su hijo como si fuera la única alegría en su vida. Sería mitad humana, mitad herida abierta. Quería la mejor vida para su hijo.

Pero ¿ver a su madre en ese estado sería lo mejor para él? Crecer y aprender que la vida era sacrificio y que la seguridad era lo más importante. Pero ¿de verdad pensaba eso? Mia había creído que estaba tomando el control de su vida, pero no era control, ¿verdad? Era miseria.

Contuvo el aliento al tiempo que se le ocurría una idea. ¿Por qué asumía que tenía que elegir una cosa o la otra? La esperanza le produjo un cosquilleo en los dedos de las manos y los pies, como si unos petardos le hubieran estallado en los brazos y las piernas.

«No, no tengas esperanzas. Puede que no funcione». Pero si no funcionaba, encontraría otra manera.

Tomó las llaves del coche y una bolsa de mini zanahorias peladas y salió por la puerta principal dejando el pescado que había metido en el microondas en el olvido.

Contuvo el aliento en la garganta y susurró:

—Voy en camino, Hakon.



POR SUPUESTO que la norna no estaba en la cafetería del hospital de la universidad de Colorado.

La desesperación la embargó al comprender que la norna no se lo pondría nada fácil. Había rechazado la única oportunidad de viajar en el tiempo. Quizás no se le presentaría otra. Pasó una desgarradora semana entera, y Mia no estaba ni remotamente cerca de encontrar a la norna.

De repente, una noche, Mia abrió la puerta del coche y casi se cae al suelo al ver a alguien sentado en el asiento del copiloto. Mia se sobresaltó y se apoyó las manos en el pecho.

—¡Ay, por Dios! —exclamó mientras se acomodaba en el asiento del conductor y fulminaba a la norna con la mirada—. Estoy embarazada, por todos los cielos. ¿No podrías haber esperado al lado del coche?

La norna se rio. Era extraño ver a un ser que determinaba el destino de los dioses y las personas riéndose. Mia no sabía si ocurría a menudo, pero la risa le resultó dulce, un poco infantil, pura y llena de alegría. La anciana casi soltó un resoplido.

—Ay, humanos... —La norna se secó un ojo y soltó las últimas carcajadas—. Son adorables. Pero, en fin, me estabas buscando. Pensé en ahorrarte algo de tiempo considerando tu situación —le dijo mirando el vientre prominente de Mia—. ¿Qué tienes en mente?

Mia exhaló. Se había preparado para una negociación, pero ahora que la había tomado por sorpresa, necesitaba un momento para recordar qué quería decir. Pero tenía los pensamientos desparramados como las cuencas de un collar roto.

—Eh... —comenzó Mia—. Quiero regresar con Hakon.

—¿Ah, sí? ¿Has recuperado la razón?

—Sí. ¿Me puedes enviar con él?

—Tu alma brilla cuando están juntos. Sacan lo mejor del otro. Me gusta mucho la historia de ustedes dos.

Mia sonrió, y una gran parte de la piedra que tenía en el pecho se le levantó, pero no por completo.

—Bueno —prosiguió Mia—, sin embargo, ya no estoy hablando solo de mí, ¿sabes? —Con delicadeza, se colocó la mano sobre el vientre—. Si regreso, no le daré ninguna alternativa a mi bebé. Estoy tomando una decisión por él, y no me parece justo.

—Los padres se mudan de ciudades y de países todo el tiempo.

—Pero no es lo mismo. Las ciudades y los países siguen teniendo más o menos el mismo desarrollo médico... al menos en comparación con la época medieval. Las vacunas, los antibióticos y los hospitales están disponibles. Yo lo estaría transportando en el espacio y en el tiempo.

Los ojos de la norna brillaron llenos de curiosidad y se le acercó más.

—Entonces, tienes una propuesta para mí, ¿no?

Mia tragó con dificultad. ¿Qué haría si la norna se negaba a su petición?

—Sí, tengo una propuesta. Quiero poder viajar en el tiempo. Concédeme una visa de múltiples entradas, por favor.

La norna abrió los ojos de par en par indignada y sorprendida.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

Mia se colocó las manos sobre el vientre en un gesto protector.

—¡Solo para emergencias! Si mi hijo se enferma, por ejemplo.

La norna se cruzó de brazos sobre el pecho.

—¿Para ti y él?

—Sí, solo en situaciones de vida o muerte, para poder salvarle la vida.

—De acuerdo, pero solo una vez.

—Cinco.

—Tres.

—Y una para Hakon.

La norna frunció el ceño.

—¿Y no para ti?

—No, estaré bien. Necesito proteger a mis hombres.

—Está bien, cuatro veces.

Mia asintió con la cabeza y soltó el aliento. La norna la estudió con un brillo entretenido en los labios.

—Eso no es todo, ¿no?

—No. —Mia apretó las manos contra el volante y se las miró antes de volverse hacia los ojos ancestrales de la norna—. No quiero robarle la elección a mi hijo. Lo he concebido aquí, pero lo llevaré al pasado sin preguntarle si quiere que su futuro se encuentre allí. Cuando cumpla los dieciocho años, quiero que pueda escoger si se quiere quedar con nosotros en la época vikinga o venir al siglo XXI y vivir aquí.

La norna arqueó las cejas.

—Yo determino los destinos. ¿No crees que ya sé qué va a decidir?

Mia alzó el mentón.

—¿Sabías que no me marcharía con Hakon? ¿Y que más tarde cambiaría de parecer?

La norna sonrió y alzó un hombro. Como no dijo nada, Mia continuó:

—No, ya me parecía. No quiero creer que todo está determinado el día en que nace alguien, como lo creen los nórdicos. Creo que yo soy quien controla mi destino.

La norna se encogió de hombros.

—Bueno, pero eso no es completamente cierto, ¿no? Si lo fuera, jamás habrías viajado al pasado y jamás habrías conocido a Hakon. Aún estarías a la merced de Dan.

Mia frunció el ceño.

—Supongo que tienes razón, pero yo decidí tomar el huso.

—¿Y qué me darás a cambio de que le dé la elección a tu hijo y de que puedan viajar en el tiempo cuatro veces?

Mia hizo un gesto con las manos.

—¿Qué te gustaría?

—Hummm. —La norna se golpeó los labios con el dedo índice—. Me gustaría que sacrifiques una cabra en la piedra con las runas en mi honor todas las noches y que bailes desnuda al amanecer todas las mañanas.

A Mia se le cayó el mentón.

—¿Cómo has dicho?

La norna soltó una carcajada y le apoyó una mano sobre el muslo sin dejar de reírse.

—Era una broma, como dicen ustedes. ¡Oh, mira la expresión que tienes en el rostro!

Mia soltó el aliento y fingió secarse el sudor de la frente.

—Cielos, hoy estás chistosa, ¿eh?

La norna soltó un largo suspiro de satisfacción y la miró a los ojos.

—Cariño, a menudo, los destinos de los hombres y los dioses son trágicos. No tienen esperanza porque jamás aprenden. Soy como una maestra, y tengo mis alumnos favoritos en la clase. Tú eres una de ellas y te mereces la felicidad. Hakon también. Y tu hijo. Accederé a tus términos si tú accedes a una condición mía.

A Mia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Por supuesto. ¿Cuál?

La norna se le acercó y le apretó la mano.

—No desperdicies ni un solo momento de tu vida. Que cada instante valga la pena. No desperdicies los regalos que te doy. Si alguna vez te encuentras frente a una situación similar, debes estar segura de saber qué es lo correcto. Porque no te daré otra oportunidad.

Mia asintió entusiasmada con las lágrimas rodándole por las mejillas.

—No te preocupes. No lo haré. Ya he empacado. Por favor, llévame con mi hombre.

CAPÍTULO

VEINTICINCO

Lomdalen, Noruega, 25 de octubre de 875 d. C.

HAKON ESTIRÓ la mano sobre el fuego del hogar y el calor le acarició la palma. En el gran salón reinaba el silencio, como si la casa entera estuviera conteniendo el aliento. La mitad de la aldea se había reunido alrededor del hogar esa noche. Había hombres, mujeres, niños, criados y esclavos presentes. Solveig oía atentamente con el rostro sombrío.

—Y luego, ¿qué ocurrió, *jarl*? —le preguntó Ledis, jalando de su abrigo, sentada en su regazo.

Hakon la miró y parpadeó. Era la niña de ocho años que antes le había tenido tanto miedo como para soltar una cesta llena de nabos al verlo. Había sido el día del solsticio. El día que conoció a Mia. El recuerdo de Mia, el modo en que la echaba de menos, se aferró a sus pulmones y se le hizo difícil respirar. Eso había ocurrido desde que había regresado. ¿Cómo se encontraría? ¿Y el bebé? Esperaba que fuera feliz y estuviera a salvo y que se hubiera convertido en la curandera que había querido ser.

Soltó el aliento con la garganta apretada y la esperanza de soltar el dolor, pero, por supuesto, fue en vano. Mia siempre estaba con él. Era una parte de él: de su cuerpo, de su alma y de su todo.

—Y luego la norna extrajo el huso dorado —continuó Hakon.

Su gente soltó un jadeo y se acercó más. Debía de ser la décima vez que contaba la historia de cómo había viajado en el tiempo, y seguían jadeando cada vez que la contaba. Hakon alzó una comisura de la boca. Desde que había regresado, todo había cambiado. Era como si hubiera llegado a una nueva aldea. Tanto las miradas asustadas como el silencio hacia él y el temor y la ira escondida de la gente habían desaparecido.

Todo eso había comenzado a cambiar luego de que Mia le diera el remedio contra la maldición. Pero todo había cambiado definitivamente cuando regresó del futuro. La gente apreciaba y respetaba cómo había lidiado con el rey Nyr.

Además, les encantaba el hecho de que había viajado en el tiempo para ir en busca de Mia al futuro. Todos la querían, a pesar de que había asumido otra identidad. Había salvado muchas vidas, y la gente no lo olvidaba.

Cuando por fin Hakon les contó toda la verdad acerca de que Mia era una viajera en el tiempo y una norna la había enviado al pasado y que él mismo había visto y hablado con la

norna, la gente comprendió que no podía estar maldito. Todo lo contrario: estaba bendecido. Una norna lo había favorecido. Había visto el huso dorado y lo había tocado. Había viajado en el tiempo y les había llevado historias del futuro. Desde entonces, había repetido la historia del viaje al menos dos veces a la semana, y cada día iba más gente a oírlo.

—¿Y qué aspecto tenía? —le preguntó Ledis.

—Era de oro puro y tenía tallados de los dioses. Vi a Fenrir, el lobo gigante, y a Yggdrasil, el árbol del mundo, y a Odín y Freyja. Fue lo más hermoso que vi en toda mi vida.

Excepto por Mia.

La gente murmuraba, miraba alrededor y asentía con la cabeza; todos tenían los ojos abiertos de par en par.

—¿Y luego? —le preguntó Ledis.

—Y luego... —se le quebró la voz—. Mia dijo que se quería quedar en su época.

—Fui una tonta —dijo la voz de Mia, y a Hakon le explotó el corazón de dolor como si mil lanzas se lo hubieran atravesado. Debía de estar echándola tanto de menos que comenzaba a imaginarse cosas.

Pero alzó la mirada en la dirección de la que provenía la voz y se preguntó quién habría hablado. Por un momento, dejó de vivir. Porque en la oscuridad del salón, al lado de las puertas de entrada, había una mujer con el vientre redondeado. Hakon sintió como si el mismo Thor lo acabara de golpear con el Mjöllnir. No podía ver su rostro en la oscuridad, solo su silueta. ¿Sería un espíritu?

En lo que le pareció una eternidad más tarde, cuando Hakon recuperó el hilo de sus pensamientos, colocó a Ledis sobre el regazo de su madre y se puso de pie entrecerrando los ojos para ver mejor.

—¡Acércate, mujer! —exclamó alguien—. No te ve.

La recién llegada dio un paso hacia adelante y se detuvo bajo la luz anaranjada del fuego con un vestido simple y un delantal blanco. Hakon estudió cada movimiento: su andar, el modo en que las faldas se le movían alrededor de las piernas de modo tan familiar... No podía permitirse guardar esperanzas. La mujer comenzó a tambalearse al avanzar; tenía el vientre más pesado y redondeado. Cuando se encontró lo suficientemente cerca como para que el fuego le iluminara el rostro, no pudo negar más la verdad.

—Mia —dijo con la voz ronca. No logró decir más nada.

Ella le sonrió.

—Fui una tonta. Pertenezco donde tú estés.

Hakon no se podía mover. Sentía los pies pesados como peñascos. La gente lo miraba fijo. De repente, sintió que alguien le jalaba de los pantalones y bajó la mirada.

—Ve —le dijo Ledis—. Ha regresado, ¿no lo ves?

Hakon asintió con la cabeza.

—Sí que lo veo.

Avanzó hasta Mia. La gente se hizo a un lado cuando saltó un banco y siguió andando por delante de los que tenía en el camino. Todos lo miraban. Cuando se detuvo delante de ella, el corazón le latía desbocado en el pecho.

—¿Qué significa esto, Mia? —le preguntó—. ¿Por qué estás aquí? No me digas que has venido solo por un día. No sobreviviré si me vuelves a dejar.

Nunca antes había estado tan hermosa como en ese momento. Brillaba por dentro, irradiaba más luz que el fuego en el hogar, y comprendió que era suyo. Le pertenecía por completo. Se encontraba a merced de ella.

—No me marcharé —le aseguró casi en un susurro—. Si me aceptas... bueno, si nos aceptas, nos quedaremos donde pertenecemos.

A Hakon le latía el pulso en los oídos.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —le preguntó—. He ido por ti y me dijiste que me querías. Y luego cambiaste de parecer y me sentí morir.

Le vio el dolor en los ojos, probablemente era el mismo dolor que él mismo había sentido todos los días sin ella. Mia asentía con la cabeza nerviosa. Luego introdujo la mano en la bolsa que había dejado caer al suelo al entrar y extrajo una pequeña caja negra. Acto seguido, se arrodilló con algunas dificultades por el vientre y le ofreció la caja.

—¿Y esto qué es? —Clavó la mirada en la caja—. ¿Qué estás haciendo?

Mia abrió la caja y, sobre una almohadilla negra, había un anillo negro con pequeños rubíes en el centro. Mientras el fuego destellaba, Hakon vio el centro, donde los rubíes tenían un hueco y el metal negro se convertía en el mentón de un lobo. Hakon miró el anillo que era la joya más hermosa que había visto en toda su vida.

—Así es cómo la gente se declara en mi época —le dijo—. Hakon Ulfsson, ¿te quieres casar conmigo? Conmigo, Mia, no con la princesa Arinborg. Ni con nadie más. Conmigo.

Hakon la miró a los ojos y, en ellos, vio algo. Brillaban con amor y paz. Y la paz y el amor que había anhelado desde la muerte de su madre lo envolvieron y le llenaron las grietas del corazón.

La tomó de los codos y la ayudó a incorporarse, al tiempo que soltaba un suspiro de gratitud. Debía de sentirse incómoda en ese estado.

—No permitiré que mi esposa se encuentre por debajo de mí —le dijo, y Mia le sonrió.

Su cercanía le produjo una ola cálida, como un rayo de sol, que le recorrió las venas. Se la acercó más sin que soltara la caja con el anillo, y la tomó en sus brazos antes de que pudiera evaporarse como la última nieve del invierno. Sus labios buscaron los de ella y se apoderaron de su boca. Le explotó una ola de deseo que se intensificó con cada caricia. Le introdujo la lengua en la boca y le rozó la de ella, se la provocó y se la saboreó.

Cuando alguien se aclaró la garganta, se separaron. Se encontraban sin aliento y buscaron la fuente del sonido. Todos en la multitud los observaban con las cejas arqueadas y unas sonrisas gigantes en el rostro.

—¿Y bien? —preguntó Solveig.

—¿Y bien, qué? —le dijo Hakon.

—Te hizo una pregunta. ¿Te quieres casar con ella?

Hakon se rio y se volvió hacia Mia que lo miraba como una gatita tímida que se había portado mal. Arqueó las cejas y le volvió a ofrecer la caja con el anillo. Hakon la aceptó.

—Me quiero casar con ella —dijo, y Mia le regaló una sonrisa hermosa y enorme que casi lo cegó. Todos los presentes prorrumpieron en vítores y aplausos, y los niños soltaron gritos de alegría. Mia le colocó el anillo en el dedo, que le encajó a la perfección.

La volvió a besar con voracidad y desesperación. El tiempo se detuvo. Todo desapareció. Lo único que existió fue él y ella y sus almas que se disolvían en el beso.

Cuando se separaron, Hakon miró alrededor y vio que la gente bebía hidromiel, hablaba y reía. Ledis estaba sentada sobre el regazo de su madre, pero cuando vio que Hakon y Mia habían dejado de besarse, sonrió.

—¡Cuéntanos una historia, Mia!

Todos guardaron silencio y se apartaron para que Hakon y Mia pudieran tomar sus lugares al lado del hogar. Hakon jamás se había sentido más liviano, suave y cálido como lo hacía en ese

momento. Era como si estuviera nadando en el amor y la aceptación de todos los presentes en la sala. Mia le tomó la mano.

—¿Conoces la historia del niño que mató a un lobo que lo duplicaba en tamaño? —le preguntó.

La niña negó con la cabeza. Tenía los ojos bien abiertos y una expresión seria en el rostro. Mia miró a Hakon.

—Quizás es hora de que la gente conozca la historia de cómo nació la Bestia.

Hakon sonrió y miró alrededor. Solveig asintió con la cabeza.

Tenían un largo invierno por delante lleno de veladas acogedoras alrededor del hogar contándose historias y leyendas. Pero serían tiempos felices. Porque tenía a su esposa, el amor de su vida, una guerrera, una curandera y una viajera en el tiempo, a su lado.

Y crearían muchas historias para contar en las noches de invierno de los años por venir.

EPÍLOGO

Lomdalen, Noruega, 21 de junio de 876 d. C.

HAKON LIMPIÓ la hoja del hacha de batalla con un trapo, y la superficie pulida destelló bajo la luz del sol del día cálido. Las decoraciones ornamentadas de oro a ambos lados de la hoja exhibían una manada de lobos gruñendo y un cazador. Hakon jamás había visto algo más hermoso, excepto Mia. Y Ulf, su hijo de cinco meses. El hacha era el regalo de bodas de toda la aldea, y a Hakon le brillaban los ojos de agradecimiento y aprecio.

La ceremonia estaba a punto de comenzar, y la aldea estaba en plena actividad a su alrededor. Sobre un campo cercano, estaban colocando mesas para sentar a los quinientos invitados: además de todos los habitantes de la aldea, el rey Brunn, el *jarl* Rafr y el *jarl* Vefuss junto con sus hombres. Entre los invitados también se encontraba la verdadera princesa Arinborg, que se encontraba de pie al lado del *jarl* Rafr.

Rafr se había enamorado de ella cuando apareció en la asamblea de aliados hacía casi un año. A pesar de que en ese entonces ella se había mostrado interesada por Hakon y había creído que se casaría con él, no había tenido sentimientos profundos. Luego de que los aliados asesinaran a Nyr, que había insistido en atacar a pesar de que había llegado demasiado tarde como para recuperar sus tierras, Brunn se había hecho responsable de ella y de sus hermanas. Arinborg había conocido a Rafr mejor durante el invierno que pasó viviendo en el hogar de Brunn y, al final del invierno, Rafr había pedido su mano en matrimonio. Brunn se había mostrado de acuerdo, y ahora la pareja estaba felizmente casada... aunque no eran tan felices como Mia y Hakon.

Hakon estaba satisfecho con su trabajo y se acomodó el hacha en el cinturón con orgullo. Su gente le había dado un regalo digno de un rey. Y se sentía como uno también.

Se puso de pie e inhaló el aroma que provenía del banquete: carne asada, pescado ahumado y verduras hervidas. Varios músicos tocaban la lira, una flauta hecha de cuerno de vaca y un harpa para entretener a los invitados antes de la ceremonia y el banquete.

Hakon deseó que Mia y Ulf se encontraran con él para poder compartir esa sensación que le expandía el pecho como una vela abriéndose al viento. No la había visto desde esa mañana porque la estaban preparando y ya la echaba de menos. Sin embargo, unas horas de espera valían la pena. Estaba a punto de reclamarla por el resto de sus vidas.

Hakon se enderezó la túnica que le habían confeccionado especialmente para la boda. Era del

color césped quemado por un verano largo y cálido: entre verde y dorada. Mia había dicho que era del mismo color que sus ojos. Los bordes de la túnica estaban bordados con varios patrones en hilo dorado. Había querido ponerse un atuendo especial para el día que recordaría hasta la muerte. Y de solo pensar que hacía un año le había ladrado a Solveig que dejara los preparativos para un banquete... Ese año, estaba listo para ladrarles que se dieran prisa. Aunque, no hacía falta. Mia se había asegurado de que todo fluyera como el agua.

Oda se acercó a Hakon con Ulf apoyado en la cadera y la pequeña Mette caminando a su lado con pasos llenos de temor. Frogeir y Torfi también iban con ella.

Cuando Ulf vio a Hakon, estiró los pequeños brazos hacia él y comenzó a gritar con una sonrisa gigante en el rostro.

—¡Ay!

A Hakon se le llenó el pecho de amor mientras tomaba a su hijo en brazos. El bebé tenía el cabello de color miel, como su madre. En la parte izquierda de la sien, llevaba una marca de nacimiento. No era tan grande como la de Hakon, tenía el tamaño de la uña de su dedo pulgar y la forma de un corazón. Ni Mia ni Dan habían tenido algo así. Solo Hakon.

El día en que Ulf nació, Hakon supo que la marca era una bendición y no una maldición. Porque solo alguien que había sido bendecido por los dioses podría ser tan afortunado como lo era él. Los aldeanos se habían mostrado de acuerdo y habían tratado a Ulf como a un pequeño príncipe. Le habían puesto el nombre del padre de Hakon.

—Me encanta ese nombre —le había dicho Mia—. Es fuerte y hermoso. Creo que tu madre lo habría aprobado. Ulf Hakonsson.

Ponerle al hijo que amaba el nombre del padre al que tanto había temido era el último acto de perdón. Ya no permitiría que el enfado o el resentimiento lo consumieran. Honraría el recuerdo de su padre amando a su hijo y sintiéndose orgulloso de él.

—Solveig dice que debes ir a la pradera —le dijo Oda—. La señora está lista e irá pronto.

A Hakon se le aceleró el corazón en el pecho como si estuviera por escapársele.

—Muy bien —dijo—. Frogeir, Torfi, llamen a todos para que vayan a la pradera.

Los hombres asintieron con la cabeza y partieron. Oda estiró los brazos para tomar a Ulf, pero Hakon negó.

—Lo llevo yo.

Mientras Hakon caminaba por la aldea, Ulf jugaba con la nariz de su padre.

—Tu madre te vistió muy bien —le dijo Hakon mientras Ulf le apretaba las fosas nasales y se reía. Hakon observó la túnica de Ulf, que era una versión en miniatura de la suya—. Un niño tan pequeño y todo un hombre.

Hakon y Ulf llegaron a la pradera atestada de gente. Había un pequeño ejército de hombres y mujeres alegres y algo embriagados que hablaban y reían. Algunos hasta bailaban.

Siguiendo las órdenes de Mia, el carpintero había construido un arco de madera que estaba cubierto de flores blancas y, sobre el suelo, yacía un trapo de lino blanco como si fuera un sendero. Solveig se encontraba de pie debajo del arco, y Hakon tomó su sitio al lado de ella, todavía con Ulf en brazos. El rey Brunn, el *jarl* Rafr y el *jarl* Vefuss se encontraban de pie en la primera fila, que era para los invitados de honor, y detrás de ellos, la gente que Hakon consideraba leal y alentadora. Los niños de la aldea, incluida Ledis, estaban curados de la tos convulsa y reían entusiasmados. Era la mejor multitud que podría haber deseado para presenciar su casamiento con la mujer que amaba. Había valido la pena esperar para que todos pudieran acudir.

Estaban hablando y bebiendo hidromiel de los cuernos al tiempo que las criadas y los

esclavos recorrían la pradera sirviendo bebidas. De pronto, todos guardaron silencio, y Hakon se quedó sin aliento. Mia se acercaba.

Hakon le entregó el bebé a Oda y observó cómo la multitud se abría como el hielo bajo un patín. Mia caminaba por el sendero de lino blanco, y los nueve mundos de Yggdrasil dejaron de girar.

No solo era hermosa. Era celestial. Era la puerta al Valhalla. Su vestido blanco le caía por el cuerpo como una cascada. Tenía el cabello trenzado como una nórdica y decorado con flores blancas. Y el rostro... se podría morir de solo mirarla sonreír. Era la luz. Era la primavera. Era la vida.

Cuando se detuvo delante de él y le colocó las manos sobre las suyas, sintió como si estuviera a punto de alzarse volando al cielo como un dragón. Era uno con el mundo, con los dioses y con la persona más importante: ella.

Mia había pedido que no hicieran el ritual de sacrificar una cabra para Freyja y había discutido con Solveig un discurso para la ceremonia que combinaría elementos tradicionales de su época con otros de la de Hakon.

Solveig se aclaró la garganta y comenzó.

—Queridos hermanos —comenzó y se rio. Mia también se rio, como si fuera una broma privada—. No, eso no. Todos conocimos a Mia como la princesa Arinborg —comenzó Solveig y asintió hacia la princesa, que arqueó la cabeza. La gente se rio—. Y estos dos ya se habían casado hacía casi un año exactamente. Pero entonces eran personas diferentes. Mia era Arinborg, y Hakon era la Bestia. Lo que tienen, lo que han superado juntos y lo que se han convertido al final es puro amor. Un amor que cruza el tiempo. Un amor que cruza los destinos. Un amor que lo conquista todo.

A Mia se le llenaron los ojos de lágrimas y le tembló el labio inferior.

—No le pedí que dijera eso —le susurró a Hakon.

Hakon le apretó la mano en respuesta, era lo único que podía hacer considerando que las palabras de Solveig le parecían ciertas en su corazón.

—Ahora, Hakon, delante de los dioses y los hombres, ¿qué le juras a Mia?

Hakon tenía la garganta casi cerrada de las emociones y apenas podía respirar.

—Te prometo, Mia, que jamás te confundiré con otra persona. —Mia se rio al oírlo, y la multitud se unió—. Te doy mi palabra de que mi cuerpo y mi alma, todo mi ser, son tuyos. Te protegeré de cualquier daño como una montaña. Te alabaré como a un ruiseñor. Viajaré en el tiempo todos los días si es necesario para encontrarte y traerte a casa. Te amaré hasta el último aliento porque no sé cómo vivir sin ti. Seré tu marido y mi corazón latirá por ti hasta que deje de funcionar.

Se estaba hundiendo en sus ojos verdes como un nadador que se sumerge en un océano cálido.

—Hakon Ulfsson —comenzó Mia—, te juro que seré tu esposa en todos los sentidos de la palabra. He venido de otra época, al principio de casualidad, pero después regresé porque no podía seguir viviendo sin ti. Para estar juntos, tuvimos que viajar en el tiempo y negociar con el destino. Has aceptado a mi hijo, Ulf, como propio.

Se detuvo y los ojos le brillaron llenos de amor. Luego se inclinó para añadir en un susurro:

—Y ahora te daré otro niño para que ames, uno que es carne de tu carne.

Hakon clavó la mirada en el estómago plano. El mundo se tornó cálido como agua hirviendo.

—¿Cómo has dicho? ¿Estás...?

Ella asintió con la cabeza y le sonrió de oreja a oreja.

—Es demasiado pronto, pero sí. —Se enderezó y continuó en voz alta—: Y te prometo que si el destino me lo permite... —Miró entre la multitud, y Hakon le siguió la vista. Se quedó anonadado al ver a la norna vestida con prendas de nórdica—. Si el destino me lo permite, te daré muchos niños más. Te amo más que a la vida. Te prometo que seré tu compañera, tu esposa y tu amiga en este matrimonio. El matrimonio del tiempo.

Hakon no creyó que el pecho pudiera albergar más aire ni más sentimientos, pero se equivocó. Se le expandió hasta que se convirtió en pura luz y puro amor.

—Delante de los dioses y de los hombres, los declaro marido y mujer —concluyó Solveig.

La multitud soltó vítores que se desvanecieron cuando Hakon tomó a Mia en sus brazos y la besó hasta disolverse en su amor. Y supo que ni el Valhalla se sentía tan bien como los besos de su esposa.



GRACIAS POR LEER **LA NOVIA DEL VIKINGO**. Espero que hayas disfrutado la historia de Mia y Hakon. Descubre qué sucede después cuando las Nornas envían a Rachel a conocer a su alma gemela, Kolbjorn, en **EL AMOR DEL VIKINGO**.



UNA LADRONA que viaja en el tiempo. Un guerrero vikingo. Ella es su enemiga. Él es su captor. Una noche de pasión podría destruirlos o acabar liberándolos.

LEE EL AMOR DEL VIKINGO ahora >

★★★★★ “¡WOW!”

SUSCRÍBETE AL BOLETÍN de Mariah Stone: <http://mariahstone.com/es/signup>

¿TE APETECE UN *HIGHLANDER*?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir [LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER](#).

IMPRESIONANTE, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

★★★★★ "¡UNA de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"

[Lee LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >](#)

O QUÉDATE en la Era Vikinga y lee un extracto de **EL AMOR DEL VIKINGO**.



BUSKELAND, Noruega, julio de 874 d. C.

EN EL GRAN SALÓN se oían los vítores y las risas. Mientras avanzaba hacia el asiento elevado de su padre, Kolbjorn se sintió liviano, como si acabara de beber una jarra de cerveza. Sin embargo, no era el alcohol lo que le producía entusiasmo en el estómago anudado, sino la esperanza.

La temporada de saqueo había ido bien, y el gran salón estaba atestado de guerreros que comían y bebían, intercambiaban anécdotas y cantaban canciones de borrachera. En el aire pendían los aromas a verduras cocidas, carne asada y miel fermentada. En el exterior hacía un día claro, pero allí dentro reinaban las penumbras. La luz provenía de las llamas de las lámparas de aceite que colgaban de los pilares tallados con lobos entrelazados. El lobo era el animal del clan de *jarl* Bjorn.

Kolbjorn pasó por delante de las mesas y los bancos del gran salón y varios hombres lo saludaron. Al pasar, les hizo un gesto con la cabeza. Muchos de ellos le habían salvado la vida en varias oportunidades durante los saqueos de los últimos años. Modolfr, su mejor amigo y hermano de armas, le tomó el brazo y lo jaló para que se sentara en el banco al lado de él.

—Hermano —le dijo e hizo un gesto para que un esclavo llenara un cuerno de beber. El aliento le apestaba a hidromiel y no podía sostener la taza firme—. Quiero beber por ti. Has ganado cada batalla en Pictland. Me has salvado el pellejo al menos tres veces. Odín no dejaba de cuidarte, hermano.

Los otros hombres asintieron con la cabeza al oír a Modolfr. Una calidez se le extendió por el estómago ante el afecto y la aprobación de su amigo más cercano. Kolbjorn se rio y miró hacia donde se encontraba su padre, el *jarl* Bjorn. La calidez desapareció como si la hubiera ahuyentado una ventisca invernal. Al parecer, todos lo aprobaban, excepto la única persona que en verdad le importaba. Kolbjorn negó con la cabeza.

—No bebo. Comeré con ustedes luego de averiguar para qué me llamó mi padre.

Modolfr bajó la cabeza.

—¿Crees que al fin te reconocerá como su verdadero hijo? Si no lo hace luego de esta temporada de saqueos, no sé cuándo lo hará. Gracias a ti, tiene más plata que Njord agua.

Kolbjorn tragó un nudo duro que se sintió como una piedra.

—No exageres.

Modolfr miró con el ceño fruncido a los dos semidioses rubios que se encontraban sentados al lado del *jarl*. Eran sus hijos nacidos del matrimonio con su difunta esposa. Llevaban puestas unas costosas *brynjas* que destellaban bajo la luz de las llamas.

—Pues, de seguro te fue mejor que a esos dos cerdos. Lo único que hicieron fue alardear delante del *jarl*.

Kolbjorn sintió una ira tormentosa en la sangre al pensar en Alfarr y Ebbe. ¿Cuántas veces había apartado a Alfarr de mujeres que gritaban mientras Ebbe no hacía nada? ¿Y su padre? Se limitaba a mirarlos a los tres como si fueran niños jugando con espadas de madera. Alfarr y Ebbe insultaban a Kolbjorn cuando nadie los veía, y había tenido que reprimir la ira, a pesar de que lo que más había deseado era enseñarles una lección. El *jarl* Bjorn nunca lo defendía ni se ponía de su lado. Además, no les ponía ningún límite a Alfarr y Ebbe, pero Kolbjorn tenía que seguir el código de honor al pie de la letra: debía actuar con coraje, grandeza, fuerza, lealtad, generosidad, integridad y respeto.

Aun así, no era lo suficientemente bueno. Bastaba una palabra mala acerca de Kolbjorn para que perdiera cualquier oportunidad de alcanzar lo que deseaba más que a su próximo aliento: convertirse en el hijo legítimo de su padre, convertirse en un Bjornsson. Entonces sería el siguiente *jarl*. Sospechaba que sus medios hermanos tenían intereses muy distintos en ese asunto.

Una, la criada, le rozó el brazo con los pechos mientras le servía hidromiel en el cuerno.

—¿Por fin comienzas a beber, Kolbjorn? Dime si quieres que me asegure de que no huyas volando esta noche como un cuervo a la merced del viento tormentoso.

Era hermosa. Tenía unas trenzas de color rubio rojizo, ojos verdes y labios carnosos. Olía a heno y flores, y algo dulce y femenino que le despertaba el deseo. Pero también le producía tristeza. Se había acostado con varias mujeres que acudían a él por voluntad propia para compartir su cama y darle placer. Y, aunque tenía su propia casa, no se casaría hasta poder darles un nombre honorable a sus hijos. Además, todavía no sabía lo que era sentir el cariño y el cuidado de una mujer. Le sonrió a Una y le pasó el cuerno a Modolfr.

—Aún no bebo, Una. —Miró a su padre, que se volvió a él y le hizo un gesto para que se acercara. Unas agujas se le clavaron en la piel. Quizás había llegado el momento.

—Guárdame un buen trozo de ese jabalí, Una. —Se puso de pie del banco y asintió con la cabeza hacia el asador—. Voy a querer carne, sin importar si regreso con noticias buenas o malas.

Kolbjorn pasó la pierna por el banco, se levantó y caminó hacia su padre. El *jarl* Bjorn era un hombre grande y aún joven como para acabar con la vida de muchos guerreros en una batalla. Era la imagen ideal de un *jarl*: poderoso y alto, con una orgullosa barba dorada bien acicalada y trenzada. Kolbjorn tenía la altura y contextura física de su padre, pero debía haber heredado el cabello castaño y los ojos pardos de su madre. Se preguntaba si el mismo Freyr, el dios del sol naciente y la fertilidad, había bendecido a la línea legítima de su padre, aunque la madre de Alfarr y Ebbe les había asegurado a todos que había sido Odín. El día en que nació Alfarr, un cuervo había entrado volando al gran salón y caminó hacia ella, y fue entonces cuando entró en trabajo de parto. La mañana del día en que Ebbe nació, el amanecer había destellado como si se hubiera derramado sangre por el cielo. Kolbjorn se preguntaba cómo habría sido el día en que

había nacido, pero jamás lo sabría.

Se detuvo delante de su padre bajo su mirada pesada. Y, a pesar de que no era un hombre pequeño, ni mucho menos uno cobarde, un escalofrío lo recorrió como una brisa por aguas calmas.

—Kolbjorn, hijo, siéntate —le ordenó su padre.

Con un gesto, señaló la silla a su lado, y Kolbjorn la ocupó. Alfarr y Ebbe susurraron algo y le arrojaron unas miradas asesinas. Era la primera vez que Kolbjorn se sentaba en la mesa de honor desde la que su padre reinaba, recibía invitados, negociaba e impartía castigos. Allí era donde se sentaba la familia. ¿Acaso Kolbjorn era parte de esa familia ahora? La pregunta hizo que se le acelerara la respiración.

—Los llamé para discutir un asunto importante.

Kolbjorn se acercó.

—¿Recuerdan que visitamos al rey danés, Eirik, este verano? Bueno, ha ocurrido algo. Necesito la ayuda de su ejército y rápido. Quiero que los suecos sepan que no pueden venir a invadirnos.

Kolbjorn frunció el ceño. Eso no era lo que esperaba oír, pero el hecho de que su padre discutiera asuntos políticos con él hizo que se le llenara aún más el pecho de esperanza.

—¿Has oído rumores, padre? —le preguntó Kolbjorn—. ¿Acaso planean atacarnos?

—Cierra el pico, bastardo. No es asunto tuyo —dijo Alfarr contra el cuerno.

Su padre alzó una mano.

—Silencio, Alfarr. Necesito la ayuda de Kolbjorn.

Alfarr negó con la cabeza y bebió el resto del hidromiel. A Kolbjorn le latía el corazón acelerado en los oídos. Esa era la primera vez que su padre lo había defendido. Sonaba demasiado bueno para ser cierto.

—Bueno, Kolbjorn, la alianza con el rey Eirik también involucra grandes rutas comerciales y más riquezas de las que jamás imaginé. Puede que un día me convierta en rey. ¿Te gustaría que tu padre fuera un rey?

Kolbjorn tragó con dificultad. No le importaba si su padre era un *jarl* o un rey.

—Me gustaría que fueras un rey si eso es lo que deseas.

—Sí. Lo deseo más que nada en el mundo. Y, para lograrlo, debo impresionar a Eirik. Quiero crear joyas que podamos vender por más plata y oro de lo que obtendríamos saqueando. Las tierras del sur nos ofrecerán grandes pagos por esas joyas, y es un negocio mucho más rentable que los saqueos. Invité al mejor joyero del norte para que venga a trabajar aquí. Jamás ha habido alguien más habilidoso que él. Según cuentan, se instruyó con los enanos. Quiero que ustedes dos lidien con el rey danés a mi lado, Alfarr y Ebbe. Para asegurarme una amistad y una alianza, debo darle el mejor regalo que haya recibido. Eirik vendrá para las fiestas de Yule, junto con muchos otros *jarls*. El regalo debe estar listo antes de su llegada.

Yule era el festival de invierno, que se celebraría en seis meses. Kolbjorn apretó tanto la mandíbula que creyó que se rompería los huesos.

—Quieres que Alfarr y Ebbe te ayuden a impresionar al rey, pero ¿qué necesitas de mí, *jarl*?

Bjorn apoyó la mirada pesada en él durante un instante y, si Kolbjorn estaba en lo cierto, vio un destello de pena en los ojos de su padre que le produjo una ola de ira.

—Necesito que estés al frente de los saqueos durante el resto de esta temporada y toda la siguiente, para llevarle al joyero una montaña de plata, oro y piedras preciosas más alta que él mismo. Necesito que hagas lo que mejor se te da, Kolbjorn: saquear y luchar.

A Kolbjorn se le dilataron las fosas nasales. Sabía a dónde iba eso. Si no iba a lidiar con el

rey, eso quería decir que nada cambiaría para él. Tenía que saber si estaba en lo correcto.

—¿Me reconocerás como tu hijo legítimo?

Las palabras se le escaparon delante de los tres como si fueran los huesos de la bolsa de un hechicero, y, mientras aguardaba una respuesta de lo que el destino tenía en puerta para él, no pudo respirar.

—Padre, no lo puedes reconocer como hijo legítimo —chilló Alfarr—. Este mestizo, el hijo de una esclava, no puede ser nuestro hermano.

—Esa no es tu decisión. —*Jarl* Bjorn apretó la mano en un puño—. Puedo hacer lo que quiera.

—Padre, tienes más sentido común que esto. Prometérselo es arrojarle un buen hueso a un perro, pero no puedes estar pensando en convertirlo en un Bjornsson de verdad.

El *jarl* apretó los labios y frunció el entrecejo.

—Alfarr, cierra la boca. —Miró a Kolbjorn a los ojos—. No puedo permitir que un bastardo lidie con el rey —dijo en voz baja.

Kolbjorn sintió que el rostro se le quedaba sin sangre. Era un tonto. Alfarr y Ebbe se codearon y se rieron, pero a Kolbjorn no le pudieron importar menos sus insultos. Alfarr tenía razón. Era un perro al que su padre atraía con un hueso.

—Quiero que hagas lo que mejor se te da, que saquees —continuó su padre—. Todavía no te puedo aceptar en la familia, pero si continúas trabajando duro y mostrándole tu dedicación al clan del lobo, lo reconsideraré, Kolbjorn. Te lo prometo.

Kolbjorn asintió con la cabeza y, sin decir más nada, se marchó del lado de su padre y del gran salón. Salió al exterior fresco del día tras ignorar los gritos de sus amigos y hermanos de armas para que se uniera a ellos.

Debía de ser un tonto, y lo era aún más por saberlo y seguir guardando esperanzas. Pero en sus veinticinco años de vida jamás había habido nada que deseara más que convertirse en un verdadero Bjornsson.

Por más que las posibilidades fueran diminutas, lo haría. Pondría el mundo patas para arriba con tal de conseguir la aprobación y el cariño de su padre y, al final, su aceptación en la familia. Haría que Bjorn se sintiera orgulloso.

LEE EL AMOR DEL VIKINGO ahora >

AGRADECIMIENTOS

Hay muchas personas que me han ayudado para que este libro vea la luz del día.

GRACIAS:

A Laura Barth, mi increíble editora que me ayudó durante el desafiante proceso de escribir este libro... y evitó que lo abandonara en dos ocasiones.

A mi marido que me apoya sin importar nada. A mi hijo de un año y medio que dibuja sobre mis anotaciones y primeros borradores y me recuerda que la vida no solo se trata de vikingos, sino también de peces, flores y helicópteros.

A mis lectores maravillosos y leales y al mejor equipo de lectores de las copias previas a la publicación.

A las personas con conocimientos en medicina que me ayudaron a verificar los datos médicos, como la tos convulsa: mi tía Tatiana, que es médica; mi amiga escritora, Nicky, que tiene estudios de enfermería, y a Kathy C., una amiga escritora que conocí en línea y me hizo comentarios críticos acerca de las escenas con tos convulsa y me brindó mucha información acerca de medicina herbaria. Fue ella quien me dio la idea del brazalete que brilla en la oscuridad.

A mis amigos escritores, ustedes saben quiénes son.

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

[Vendida al duque \(precuela\)](#)

[La bella y el duque](#)

[La falsa prometida de lord Libertino](#)

[Duque por conveniencia](#)

[La apuesta de lord Canalla](#)

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sineag (precuela)

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

[El amor del highlander](#)

[La navidad del highlander](#)

[El deseo del highlander](#)

[La promesa de la highlander](#)

[La novia del highlander](#)

[El protector de la highlander](#)

[El reclamo del highlander](#)

[El destino del highlander](#)

[Reunión de Navidad](#)

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

[El deseo del vikingo](#)

[El reclamo del vikingo](#)

[La novia del vikingo](#)

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en <https://mariahstone.com/es/>!

